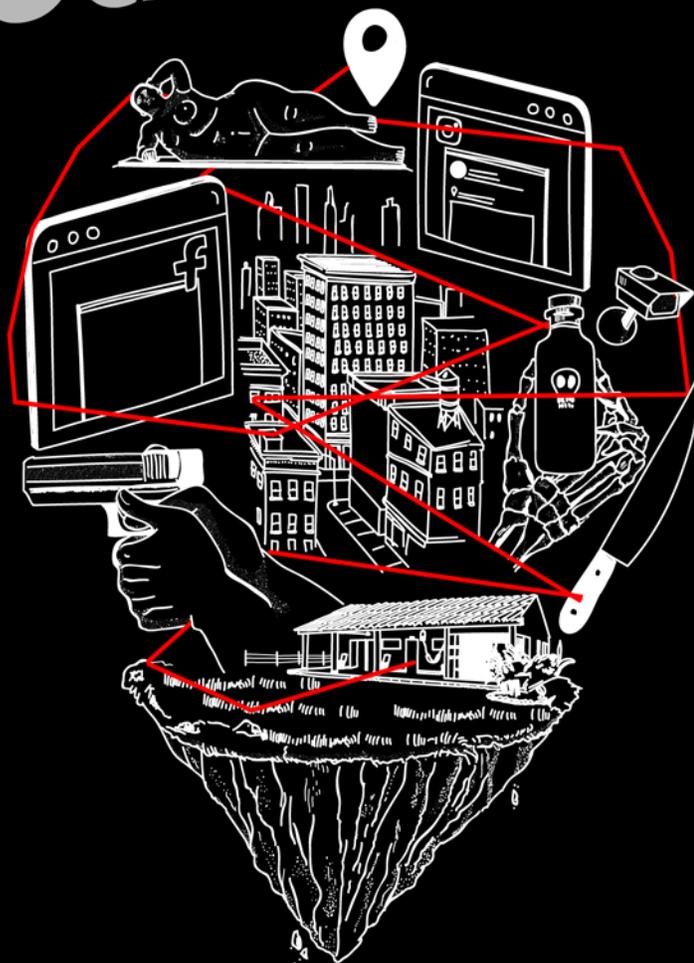


GEO-LOCALIZADOS



{ JUAN SEBASTIÁN MOLINA }

"Ganador de la Convocatoria Pública en
Cultura y Patrimonio 2017. Antioquia Piensa en
Grande la Cultura y el Patrimonio"

Geolocalizados

Geolocalizados

Juan Sebastián Molina

*Redacción : Juan Sebastián Molina Serna
www.juansemolina.com
©Juan Sebastián Molina Serna*

*Primera edición: Diciembre de 2017
1.000 ejemplares*

*ISBN:
978-958-48-2753-1*

*Diseño:
Alexandra Núñez
@unarayadecebra*

*Diagramación:
Juan Sebastián Molina Serna*

*Edición y corrección de estilo:
Abner Trejos
Daniela Ortiz*

*Impresión:
Editorial Mundo Libro
www.editorialmundolibro.com
Medellín - Colombia*

*Derechos Reservados:
Queda rigurosamente prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra ni su tratamiento o
transmisión por cualquier medio o método sin
la debida autorización.*

A Dani por soportarlo y soportarme.

A las víctimas de la guerra.

Llegó a Crepes & Waffles del Centro Comercial Santafé, sacó su celular del bolsillo, tocó el botón de encendido, dibujó el patrón en la pantalla con la yema de su dedo pulgar, revisó el *check in* que había perseguido.

Comiendo

@Antonyzago está en Crepes & Waffles CC. Santafé

Inmediatamente revisó el *check in*, buscó en su cuenta en Twitter para encontrar la imagen de perfil y tener una idea de cómo era Antony para así referenciarlo y, si era posible, acercársele en algún momento de la comida.

Entró. El restaurante estaba a reventar, todas las mesas ocupadas, una chica lo detuvo en el camino.

—¿Mesa para cuántos? —le preguntó.

—Para uno —respondió, aún mirando hacia adentro para identificar a Antony.

—¿Hay alguien adentro esperándolo? —preguntó la mesera al verle la curiosidad.

—No, vine solo. Sino que me pareció ver a alguien conocido.

—Espéreme un momento, ya le digo dónde puede sentarse —dijo la mesera.

Durante la espera miró el celular, revisó hacia el interior del restaurante y, en la distancia, pudo reconocer a Antony.

Antony llevaba su cabello rubio un poco largo, con un mechón tirado sobre la cara que le atravesaba toda la frente. Tenía los ojos verdes, la

sonrisa de par en par, lo acompañaban otros tres hombres, se reía y manoteaba en el aire. Parecía ser que le gustaba sobreactuar todas las historias que contaba.

Lo odió en la distancia, lo miró con rencor, como si le debiera algo.

—Ya está lista su mesa, señor. Acompañeme —le dijo la mesera.

—Muchas gracias —respondió él cordialmente.

Fue entrando en esa mezcolanza de olores dulces y amargos que se meten por la nariz y te hacen antojar de todo lo que allí pueden ofrecer. Iba con su cabeza en alto, todo el restaurante lo miró, era imposible no mirarlo. Su altura, su tatuaje que se dejaba ver sobre el brazo y se perdía en las mangas, su cabello parado en una cresta, sus gafas oscuras, sus labios gruesos, su cuerpo musculoso y bronceado. Era imposible no mirarlo.

Antony se detuvo dos segundos, lo miró y sintió que el corazón le palpitó rápidamente, como si Cupido le hubiera disparado una flecha y le hubiera dado precisamente ahí, donde muchos aseguran que el amor florece. Luego siguió con su conversación entre risas.

Se sentó donde la mesera le dijo, buscó el ángulo perfecto para mirar a Antony mientras hablaba, mientras comía.

Cuando le llegó la carta entre las manos, a Antony le estaban entregando su comida. Un crepe poblana, con lechugas, quesos, maíz y otros vegetales, tal vez el único que no tiene carne y que a él le gustaba también.

Lo primero que hizo el rubio muchacho fue sacar su *smartphone*, tomarle una foto y publicarla en Instagram. Lo geolocalizó, igual que al *check in*, en el Crepes & Waffles del Centro Comercial Santafé.

Los separaban un par de mesas, pero en ningún momento le quitó los ojos de encima. Si Antony tuviera la capacidad para detectar las

miradas, entendería que bajo esos lentes oscuros había alguien dedicándose a observar sus movimientos. Pero no podía; así que al otro lado, mientras pedía un *waffle* de Nutella con banano, el solitario hombre que entró al restaurante estaba con el celular en las manos, mirando qué había escrito Antony como pie de foto para su comida.

@Antonyzago

Tarde con amigos y muy buena vista.

Después de veinte minutos de estar sentado esperando, y mientras veía a Antony meterse cada uno de los bocados de su crepe a la boca, llegó su *waffle*. Sonrió a la mesera y pidió un vaso de agua para acompañarlo. Vio cómo su rubio objetivo se paraba al baño, sacó un frasco del bolso, se lo echó al bolsillo y fue hasta el baño a acompañarlo.

Antony iba solo a lavarse las manos, así que lo vio por el espejo apenas entró. El musculoso lo miró y, cuando se iba a abalanzar sobre él, un hombre salió del sanitario; fue por eso que decidió seguir derecho a los orinales y fingir que orinaba.

Volvió a su silla. Antony también.

—¿Van a ordenar algo más? —escuchó decir a la mesera.

—Sí, una copa tentación —dijo Antony.

Sus demás amigos pidieron también unos postres.

El musculoso fue saboreando lentamente su *waffle*. Apenas una mesera pasó por su lado le pidió que le trajera la carta de helados, quería reconocer en la distancia cuál era la copa que pidió Antony.

Cuando la carta llegó a sus manos ya estaban sirviendo, así que se paró y fue rápidamente a la barra para hablar con la mesera encargada de llevarlo. Quería preguntarle algo sobre esa copa.

La muchacha le respondió y él, con la mano en el bolsillo, iba

destapando lentamente el frasco que tenía allí; le hizo otro par de preguntas insulsas, casi que bobas, y la distrajo otro poco. Cuando al fin pudo lograr que desviara la mirada, sacó velozmente la mano del bolsillo y depositó lo que contenía el frasco sobre el helado que estaba a punto de ingerir Antony.

Luego volvió a sentarse en la mesa y siguió comiéndose el *waffle* que había pedido.

Terminó y pidió la cuenta.

—¿Desea incluir el servicio? —preguntó la mesera.

—Sí —respondió él.

Pagó y salió del restaurante. Antony se quedó otro rato comiéndose el postre en la mesa con sus amigos.

El musculoso se sentó en un mueble y esperó. Miraba su celular a ver si Antony publicaba algo más.

Luego de media hora lo vio salir por la puerta. Le contó tres pasos, hasta que el cianuro empezó a hacer efecto. Disfrutó al verlo desplomarse y encontrarse de frente contra el piso. Sus amigos no supieron qué hacer, mucho menos cuando empezó a vomitar sangre.

El musculoso le tomó una foto en la distancia, el rojo oscuro resaltaba en el piso blanco del centro comercial.

Para cuando llegaron los primeros auxilios al lugar, ya era demasiado tarde. El musculoso había desaparecido y Antony ni cuenta se dio cuando la muerte llegó a visitarlo.

1.

Cuando era pequeño y aún vivía en su pueblo natal, rodeado de montañas, encerrado entre calles empedradas, caballos y demás, Juan sintió que su vida podía transcurrir más allá de las fronteras de alambres de púas que siempre le habían pintado. Conoció historias de piratas que llegaban por la televisión y decidió que su vida la dedicaría a navegar.

Fue así como, poco a poco, se fue convirtiendo en un obsesionado por la piratería, sus canciones, sus historias, sus mitos, su simbología. Fue así como empezó a convertirse en un voraz lector, capaz de terminarse un libro de trescientas páginas en poco menos de dos horas.

En el colegio lo empezaron a llamar Morgan; aunque no sintiera casi afición por este pirata, le agradaba que lo fueran asociando a estos dueños del mar.

Con los piratas empezó otra de sus más grandes aficiones: la cartografía. Amaba los mapas y lo que significaban, la capacidad que tenían para llevar a personas desconocidas a encontrarse en un solo lugar y hasta la oportunidad de que otros se dedicaran a hacerlos perder en medio de la mar o de lugares recónditos e inexplorados.

Quería ser eso: un pirata capaz de conocer los lugares más recónditos de los mapas y dejar un legado de justicia que al final, cuando estuviera en el lecho de muerte, le trajera más satisfacción que dolor.

Cuando creció y las fronteras de su pueblo parecían ahogarlo, Morgan decidió hacer una maleta e irse a probar suerte a alguna ciudad costera, una ciudad con la que muchos en su región soñaban, pero que era tan inalcanzable que solo podían ir de paseo allí. Él no era como todos los fracasados de su pueblo y, aunque su familia le pidió que no se fuera porque iba a tener que sufrir mucho en la soledad de esa selva

de cemento, él hizo caso omiso y emprendió un largo viaje que le deparó una vida cargada de vértigo, mares inexplorados y muchos mapas por descifrar.

El camino hasta la autopista fue de casi cinco horas a pie. Vivía en una vereda a dos horas caminando desde el pueblo, lo que significó un largo camino hasta donde esperaba que un camionero se apiadara de sus pies y lo llevara con rumbo a la gran ciudad.

Eran las dos de la mañana, había salido de casa cuando inició el noticiero de las siete de la noche en medio de las lágrimas de su mamá y la resignación de su papá. Su hermano no se dio por enterado, pero entendió que a Morgan se le había quedado pequeño el pueblo y que no quería ser un campesino más.

Tres de la mañana y ningún camión pasaba. Morgan estaba por perder la esperanza de encontrar una oportunidad en la ciudad, se estaba durmiendo parado al borde de la carretera, con el dedo puesto en alto para que cualquier conductor que pasara por esa olvidada autopista lo llevara hasta un poblado cercano.

Durmió parado.

A eso de las cuatro y media de la mañana, sintió como las luces altas de un camión lo golpeaban en la cara. Una Kenworth de la Montaña con camarote, de esas de las que siempre le había hablado su papá, le puso las farolas altas y le pitó. En la distancia, Morgan alzó su brazo, desplegó su dedo gordo y movió lentamente su codo en un vaivén que había visto en alguna película.

El camión se detuvo frente a él.

De lejos no era más que un fantasma negro que se acercaba con sus miles de ojos de luz a gran velocidad. De cerca fue la cosa más bella que había conocido en toda su vida. Fue como amor a primera vista. Era azul y gigante, con una pintura que lo hacía emular a un mar. Atrás,

llevaba un tráiler gigante, rectangular, que parecía una nevera acostada y que por fuera tenía dibujado un barco pirata de color violeta.

—¿Para dónde va, muchacho? —le preguntó el conductor.

—Para el mar, a vivir la aventura de convertirme en un pirata —respondió Morgan.

—Pues bienvenido a bordo, porque voy para el puerto —le dijo el camionero con una sonrisa que resaltaba por la ausencia de gran parte de sus dientes y los pocos que tenía se veían colgando de un hilo, como si la caries y el descuido se los hubieran comido.

Morgan agarró su bolso y, rápidamente, se subió en el camión.

—Mucho gusto, muchacho. Me llamo Alfredo Méndez —le dijo el camionero.

—Yo soy Morgan —respondió.

—Ah, conque quiere revivir las historias de su homónimo en la mar —afirmó el conductor.

—¿Qué, ho... qué? —preguntó el muchacho.

—Homónimo, alguien que se llama igual a usted.

—A poco usted conoce las historias de Morgan —preguntó Morgan.

—Claro, soy fanático de los piratas —le dijo Alfredo al tiempo que le enseñaba el brazo derecho, donde se resaltaba un ancla tatuada.

—A este camión lo llamamos El Rencor Violeta —siguió el conductor.

—¡Como el cuento! —dijo Morgan entusiasmado.

—Sí, como el cuento —afirmó el conductor.

—Ahora entiendo por qué ese dibujo del Rencor en lo que lleva usted ahí.

—Sí, ese tráiler me ha acompañado por años, pero apenas hace unos meses decidí darle el toque a este camión y rendirle un homenaje al Rencoroso Crouch, ya que yo no tengo ni el pelo azul ni la barba roja y mucho menos pude convertirme en pirata de alta mar.

—Yo sí quiero convertirme en uno y por eso voy a salir de ese pueblo donde nadie me creía, donde todos no ven más allá de la mina de carbón, del sembrado de café o del bar de la esquina del parque —afirmó el muchacho.

Se quedó dormido después de una larga conversación donde se retaron intelectualmente hablando de navegación, piratas y barcos. Alfredo siguió manejando, alegando que iba a darle hasta que fuera mediodía y luego dormiría hasta que empezara la noche, porque le rendía mucho más de noche.

Cuando Morgan despertó ese día, el sol había calentado el camión y le daba un reflejo contra la cara. Alfredo no estaba por ninguna parte, se preguntó qué hacer y decidió salir a caminar un poco por el pueblo bajo el inclemente sol.

Averiguó que estaba en Bolombolo, un lugar en el suroeste de Antioquia a un par de horas de Medellín, la primera ciudad de este largo trayecto.

Cuando la monotonía lo aburrió y se cansó de recorrer el pueblo por vigésima vez, volvió al camión.

Alfredo lo miraba con sospecha. Morgan lo saludó y el conductor del camión parecía no recordarlo. De todas formas, después de una larga conversación, lo dejó viajar junto a él en el camión.

A eso de las ocho de la noche, después de comer algo en uno de los restaurantes del pueblo, emprendieron el viaje con destino al mar. Morgan iba feliz, pero el conductor seguía con sospecha la alegría del muchacho.

El pequeño trayecto que recorrieron juntos hasta el siguiente estadero fue tedioso; a cada tema que Morgan intentó poner para conversar, el conductor respondía con un monosílabo. Intentó meterse por el lado de los piratas y no logró nada, por los barcos tampoco, por el comercio menos. Le habló de aventuras, de ficción, de leyendas, de muertos, de muchas cosas, y Alfredo simplemente le respondía con gestos, con ceños fruncidos e incluso con silencios.

Fue en un lugar oscuro, subiendo por Camilo C, cuando Alfredo

tomó la decisión de deshacerse de ese extraño que lo acompañaba. Paró el camión y lo orilló lo más que pudo. El río pasaba a unos metros, así que le quedaría fácil enviar al pirata hasta el Océano, si era lo que quería.

—¿Qué pasó? —preguntó Morgan.

—Nada, aquí te bajas —dijo Alfredo.

—¿Pero no me ibas a llevar hasta el mar? —preguntó el muchacho.

—Y te voy a llevar —dijo Alfredo—. O bueno, te voy a mandar, porque yo todavía no quiero ir hasta por allá.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —preguntó el aspirante a pirata.

—Así —le dijo Alfredo al tiempo que sacaba un cuchillo y se lo enseñaba a Morgan.

Morgan sintió el miedo entre el pecho y la adrenalina que le hinchó las venas. Recordó su infancia dedicado a sacrificar los cerdos que su familia criaba para luego vender la carne para toda la vereda.

Apenas el camionero le tiró el primer zarpazo con su cuchillo, el muchacho se inclinó hacia la ventana y con el pie le estampó un puntapié en la quijada al que hasta ese momento había sido su transportador.

Alfredo quedó medio atolondrado. El muchacho parecía tener fuerza, pero la cabina era pequeña, así que no podía escapársele.

Como pudo, Morgan, con el susto que le traía sentirse atacado y con su adversario al frente, tiró las manos atrás, sintiendo el sudor frío corriéndole por las mejillas.

Abrió la puerta y cayó de espaldas cuando Alfredo volvió a abalanzarse sobre él. El cuchillo se enterró en la cojinería de El Rencor Violeta.

Morgan aprovechó ese momento para tratar de esconderse.

Alfredo se bajó silbando de su camión y salió en búsqueda del aspirante a pirata.

—No me lo hagas más fácil —gritó.

Por esa autopista el tránsito de carros era más constante, pero ninguno se detenía a preguntar qué pasaba, por eso el muchacho decidió quedarse escondido otro rato.

Alfredo lo buscó por todos lados, le dio la vuelta al camión y asumió que el muchacho se había echado a rodar barranco abajo.

Cuando estaba dispuesto a resignar su búsqueda, algo delató al aspirante a pirata. Sus zapatos blancos sobresalieron y Alfredo los distinguió. El camionero trató de hacerse el desentendido para agarrarlo por sorpresa. Siguió silbando.

Morgan seguía sudando frío, buscó en uno de los bolsillos de su pantalón y se encontró de nuevo con un viejo amigo, un punzón que su papá le había dado para abrir orificios en el cuero, pero que él usaba para sacrificar a los cerdos cuando les encontraba el corazón. Le midió el filo y sintió que la piel se le rasgaba.

Alfredo pasó frente a él. El muchacho, silencioso, miró con sigilo cada uno de los movimientos del camionero. Cuando lo vio mover la mano, hizo un quite hacia la izquierda y puso su punzón en un costado del cuello de su atacante.

Al igual que un cerdo, el camionero empezó a gemir mientras la sangre salía a borbotones. El muchacho usó toda su fuerza para tratar de derrumbarlo, lo empujó hasta la orilla de la carretera. Alfredo trató de atacarlo, de usar su fuerza para ahogarlo, pero el muchacho lo inmovilizó, lo tiró al suelo y siguió clavando y sacando su punzón por todo el cuello de su oponente.

La ropa se le manchó de sangre, sentía rabia, tanta que le dieron ganas de vomitar.

Vomitó.

Lloró.

Cuando se calmó, miró el cuerpo del que fuera su transportador. Se preguntó qué hacer. Decidió echarlo al río.

A rastras lo llevó y, como pudo, lo tiró por encima del pasamanos. Se miró la ropa manchada de rojo y decidió que debía llegar a altamar primero que él.

Su oponente y su ropa desaparecieron con el agua en el horizonte.

Volvió al camión, agarró su bolso, tomó ropa nueva y empezó la huida, no sin antes llevarse el aparato que tenía Alfredo para guardar los mapas y ubicarse en las carreteras.

2.

Al coronel Peláez le timbró el celular mientras caminaba por el Centro Comercial Santafé y trataba de acercarse al tumulto de gente que estaba reunido frente a Crepes & Waffles.

Sobresalió por su musculoso cuerpo y pidió permiso mientras decía que era detective de la SIJIN, en el cinto llevaba una pistola nueve milímetros y en el bolso un pequeño laboratorio de análisis de muestras.

A medida que se iba acercando al centro de ese gran círculo de curiosos, el detective se iba imaginando el panorama que se iba a encontrar: un muchacho de buena familia abaleado, por error o por alguna venganza.

El tumulto le fue abriendo espacio y le dejó pasar.

El panorama fue totalmente distinto a lo que se imaginó.

Encontró en el centro de ese círculo de gente a un muchacho muy bien parecido, de cabello rubio, de frente al piso, con sus amigos llorándole alrededor y un charco de sangre que le rodeaba la cara.

Los ojos estaban hinchados en sangre, casi púrpuras. La boca estaba blanca y el cuerpo tumbado, como si se hubiera acostado a dormir bocabajo. La pregunta se le vino a la cabeza al coronel Peláez: “¿Qué había matado a este muchacho?”

La sangre que rodeaba a Antony era mucho más espesa de lo normal, parecía mezclada con bilis o con la comida que acababa de degustar. Incluso, hasta pensó que el muchacho explotó por dentro y empezó a vomitar sus propios órganos.

Acordonó el lugar.

Sacó una cámara de su bolso y empezó a fotografiar todo lo que le pareciera sospechoso: desde el celular del muchacho que había quedado destruido al caer al suelo, hasta la forma en que quedaron puestos sus pies cuando se desmoronó ante el mundo.

La gente empezó a perder el morbo que le proponía la situación y lentamente empezó a desalojar el centro comercial.

Los efectivos encargados del levantamiento llegaron media hora después de que el centro comercial cerrara. Los amigos de Antony fueron los únicos que permanecieron en el lugar; aún se resistían a aceptar que su amigo se había ido para siempre.

En silencio, los encargados del levantamiento con sus trajes blancos tomaron fotos, miraron alrededor. Otra vez el celular era protagonista, lo agarraron con una pinza y lo echaron en una bolsa.

Así fueron haciendo con cada uno de los objetos que parecieran sospechosos, desde una colilla de cigarrillos que algún desprevenido dejó caer en el piso, hasta la misma sangre que salió de la boca de Antony y que fue la anunciante de que por él ya no se podía hacer nada.

El coronel Peláez estuvo anotando de todo durante el levantamiento, llenó alrededor de cinco o seis páginas de una libreta amarilla que cargaba siempre consigo. Cuando el cierre de la bolsa negra empezó a subir, dio por terminada su labor. Cerró su libreta, guardó sus cosas y salió por el mismo camino por el que había llegado. Sacó su celular, revisó una notificación que le llegó, sonrió y se fue.

3.

Apenas llegó a su casa, el asesino soltó su bolso, se desnudó y se bañó. No le gustaba el olor de la sangre y, por eso, cada que hacía algo que la incluyera, así no la tocara, se bañaba en agua caliente y luego se echaba vinagre para eliminar el olor y hasta el sabor que produce; luego volvía a bañarse en agua caliente con un jabón que olía a flores. Cuando salió de la ducha agarró su celular y miró la notificación que le había llegado apenas iba saliendo del centro comercial donde había acabado con la vida de Antony.

Sonrió.

Tinder le había notificado que una chica cerca a su casa había hecho *match* con su perfil.

Primer paso.

Él entró a mirar el perfil de ella y quedó encantado. No dejaba mucho a la imaginación. Tenía cabello negro, largo, liso; ojos color avellana, profundos, delineados con un lápiz negro que los hacía parecer más grandes; los pómulos un poco pintados de rosado y los labios rojos.

Se llamaba Camila Fernández.

Tenía el cuerpo moldeado, carnosos, solo la cubría una pieza de lencería negra, de encaje. Según el perfil, contaba con veintitrés años y estudiaba comunicación social; pero, esta vez, estaba en búsqueda de algo.

Mientras se vestía, el asesino hizo *match*.
No pasaron dos minutos cuando le llegó un mensaje.

“Hola, me encantas. ¿nos vemos?”, decía.

Él dudó un momento, luego devolvió un mensaje aceptando la invitación y enviando la información sobre dónde podía encontrarlo. Ella también compartió la suya y lo sorprendió.

Vivía en la urbanización al lado de donde el asesino vivía.

Se engulló un pedazo de pan, estaba exhausto, pero iba a aceptar un poco de diversión antes de dormir.

Seis minutos pasaron. Sonó el citófono.

—Déjela que pase —dijo al vigilante.

Cuatro minutos y treinta y tres segundos le demoraba comúnmente llegar de la portería de la urbanización hasta la puerta de su apartamento. El ascensor era lento y debía subir dieciséis pisos.

Ella se demoró un poco más. El asesino miraba su cronómetro. Ya iban cinco minutos y nada que ella aparecía.

Siete minutos con cincuenta y dos segundos se demoró en sonar el timbre.

Abrió con una sonrisa.

—Hola, perdón. Me fui por el lado que no era —dijo Camila.

—Tranquila —dijo él, sonriente.

—Lázaro, ¿cierto? —preguntó ella.

—Ajam —dijo él, mientras se le acercaba y la tomaba de la mano para que entrara al apartamento.

Apenas estuvo adentro, cerró la puerta con seguro y escondió la llave en un baúl que tenía en la mesa conjunta a la mesa del comedor.

La llevó hasta un mueble de la sala.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Lázaro, cortés.
—¿Qué tienes para ofrecer? —respondió Camila.
—Tengo vino, cerveza, gaseosa, agua, jugo —dijo él.
—Una cerveza está bien.

Fue a la nevera, sacó una cerveza Pilsen, la destapó.

—¿En un vaso? —preguntó Lázaro de nuevo.
—No, así está bien —afirmó Camila.

Lázaro puso música, una mezcla entre punk, electrónica y algo de *reggae*. Con la conversación fue desnudando a Camila, le besaba los labios y le mordía los hombros. Ella disfrutaba de sentirse aprisionada por ese musculoso cuerpo, por sus tatuajes, por su sonrisa. Le gustaba su cara cuadrada, con una barba de tres días y su cabello bien cortado, con una línea a los costados que separaba la cabeza de la coronilla. Tranquilamente pudo ser un soldado, pero, según su perfil de Tinder, no era más que un modelo de ropa interior; su cuerpo era la mejor prenda de ello.

Se fundieron en sonrisas, se desnudaron y se saborearon, disfrutaron de sus mieles y placeres, de la alegría del encuentro y la incertidumbre de la separación. Acabaron en la cama, en sus cuerpos, entrelazados, cubiertos por las sábanas, desnudos.

No se dijeron nada más.

Durmieron.

4.

Después de caminar toda la noche con rumbo a Medellín, Morgan sintió que los pies se le cansaron. Se acostó a la orilla del camino. No le importó que algún carro se lo llevara, después de la noche que había vivido lo que menos le importaba era su vida; quería descansar y encontrar la forma para poder llegar al mar o, aunque fuera, a una ciudad grande que lo hiciera olvidarse de su pueblo, de su pasado, de su fracaso.

Lo despertó la luz del sol y el sonido de los pitos por el monumental trancón que se había generado en la vía que conducía hacia el suroeste de Antioquia.

—¿Qué pasó? —preguntó Morgan a un conductor.

—No sé, pero parece que es grave, acá llevamos como dos horas —respondió el chofer que iba en sentido contrario al joven pirata.

—¿Hacia dónde es Medellín? —volvió a preguntar el muchacho.

—Siga la loma, eso lo va a llevando a la ciudad. Cuando conquiste la montaña, posiblemente puede verla al fondo —le dijo el conductor.

—Gracias.

Morgan agarró su maleta y siguió subiendo. La cola de carros crecía y se perdía en el horizonte. En el sentido en el que iba no subía ni un solo carro, como si hubieran taponado la vía y no pudieran ni entrar ni salir al departamento por allí.

A otro conductor, que estaba esperando desesperado, le preguntó la hora. Apenas iban a ser las nueve de la mañana, la barriga le sonó. Se esculcó en los bolsillos en búsqueda de algún peso y no se encontró nada.

Era un pirata de verdad, había viajado en camión pirateando hasta que su capitán de barco decidió atacarlo y tirarlo por la borda para que

se lo comieran los tiburones; solo que esta vez ganó este aprendiz de marinero. Y así, sin dinero, con su mochila llena de sueños y ropa vieja, esperaba lograr algo en algún lugar, cerca al mar o lejos de él.

Caminó con el sol a cuestas, sudando lo que tal vez no había sudado cuando cargaba marranos por la finca para montarlos al camión que los llevaría directamente al matadero o a la familia que lo había comprado para un festejo. Sentía la garganta seca y los brazos ardiéndole.

Miró al sol y trató de calcular la hora.

Fueron otras dos horas más las que caminó, en promedio. Estaba por darse por vencido cuando divisó que allá, tras los árboles, había una construcción a la orilla de la carretera. Decidió dar su último esfuerzo para llegar hasta allí.

El lugar estaba lleno de personas que habían abandonado sus carros para comer algo. Morgan no tenía cómo comprar comida, así que entró directamente hasta el baño y se pegó de la canilla para tomar un poco de agua que le quitara la sed de las, a su parecer, cuatro horas que había caminado.

Cuando salió del baño, el noticiero lo recibió con una imagen del camión que lo había transportado hasta la noche anterior.

“Desaparecido conductor de camión”, rezaba el titular que ocupaba un tercio de la pantalla. En el medio de todo, entrevistaban a algunos camioneros que lo conocieron y que hablaban de él como “El doble”.

Su nombre era Alfredo Méndez y era camionero desde hacía quince años, cuando un accidente de trabajo obligó a que su empresa lo jubilara por invalidez, ya que un golpe en la cabeza, al caer desde una altura superior a quince metros, le había generado un trauma de doble personalidad, que lo hacía ser un personaje un día y otro al siguiente.

Quería decir que era pirata los lunes, miércoles y viernes y un loco

psicópata los martes, jueves y sábados. Intercalaba sus personalidades día por medio, asustando a sus compañeros y obligándolo a convertirse en un hombre solitario cuando amanecía psicópata y en un hombre completamente sociable cuando era un pirata que sabía tanto de navegabilidad que, incluso, lo ponían a liderar las caravanas de camiones que recorrían las carreteras de Colombia en las noches, ya que era capaz de interpretar los mapas que le tiraba su GPS tan rápidamente que los memorizaba y se adelantaba a lo que le dijera la voz guía.

Hablando del GPS, Morgan se acordó del suyo, se tocó el bolsillo de atrás del pantalón y lo encontró allí, lo sacó. Aún tenía a Medellín marcado como destino, al aprendiz de pirata se le había olvidado que lo llevaba y estuvo preguntando qué camino seguir a todos los conductores de los carros, sin saber que la respuesta estaba en su bolsillo emitiendo señales.

Se quedó embelesado mirando las noticias. El amarillismo del periodismo en los medios masivos colombianos hizo que durante cuarenta minutos mostraran una cronología de la vida de “El Doble”, ya que su cuerpo no aparecía, su familia preguntaba por él y tenían una incertidumbre que no sabían si era alegría o tristeza. Además la forma en que narraron la historia, hizo que fuera más atrapante todo.

Morgan se sentía mal, las manos le temblaron: acabó con la vida de alguien a quien la familia no veía hacía años, acabó con la vida de alguien y no sentía nada. Ni dolor, ni angustia, solo un palpar rápido entre el pecho, pero nada más.

Otro en su lugar tendría algo que no lo dejaría dormir ni avanzar en la vida. Pero Morgan tenía que ser fuerte, se tenía a sí mismo y a nadie más.

Cuando el restaurante se vació, empezó a buscar entre los platos vacíos algo que sobrara y pudiera significar un bocado para saborear.

El administrador del lugar lo vio, envió a un mesero con una bandeja paisa. Se la ofreció.

Morgan comió, era el plato más succulento que había comido en toda su vida. A veces, en su casa, pese a tener cerdos, no tenían carne para comer y este plato, este solo plato, tenía tres tipos de carne y, además, tenía huevo. Estaba complementado por fríjoles, arroz, aguacate y remataba con una taza de mazamorra con bocadillo. Mejor dicho, el joven pirata iba a tener energía para llegar a Medellín.

La cuestión era que el dueño del local no iba a dejar que se fuera tan fácilmente.

5.

Camila se despertó al otro día con el olor que venía desde la cocina.

Lázaro se había levantado temprano, había hecho su rutina de ejercicios, la había visto dormir en su cama, le pareció perfecta ahí, medio desnuda, medio cubierta con las sábanas blancas. Se le veía la placidez en el rostro, respiraba tranquila.

Fue ahí, cuando la vio, que decidió que ella no iba a ser su víctima y tal vez podía convertirse en su razón. Por eso se dirigió a la cocina y empezó a prepararle el desayuno.

Huevos con tomate, cebolla y jamón; pan tostado y café en leche.

Camila lo abrazó por la espalda, le sintió los músculos tensos. Él empuñó el cuchillo con ira, la agarró del cuello con rabia, con temor en los ojos.

—¡Soy yo, soy yo! —le gritó ella.

El asesino la miró fijamente, los ojos estaban cargados de odio, oscuros. La tensión se les metió por los poros, mientras él trataba de identificarla, ella con las manos trataba de que los músculos se ablandaran para que no le hiciera más daño.

La mano casi que le cerraba todo el cuello. Empezó a levantarla, Camila sentía cómo sus pies iban perdiendo el piso y se iban despegando. Sentía que volaba, que se iba. La boca se le empezó a secar, la garganta le dolía, una, dos, tres arcadas, el ruido lo trajo de vuelta.

El asesino la vio indefensa con los ojos casi en blanco, a punto de vomitar, dejó de hacer fuerza con la mano; soltó el cuchillo y trató de cargarla. Camila sentía temor, pero sabía que no era su culpa.

Con lágrimas en los ojos fue a acostarse. Le dolía la cabeza. El asesino la miró arrepentido, fue y se acostó con ella. Le subió una pierna sobre las de ella y con las yemas de los dedos le delineó la nariz hasta que volvieron a quedarse dormidos.

6.

Pasaron cuatro días para que encontraran a “El Doble” a sesenta kilómetros de donde había caído al agua, tenía una herida en el cuello que parecía hecha con una daga y que le cercenaba la garganta.

Más adelante encontraron la ropa de Morgan, ensangrentada, colgada de un palo.

Los detectives trataron de atar cabos, pero lo único que se les ocurrió fue que un asesino había acabado con la vida de Alfredo y de un muchacho sin identificar aún, que también fue arrojado al río, pero con quien la naturaleza no tuvo la compasión que había demostrado con el conductor del camión.

Los noticieros enfocaron la ropa de Morgan. En el pueblo su papá, que estaba sentado en el restaurante del parque porque había bajado con el menor de los hermanos a vender los cerdos, la reconoció, rompió a llorar.

Don Roberto, un hombre fuerte, de esos que crió a sus hijos bajo el mandato machista de que los hombres no lloran, lloró en pleno parque, delante de sus amigos de infancia, de todos esos que lo tenían como uno de los hombres más respetables e inquebrantables del municipio.

Nadie se acercó porque cuando los hombres lloran, y más los hombres que se han hecho siempre los fuertes, todas las tristezas afloran.

El hermano menor de Morgan no entendía nada de lo que le pasaba a su papá, por eso siguió vendiendo los cerdos a todos los transeúntes del pueblo con los que ya habían establecido negocios desde hacía varios meses.

Cuando todos los negocios con los cerdos estuvieron cerrados y el

padre se calmó, el hermano menor de Morgan fue hasta donde se encontraba, le dio la plata que habían recogido y, por primera vez en toda su vida, en público, el padre besó al muchacho en una mejilla.

Era el primer hijo al que besaba, era el primer hombre al que besaba, pero fue la más sincera expresión que encontró para demostrar su dolor y su tristeza, pero sobre todo el abandono que había ofrecido en todos los años que había vivido con ellos.

Se tomaron un par de aguardientes y una cerveza cada uno, luego emprendieron el viaje hasta la vereda.

Eran dos horas de camino desde la cabecera municipal hasta la casa que tenían adentro en las montañas.

—¿Qué pasó, pá? —preguntó el muchacho.

—¿Qué pasó de qué? —respondió el papá.

—¿Por qué el beso? —volvió a preguntar el hermano de Morgan.

—Porque me di cuenta de todo el daño que les he hecho. Porque no he sido más que una figura que está ahí para llevarles la comida, pero no como apoyo o ejemplo de crianza.

—¿Cómo que no eres nuestro ejemplo, entonces por qué queremos ser como vos?

—No sé.

—¿O es que vos creés que Morgan se fue de la casa a vivir como una señorita? No, él se fue a guerrearla, a buscar la forma de salir adelante y sacarnos a nosotros adelante —dijo el muchacho.

Apenas escuchó el nombre de Morgan el papá rompió a llorar.

—¿Qué pasó? —volvió a preguntar el muchacho.

El padre trató de calmarse, pero la garganta la tenía anudada y le era imposible hilar con ella alguna palabra. Siguieron el camino de piedra y arena dejando un rastro de polvo tras ellos.

Un carro se acercó rápido, era un Toyota modelo 68, de esos que en

el pueblo llaman chivero y que presta el servicio de transporte desde los parques de los municipios hasta los lugares más alejados del casco urbano. Como una mancha café estaba alcanzando a padre e hijo. Frenó en seco.

—¿Los llevo? —preguntó el conductor.

—No, tranquilo —dijo el padre.

—¿Seguros? Aún les falta mucho camino —dijo el conductor que conocía dónde vivía la familia de Morgan.

—Sí, seguros —dijo el padre de nuevo.

—Listo. Igual, don Roberto, lo lamento, yo vi al muchacho hace dos días cuando iba caminando para la autopista, no me imaginé para dónde iba —dijo el conductor un poco apesadumbrado.

—¿Cómo así? —preguntó el hermano de Morgan.

—¿No le ha contado al muchacho todavía, don Roberto? —preguntó el conductor.

—¿No me ha contado qué? —preguntó otra vez el hermano de Morgan—. ¿No me has contado qué, papá?

—Ya te contaré. Hasta luego, Fernando —le dijo el padre al conductor, quien entendió que no debía seguir ahí y arrancó su carro.

El carro se fue perdiendo en una nube de polvo que se demoró mucho rato en disiparse.

—¿No me has dicho qué? —volvió a preguntar el hermano.

El papá volvió a llorar, esta vez más desconsolado que antes. Se sentó a la orilla de la carretera.

El hermano de Morgan se sentó a su lado, lo abrazó y trató de consolarlo. El papá en otro acto desconocido para su comportamiento, recostó su cabeza sobre el hombro de su hijo; luego de un rato, se paró y le dijo que se fueran.

—Sabés que todo es culpa mía —le dijo al muchacho.

—¿Qué es culpa tuya? —preguntó el joven sin entender nada.

—Todo, que Morgan se haya ido, que busque nuevos horizontes y que ahora esté muerto —dijo en un arrebato.

—¿Muerto? ¿Morgan está muerto? —preguntó el chico.

—Eso parece, encontraron su ropa ensangrentada en el río. Cerca a donde encontraron a un camionero asesinado —afirmó don Roberto.

Ahora el que se sentó a llorar fue el chico. El papá fue a abrazarlo y a tratar de levantarlo. Abrazados como nunca, entre lágrimas y recuerdos de Morgan, siguieron por el camino empolvado que los llevaba a su casa.

7.

Cuando terminó el plato que le habían servido, Morgan se iba a parar, pero el dueño del local lo detuvo.

—¿Para dónde vas? —le preguntó.

—Para Medellín —respondió Morgan.

—¿A qué? Si no es descortés de mi parte preguntarle...

—A probar suerte —dijo Morgan.

—¿Vas a jugar lotería? —preguntó de nuevo el dueño del lugar.

—Si la vida es una lotería, sí, voy a jugarla en una ciudad desconocida —respondió Morgan.

—¿Y a quién conocés en Medellín? —preguntó otra vez el dueño.

—A nadie.

—¿Cómo que a nadie?

—Sí, a nadie. Vengo de una vereda de Urrao, donde vivía con mi familia, pero yo no quería criar cerdos, yo siempre he querido algo grande, mío, no cerdos.

—Hagamos una cosa —le dijo el hombre del restaurante.

—¿Qué? —preguntó Morgan.

—Primero que todo, mucho gusto. Soy Alberto Restrepo, el dueño de este lugar y quiero hacerte una propuesta: en vez de irte para Medellín, donde nadie te conoce, por qué no trabajás para mí, así te hacés unos pesos para poder ir a la ciudad. Además, podés hacer contactos aquí que viven en Medellín y que te pueden servir para lograr lo que tanto querés. ¿Qué te parece?

—Me gusta la idea, porque usted tiene razón. ¿Y qué tendría que hacer?

—Lo que quiera: si querés me ayudás parqueando los carros de los visitantes, o si no, pues de mesero, o si querés en la cocina y vas aprendiendo a preparar cosas.

—La cocina es para las mujeres —afirmó Morgan.

—No, la cocina es para todo el mundo y aquí te lo vamos a demostrar. Así que te vas a poner a trabajar en la cocina.

—Pero usted me dijo que iba a trabajar donde quisiera.

—Sí, pero ya quiero que trabajés en la cocina y aprendás. Así que vení te presento al equipo de cocineros y después te llevo al lugar donde vas a vivir.

Resignado, Morgan aceptó; Alberto tenía mucha razón en todo lo que le decía sobre irse a probar suerte en Medellín. Además, según el aspirante a pirata, posiblemente terminaría viviendo bajo un puente y eso no le parecía muy a gusto.

—¿Cómo es que te llamás, muchacho? —le preguntó el dueño del restaurante.

—Morgan —respondió.

—¿Como el pirata?

—Sí, como el pirata.

Reinó el silencio y luego de que terminara el noticiero, se pararon para conocer todo el lugar.

—¿Por qué a mí? —preguntó Morgan.

Alberto lo miró, meditó su respuesta.

—Porque hay gente a la que se le nota la necesidad y desde el momento en que te vi llegar, sabía que necesitabas algo que yo podía darte.

—¿Y qué era ese algo? —preguntó Morgan.

—Hogar, comida y trabajo.

Volvió el silencio. Fueron caminando por todo el restaurante, le mostró los baños y la cocina, la zona de aseo del lugar y la zona de aseo de los trabajadores.

—¿Te gusta? —preguntó Alberto.

—Me gusta mucho —le respondió Morgan.

—¿Cuántos años tenés?

—Diecisiete, voy a cumplir dieciocho.

Alberto pareció que meditaba algo, sacó unas llaves del bolsillo y le pidió a Morgan que lo acompañara.

Salieron por un costado del restaurante. Era una casa grande con muy pocos muros interiores para que quedara un salón gigante donde estaban ubicadas las mesas, la gran cocina y los baños.

—Ahora te voy a mostrar la casa donde vas a vivir. No es la gran cosa, pero la podés considerar tu hogar —le dijo el hospitalario dueño del restaurante.

Bajaron por un camino de piedra incrustado en la montaña, un camino que estaba recién construido, que se partía en tres caminos más a la mitad y que lo obligó a recordar por cuál debía tomar cuando fuera para su casa.

Caminaron como cinco minutos en descenso, la rampa estaba confeccionada en concreto con granito delgadito para que no fuera resbaladizo. Al menos eso decía Alberto. Al final había una casa pequeña que iba a ser un lugar donde Morgan iba a descansar bien.

La casita era igual a la del restaurante: un salón gigante con una cama en el centro, un baño en un costado y una pequeña cocineta. La pintura estaba inflada por la humedad, las tejas eran de material galvanizado, lo que significaba que el sol la iba a calentar tanto que era mejor que la tarde agarrara a sus habitantes fuera de ella.

—Aquí podrás descansar, si quieres. O si no, pues puedes empezar a trabajar de una vez, a conocer de preparaciones y de todo lo que en la cocina conlleva el trabajo —le dijo Alberto.

—No, quiero descansar, anoche fue una larga y extraña noche. Así que prefiero dormir un rato y luego empezar a conocer el lugar —le dijo Morgan.

—Está bien. Éstas son tus llaves, te las voy a poner sobre el nochero para que te quede fácil salir.

El dueño del restaurante lo dejó. Morgan sonrió, fue como ganarse la lotería de la que habló con Alberto, pero de verdad. En menos de dos horas había conseguido comida, casa y trabajo.

Acomodó sus cosas, se acostó en la cama, se quedó dormido.

Cuando despertó ya era de noche, sintió que descansó lo que no había descansado en siglos, soñó, tenía unos ribetes que lo ataban al suelo y no lo dejaban mover.

8.

Camila se despertó aprisionada por el cuerpo de Lázaro que, apenas sintió que se movió, también abrió los ojos.

La miró, hizo como una cara de resignación y le pidió disculpas con ella.

—¿Qué pasó ahí? —preguntó ella.

—Es una historia muy larga, la verdad —le respondió él.

—¿Es algo de lo que no quieres hablar?

—Es algo de mi pasado, de un pasado traumático. De un pasado que, como todos los pasados, nos hizo bien y nos hizo mal. A mí me forjó en lo que soy hoy en mi trabajo, en mi vida. Donde fortalecí temores y alegrías, donde las tristezas se me hacen más tristes y los miedos, terrores. De lo que sí estoy seguro es que lo que pasó en la cocina no quiero que se repita, Cami; sobre todo porque con vos parece que hay algo distinto, algo inexplicable, algo que en mi vida no había sentido, y yo he tenido que sentir muchas cosas.

—Pero ¿entonces no me vas a contar qué pasó? —insistió Camila.

—Por ahora no, pero ya llegará el momento en que te des cuenta de lo que pasa. Eso sí, dejemos claro que no me gusta que me sorprendan por la espalda, ¿está bien? —afirmó Lázaro.

—Está bien —le dijo ella y le dio un beso.

Se bañaron y juntos prepararon el desayuno, que ya iba siendo almuerzo. Cuando se sentaron a la mesa, la curiosidad le picó a Camila.

—¿Y en qué trabajas? —le preguntó ella.

—Soy investigador —respondió Lázaro.

—¿Investigador de qué? —volvió a preguntar Camila.

—De homicidios

—¿O sea que te toca hacer levantamientos?

—Más bien me toca hacer acostamientos —dijo él y soltó una

carcajada.

—¿Eres un investigador que mata gente?

—No, la verdad me dedico a hacer seguimientos de personas e investigaciones privadas para mucha gente.

—Sorprendente, ¿y cómo haces eso?

—Con muchos equipos. Computadores, celulares, incluso toca ingresar a algunos lugares donde tenemos restringida la entrada.

—¿Y cómo haces para entrar? ¿Tienes entrenamiento militar? ¿Entras por la fuerza?

—Sí tengo entrenamiento militar y sí entro por la fuerza.

—O sea que has matado a mucha gente...

—No, la verdad es que todo mi trabajo lo hago desde aquí, desde mi casa. Son pocas las veces que salgo.

—¿Sos *hacker*?

—Sé algo de informática, no mucho, pero me defiendo.

La verdad es que Lázaro era un experto en seguridad informática, entrenado en el exterior por grandes investigadores web que trabajaban con el FBI, INTERPOL y la CIA. Allí había aprendido sobre comunicaciones, intromisiones y espionaje, algo que había usado en su vida y su trabajo, para curarse en salud, salvar el mundo y hacer su trabajo, como lo que hizo con Antony.

Camila, en cambio, era estudiante de comunicación en la Universidad de Antioquia, iba en sexto semestre pese a tener veintitrés años, solo que los paros le habían ido retrasando cada uno de los periodos, por cuestiones de manifestaciones, había incluso pasado uno de sus años en blanco, sin estudio, inventándose qué hacer.

Ahora, que todo estaba normalizado, simplemente estudiaba. A veces perdía todo el día en la universidad por pereza de irse para la casa a dormir o a escuchar los chismes de la empleada.

Después del desayuno Lázaro le dijo que bajara a su casa y recogiera sus cosas, que él la iba a llevar a la universidad. Ella aceptó y se fue, no sin antes pedirle el número del celular para llamarlo apenas estuviera

lista.

La dejó en la puerta de la calle Barranquilla, se despidieron con un profundo beso y prometieron volverse a ver; a Lázaro lo había picado ese bichito que tal vez nunca había sentido y del que muchos hablaban constantemente para referirse al amor. Se quedó observándola hasta que se perdió en el horizonte tras las puertas de la universidad.

Inmediatamente se puso a trabajar. Tomó su celular, abrió Swarm, la que antes se llamaba Foursquare y servía para geolocalizarse, miró los últimos *check in* cerca a su ubicación y encontró que había muchos en los parques alrededor.

Parqueó en el Parque Explora, salió por la puerta de vidrio, saludó al celador con una sonrisa y fue hasta la taquilla.

Sacó la cuenta de servicios con la que siempre ingresaba allí, en ella se leía que era estrato dos y, por ende, la entrada era gratuita.

Recibió su pasaporte, era una manilla de papel de color verde; con ella tendría acceso a todas las atracciones que quería.

Mientras cruzó los torniquetes de acero, sacó su celular y volvió a comprobar el *check in*.

@JoaquinYepes está en Parque Explora con otros 4.

Inmediatamente volvió a hacer el itinerario que había hecho con Antony: revisó la cuenta para ver si se encontraba con alguna foto de Joaquín y así poder reconocerlo en la distancia.

La foto de su cuenta en Twitter no daba muchas luces de cómo era físicamente, así que Lázaro tuvo que hacer un rastreo más profundo: entrando en su Facebook y su cuenta de Instagram para tratar de hallar algo que lo dirigiera a la figura de ese muchacho tras el que estaba.

Era pelinegro, con una especie de cresta, aunque de punk no tuviera nada. Varias de las fotos de su Instagram reflejaban que era un muchacho que gustaba de estar con camisillas, mostrando algo de los músculos que había podido moldear en un gimnasio de los que le construyó la alcaldía a unas cuadras de su casa.

Lázaro empezó a buscarlo en la plazoleta principal del parque, pero solo se veían familias enteras disfrutando de los dinosaurios gigantes, de los experimentos de ciencia divertida, del muro de escalada para niños. Mientras tanto, a su lado, iba un joven guía que les iba explicando el funcionamiento científico de cada una de esas atracciones. Entendió que no era ahí donde debía buscarlo. Así que subió a los cajones de exposiciones permanentes, tal vez podría encontrarlo allí.

Empezó de norte a sur, alzó la vista por encima de la puerta en el primer cajón y no vio nada que pudiera darle luces de la presencia de Joaquín allí. Siguió rápidamente, sentía que el tiempo se le acababa; iba a pasar al siguiente cajón cuando le dio por revisar de nuevo el Instagram del muchacho.

Cucarachas blancas **2m**

Hacía dos minutos había publicado una foto de unas cucarachas sin caparazón, las que se exponían en el vivario.

—¿Dónde queda el vivario, dónde están las cucarachas? —le preguntó Lázaro a la muchacha de la entrada del cajón al que se dirigía.

—Es abajo, arriba del acuario —le dijo ella, señalándole hacia el oriente.

Lázaro omitió entrar a esa caja y corrió por el exterior, con el sol sobre la cabeza, bajó las escaleras y llegó rápidamente al vivario.

—¿Aquí están las cucarachas? —preguntó.

—Sí —respondió el joven de la entrada, mientras le sellaba el

pasaporte para ingresar a la sala.

Hizo un rápido rastreo y no vio al muchacho que estaba buscando. Entró y siguió el camino que le dictaban las vitrinas, allí lo vio a lo lejos. Tenía una camisilla blanca, se le veían los músculos bien torneados, tenía su cresta bien parada con gomina, un jean ajustado. Lo acompañaban varios amigos y varias amigas, una de ellas lo abrazaba y lo besaba, Lázaro asumió que era la novia.

Se les pegó al paso, los miraba y analizaba cada uno de sus movimientos, estaba esperando el momento para realizar su jugada, un momento a solas con Joaquín.

Dieron vueltas durante dos horas más, pasaron a las otras dos cajas, jugaron y se divirtieron. Lázaro seguía concentrado en su misión. Pese a que todos los muchachos no superaban la mayoría de edad, solo iba a atacar a uno de ellos.

Se fue a la cafetería a comprarse una gaseosa sin perderlos de vista. Ellos se sentaron y Joaquín tomó la decisión de irse para el baño. Lázaro dejó la gaseosa servida sobre la barra, entró primero que el muchacho a ese cuarto que compartirían durante un par de minutos.

Se metió en la cabina del sanitario y, cuando sintió la presencia del joven entrando al baño, salió, lo miró de frente y lo saludó con la mirada. El muchacho le devolvió la reverencia, aunque intuyó que ese hombre se había enamorado de él y, por eso, sintió cómo su homofobia se disparó.

Entró en una de las cabinas de sanitario mientras Lázaro se iba lavando las manos. Pensó rápido, no sabía cómo actuar. Así que decidió dejarle un mensaje, que no lo matara, pero que sí lo advirtiera.

Agarró el ácido del bolsillo y, con un pequeño copito de algodón, empezó a untarlo sobre la boquilla del secador de manos, esperando que el viento caliente activara las partículas y las dejara caer sobre las

manos del muchacho. Salió del baño en silencio y volvió al restaurante, tomó la gaseosa que había quedado servida y fue a la sala común donde estaban todos los experimentos de ciencia y los muros de escalada. Allí esperaría.

9.

El cuadro que se encontró el coronel Peláez apenas llegó fue un poco macabro. El baño estaba inundado de sangre como si hubieran destripado a alguien en el interior. Era la primera vez que en el Parque Explora se presentaba un accidente de este tipo, así que para las familias que se encontraban allí no fue un cuadro apto para que los niños observaran.

Se ordenó la evacuación completa del parque; eso sí, los amigos de Joaquín se quedaron esperando a que llegara la policía para poder poner el denuncia. El muchacho que había sido víctima de Lázaro fue llevado a la Clínica León XIII, a pocos metros del lugar.

—¿Qué pasó aquí? —les preguntó Peláez.

—Nada, que a Joaco se le comieron las manos en el baño —respondió uno que vestía con la misma camisilla blanca que estaba de moda, con una bermuda y unas zapatillas.

—¿Y quién se le comió las manos? —insistió el investigador.

—Según dijo él, fue el agua del lavamanos —respondió una de las chicas.

Peláez dudó un poco, los miró a los ojos.

¿Cómo podría el agua del lavamanos hacer el desastre de sangre que estaba presenciando en el baño del parque? ¿Cómo podría alguien comerse las manos de otra persona y salir desapercibido de un parque público?

Las preguntas siguieron inundando la cabeza del coronel.

—¿Para dónde se lo llevaron? —preguntó.

—Está en la Clínica León XIII, o al menos eso nos dijeron —respondió uno de los amiguitos.

El coronel fue al baño de nuevo, tomó muestras de sangre del suelo; la mezcla entre el olor de la sangre y el de la orina, que generalmente se secaba en el piso de los baños, se le metió por la nariz y lo hizo estornudar. Se secó con la manga de la camisa y tomó muestras de la boquilla del lavamanos, del lavamanos mismo y de las gotas de agua que estaban aún sin secar dentro del pequeño pozo.

Luego de todo eso, dejó que el equipo de investigaciones hiciera su trabajo.

—Tomen muestras de todo. De los sanitarios, lavamanos, puertas y demás. Y, si es posible, me consiguen una copia de los videos tomados por las cámaras de seguridad, pero esto no puede quedarse así —dijo y salió corriendo.

Conocía la Clínica León XIII, allá había tenido que ir a entrevistar testigos y hasta víctimas de atentados durante mucho de su tiempo de trabajo, así que sabía que no eran sino un par de cuadras caminando, que con su juventud y capacidad atlética podían significar un par de minutos. Además, por el tamaño de sus piernas no tendría ningún problema en hacerlo en segundos si tuviera que correr. Pero no, esta vez tenía tantas preguntas en la cabeza que correr solo le impediría ir atando los cabos que podía haber empezado a encontrar tirados en el suelo de dos lugares altamente concurridos de la ciudad, no importaba si era un cadáver o un pedazo de carne.

Así que, entre pregunta y pregunta, salió del Parque Explora, pasó debajo de la estación Universidad del Metro, miró los mismos murales que siempre le habían llamado la atención, cruzó la calle aún con el semáforo peatonal en rojo y se vio caminando por el borde del Parque de los Deseos mientras trataba de encontrar por qué dos muchachos que no superaban los dieciocho años habían tenido ataques sin rastro, que a uno le había causado la muerte y al otro, posiblemente, lo dejaría sin manos.

Su silencio le hacía sentir cada paso, las preguntas en su cabeza le

dieron ideas para anotar.

Se detuvo para cruzar de nuevo la calle.

Sacó su libreta e hizo una pequeña lista que dejó inconclusa; solo podría terminarla en el momento en el que hablara con el muchacho recién atacado.

Llegó a la clínica y empezó a preguntar en la recepción y, aunque mostraba su placa, nadie sabía darle información sobre el muchacho.

10.

—Muchacho, muchacho, despierte —se escuchó en el cuarto oscuro.

—¿Ah? —preguntó Morgan.

—Son las cinco de la mañana y coge turno a las seis —se escuchó a la voz decir.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasa? —insistió.

—Tranquilo, está donde se durmió anoche cuando se cansó de gritar. No hacía sino pedir que lo soltaran, pero esta es la hora en que no sabemos que lo soltaran de dónde. ¿Está teniendo pesadillas? —preguntó la voz.

—No, ¿no ve que ese señor que me dio posada me amarró a la cama y no me podía mover? Me tenía como a un perro encadenado con los pies pegados. Como secuestrado. ¿Usted también está igual que yo? —preguntó Morgan.

—Sí, claro. Aquí nadie está amarrado ni contra su voluntad. Además, el secuestro no se permite ni siquiera ser mencionado. ¿No ve que a don Alberto lo han secuestrado un par de veces? —dijo la voz.

—¿Sí? ¿Y eso? —insistió Morgan.

—Lo de siempre, mijo. Los guerrillos dicen que es paraco y los paracos dicen que es guerrillo. Todo porque a todos los atiende con la misma sonrisa y la misma amabilidad con la que a usted le dio posada. Imagínese. Pero bueno, la cháchara la dejamos para ahorita en la cocina. Báñese y vístase que el trabajo que se viene, pa' usted que es nuevo, va a ser una cosa bonita.

Morgan se duchó y aún no sabía si había soñado lo de los ribetes o era realidad. Se tocó los tobillos para ver si encontraba algo que se los recordara, pero no fue así. Aunque mientras se fue enjabonando, sintió que algo le dolió arriba del tobillo. Esa fue la certeza que necesitaba para saber que no había soñado nada.

Cuando salió del baño se encontró con ropa interior, un jean y una camisa doblados sobre la cama, además de un delantal blanco y un

gorro de esos de baño, pero blanco, de los que parecen de doctor o de próximo a cirugía. Al lado tenía una nota que solo decía: “Uniforme”.

Morgan no supo cómo conocían su talla, pero todo lo que se puso, desde la ropa interior, hasta el gorro, le quedaba a la perfección. Parecía como si su mamá hubiera sido la que le compró la ropa y eso también lo llenó de nostalgia.

¿Cómo estaría su mamá? ¿Estaría todo bien? ¿Debería llamarla o dejar todo tranquilo? ¿Qué habría sentido con su desaparición?

Ese no era momento para ponerse a pensar en su mamá, más bien debía empezar a trabajar con todas las intenciones de caerle bien a Don Alberto y tratar de entender por qué lo había amarrado a la cama. Además, tenía que buscar la manera de empezar a hacer contactos en Medellín para idear un plan y así volarse de ese restaurante donde no podría quedarse la vida entera.

—¿Cómo amaneció, mijo? —preguntó don Alberto apenas lo vio aparecer en el salón.

—Muy bien, señor —respondió Morgan—; un tanto adolorido por los ribetes de los tobillos, pero todo bien.

—¿Ribetes de los tobillos? ¿Como los de los esclavos? —preguntó el señor.

—Sí, de esos.

—¿Y eso? ¿Es que soñó mal, pelao? —volvió a preguntar el dueño del restaurante.

—Parece, porque anoche tuve ribetes puestos y hoy no tenía nada —respondió el muchacho.

—Debe ser que el agite de todo lo que ha vivido en estos días, sobre todo el estar caminando bajo el inclemente sol y sin nada en el estómago, lo puso a delirar. Más bien venga vamos a la cocina, desayunamos y le explico qué tiene que hacer.

Camaronaron juntos. Entraron a la cocina sonriendo. La limpieza del lugar deslumbró a Morgan tanto como su tamaño.

—Venga lo presento, mijo —dijo Alberto llevando del hombro a Morgan y acercándose a una mesa gigante metálica en la mitad de toda la cocina—. Ellas son Fanny y Doris, las cocineras. Todo lo que se hace aquí es producto de sus manos y de sus ideas. Cambian la carta cada dos meses para tener una variedad para darle a los clientes.

Las dos mujeres esbozaron una sonrisa, mientras iban sirviendo arepas, chocolates, huevos y quesos sobre los platos.

—Mucho gusto. Morgan —dijo el recién llegado.

—Ellos son Gabriel, Antonio y Joaquín, los encargados de ayudarle a Fanny y Doris; son los fogoneros y se encargan de que todo salga a tiempo y calentico para que los comensales se vayan con la barriga llena, el corazón contento y una sonrisa en la cara para seguir su viaje.

—Mucho gusto —dijo el muchacho e hizo una reverencia.

—Y ellas son Diana, Manuela y Mariana, hijas mías. Encargadas de servir y asear todo para que los platos, cucharas y demás implementos de las vajillas estén perfectos para que por un mugrecito no vayamos a perder un cliente. Con ellas vas a trabajar, por el momento, mientras te acoplás a la cocina.

—Está bien —dijo Morgan no muy convencido—. Mucho gusto, niñas.

—Ahora sentémonos a comer porque lo que se viene es largo —dijo don Alberto y se sentó en una silla en el mesón donde estaban servidas las comidas de todos los empleados de la cocina.

Eran poco más de las cinco de la mañana, el día estaba empezando a clarear y las lámparas afuera se iban apagando una a una. Morgan miraba a su alrededor y sentía el frío erizándole los porros.

—Mijo, ¿y usted de dónde viene? ¿Cómo vino a parar aquí? —se escuchó al otro lado de la mesa.

—Yo soy de Urrao, de una vereda a casi dos horas de distancia caminando desde el pueblo —respondió Morgan— y llegué aquí por error, ayudado de un aparatito para mapas llamado GPS, que cambié con un camionero que era fanático de los piratas, como yo.

—¿Le gustan los piratas? ¿Y sabe navegar? —preguntó interesada Mariana, la hija del medio de don Alberto.

Morgan sonrió, Mariana era la hija de don Alberto que más le había interesado cuando se las presentaron. Había sentido entre sus manos la suavidad de las de cada una de ellas, las había mirado a los ojos y se había perdido en el océano que significaban, cada uno más turbulento que los otros dos, quiso perderse dando vueltas en sus ensortijados cabellos y adentrarse en la negrura de las marañas que hacían, pero Mariana, Mariana había sido su muelle, con su lunar al costado del cachete izquierdo, con sus labios rosados, sus senos en plena explosión, su sonrisa tímida y su cordialidad.

—Sí, amo la piratería, amo los mapas, la geografía. Mi sueño es algún día ser capitán de un barco —dijo el muchacho perdiendo la mirada en el horizonte, iluminándola con cada palabra que significaba un sueño para él.

—Ah, con razón el nombre. ¿Así lo pusieron sus papás? —preguntó Gabriel.

—No, así me pusieron en el pueblo y pues, ya casi que olvidé mi nombre —respondió el nuevo miembro de la cocina.

—Pues si se porta bien, mijo, puede ser el capitán de este barco llamado “Juancherito” —le dijo Alberto.

La carcajada no se hizo esperar sobre la mesa, Morgan sonrió de nuevo y alguno de los demás dejó que hasta el chocolate saliera con alegría por su nariz, logrando que en la cocina se escuchara aún más sonoro el ruido de las risas.

El desayuno se terminó y el resto de los empleados, meseros en su mayoría, fueron llegando y conociendo a Morgan.

Ese día Morgan además de recuperar la sonrisa, volvió a ser niño. Se equivocó, retrasó procesos y volvió a empezar. Mariana lo iba guiando entre la llegada de una orden, hasta la forma en que debían ir servidos los huevos o el calentado sin ningún reguero para que no se fuera a

a devolver el servicio y, finalmente, hizo algo que tal vez nunca había hecho: lavar un plato.

Cuando llegó la noche, exhausto, disfrutó la comida rodeado de los mismos que habían acompañado su desayuno. Mariana no le quitó los ojos de encima ni un solo momento y a Morgan, más que intimidarle, le gustaba cómo lo miraba esa muchacha; no sabía por qué, pero eso solo lo había sentido una vez en la vida y no sabía qué significaba hasta que se adentró en algunos libros de Neruda. Pero ahora, después de cientos de cuentos e historias de amor leídas y devoradas, podría afirmar que en su corazón algo muy profundo estaba ardiendo, como una llama que en silencio le decía que esos ojos azules podrían ser su mar y su muelle en ese desconocido lugar.

11.

Cuando Lázaro llegó a casa, encendió el parlante Bose que tenía en la sala, puso una lista de reproducción aleatoria en el celular y llenó de música el lugar. Entró en el baño, sacó los desinfectantes y empezó a lavarse como un cirujano. Primero las manos, luego las manos y las muñecas; finalmente las manos, las muñecas y los codos. No quería que ninguna partícula del veneno que acababa de usar le quedara impregnada, pero, sobre todo, no quería que de pronto alguna de esas partículas pudiera hacerle daño a Camila.

Sí, parecía que algo estaba pasando en su interior más allá de ese deseo sexual que le produjo desde el principio cuando hizo *match* con su perfil en Tinder. Tal vez había sido la situación en la cocina, o haber podido dormir con alguien durante más de cuatro horas después de mucho tiempo, cuando pocas veces podía hacerlo solo. Pero algo pasaba y no quería que se acabara en sus manos.

Cuando terminó de lavarse y cambió su ropa, sintió el estómago arderle y pensó en Antony, se rió, sabía que él todavía no tenía que buscar cómo salvarse así como el muchacho, y su dolor era un hambre que podía ser saciada fácilmente.

Se preparó un sánduche y encendió el televisor.

Eran las siete de la noche y el noticiero empezaba la emisión anunciando en los titulares que un joven había salido con las manos quemadas de un prestigioso parque de la ciudad. Que las autoridades buscaban a los responsables. Que había videos que podían llevar a capturar a los responsables.

Lázaro se rió, miraba el televisor y devoraba su sánduche mientras hablaba con Camila por WhatsApp. Quería verla, la extrañaba, quería saber cómo había estado su día, si quería dormir o ir un rato a escuchar

música a su lado o compartir una cerveza y una buena conversación.

En el Bose sonó una canción y una lágrima se le escapó de los ojos. En la televisión apareció una imagen suya y se preocupó un momento.

Tenía que hacer algo, tal vez podría ingresar al sistema y borrar las cámaras, tal vez simplemente podría borrar del mapa a quienes lo vieron en el parque esa tarde. Aunque se tranquilizó un poco porque no era el único que aparecía en el video.

Sonó el timbre del citófono.

—Don Lázaro, está la muchacha Camila en portería —dijo la voz al otro lado.

—Déjela pasar —respondió y quiso sacar de su cabeza lo que estaba maquinando.

Se paró del mueble donde veía televisión, se metió al baño, se lavó la cara para ocultar que había llorado, cerró la habitación de sus juguetes con llave y salió al balcón a observar las luces de la ciudad mientras ella llegaba con su espectacular cuerpo y su sonrisa a iluminar la oscuridad que se le acababa de meter en el cuerpo.

Pasaron seis minutos cuando sonó el timbre de la puerta.

—¿Cómo estás? —le dijo ella, con una sonrisa.

—A partir de ahora, perfectamente —respondió Lázaro.

Camila entró con sus tenis Converse blancos, su jean azul y una blusa negra. Tenía el cabello mojado y un bolso colgado al hombro.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Lázaro.

—Una cervecita —respondió Camila.

Con su cuerpo fornido se puso frente a la nevera, movió las botellas en el interior y sacó dos Grolsch. Esta era una noche especial, solo

quería conversar con ella, perderse en su sonrisa y saber cómo había estado su día, por eso una cerveza extranjera significaba mucho para ese momento.

—¿Cómo te fue hoy, lindo? —preguntó Camila.

—Bien, tuve un día complicado porque un trabajo me quedó mal hecho y ahora me va a tocar trasnochar o devanarme los sesos tratando de arreglar lo que ya cagué, pero bien. ¿A ti? —respondió Lázaro.

—Bien, tengo que estudiar para un parcial de comunicación oral, más jarto —respondió ella.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Estudiar? —preguntó Lázaro.

—No, eso es para dentro de una semana y es fácil. Veamos una serie que quiero empezar a ver y pues, así empezamos a disfrutar cosas juntos.

—¿Qué serie? —volvió a preguntar.

—Se llama Dexter, es como de un asesino. En la universidad hablan mucho de ella —respondió Camila.

—Ah bueno, pues ponla. El televisor está conectado a la cuenta de Netflix, ahí debe estar. ¿Hago crispetas?

—Sí, hazlas mientras yo organizo todo.

—¿Cómo te gustan? —preguntó Lázaro.

—Dulces y saladas —respondió ella, con una sonrisa, y le tiró un beso en el aire.

Lázaro lo recibió y sonrió también, le guiñó un ojo. Desde el momento en que le dijo que la serie era de un asesino había empezado a maquinarse para usarla de referencia para las siguientes misiones que tenía; así que, inconscientemente, ella estaba arreglándole el día, porque a veces era necesaria imaginación para cumplir con todo lo que se proponía y si esa imaginación venía de afuera es mucho mejor y facilitaría todas las cosas que tenía que pensar.

12.

—Coronel, aquí están los videos, hay mucha gente entrando en ese baño antes que ese muchacho —dijo el bachiller, mientras le entregaba el disco duro.

La noche había sido larga dándole vueltas al asunto del muchacho con las manos quemadas. ¿A quién se le podría ocurrir destruirle la vida a alguien tan joven? Y eso que aún no sabía nada del ácido sulfúrico, ni de las coincidencias que había entre el asesino de Antony y el agresor de Joaquín.

Lázaro se despertó más temprano que de costumbre y prendió su computador intentando hacer un ataque DDoS para así poder interrumpir el sistema de las cámaras y, con ello, poder acceder con un script a las imágenes que necesitaba para no ser reconocido. Y ahí estuvo durante dos horas tratando de ingresar al sistema, pero sin poder hacer nada. Eran seguras, pese a que miles de veces había podido acceder a cualquiera de estos circuitos de seguridad con solo un par de movimientos de sus dedos.

Posiblemente estaban protegidas por alguien más, un ente no computarizado encargado de protegerlas con motivo de lo que había pasado.

El coronel Peláez se seguía preguntando quién era el causante de lo pasado en el Parque Explora, sobre todo porque era la primera situación de ese tipo que se presentaba allí en más de diez años de funcionamiento y esto había violentado la tranquilidad que le ofrecía a las familias que lo visitaban a diario. Y aunque se intentó que los medios no hablaran de ello, fue imposible por lo insólito de la situación.

Peláez pidió un par de palitos de queso y un café, introdujo el disco duro en su computador y puso a transferir los archivos de video

mientras desayunaba. Pensaba en las manos destruidas de Joaquín, la sangre regada en el suelo del baño y, tristemente, no le daba asco pensarlo mientras comía, pues estaba tan acostumbrado, como todos los colombianos, a comer mientras veía masacres, vísceras y demás en las emisiones de noticias. Pensaba mucho en el asesino, más desde que le dijeron que había un montón de gente ingresando a ese baño, por lo que desde el niño más pequeño hasta el inocente anciano serían sospechosos de esta agresión que no era menor y tranquilamente podía quitarle la vida a una persona. Por suerte, este no fue el caso.

Después de casi tres horas tratando de descifrar todos los códigos y las trabas que le pusieron, Lázaro por fin entró de manera remota a ese sistema de cámaras de seguridad y encontró los archivos de los últimos tres días. Generalmente, esos datos nunca eran revisados y tenían un orden de autoborrado cada cierto tiempo, por lo que el asesino deducía que era cada tres días. Así que, con un simple movimiento de su mano izquierda presionando las teclas Ctrl + E, seleccionó todo y suprimió todos los archivos contenidos en las carpetas de las cámaras del Parque Explora, cerró todas las puertas virtuales que había abierto para no dejar rastro y volvió a acostarse al lado de Camila.

El coronel Peláez, apenas terminó sus palitos de queso, se sentó en su computador de nuevo, miró cómo la barra verde se terminó de llenar y expulsó el disco duro del computador. Presionó la tecla Enter y el primer video se reprodujo. Eran horas y horas de imágenes, así que decidió ponerlo en máxima velocidad hasta llegar al momento en el que se armara todo el despelote en el baño.

El baño tenía dos cámaras que daban una visión perfecta de sus puertas, pero ninguna dejaba ver al interior porque, por decreto de la Constitución Política de Colombia, todos tenían derecho a la privacidad y, por más que se quisiera, dentro de los baños no debía haber cámaras de vigilancia de ningún tipo. Así que tocaba resignar la vista solo a esas dos.

Y así estuvo Peláez dos horas seguidas, adelantando y devolviendo

los videos, poniendo a máxima velocidad cada uno, llegando al momento en el que Joaquín entraba al baño y deteniéndose en el momento en que salía gritando, con las manos ensangrentadas y en estado de shock. Volvía y devolvía, volvía y adelantaba, miraba.

—Gómez —gritó Peláez.

—¿Qué pasó, mi coronel? —se escuchó que gritaban de afuera.

—¿Cómo le hago *zoom* a esta maricada? —dijo el coronel, acelerado.

—No se puede hacer *zoom*, coronel, es solo una grabación —respondió Gómez, que llegó a las carreras.

—¡Cómo me va a decir que no se puede hacer *zoom*! ¿Usted cree que yo soy güevón, Gómez? —preguntó a los gritos.

—No, mi coronel —respondió Gómez, asustado.

—Pues, si nosotros no podemos, vamos a tener que usar un canal de televisión para que nos haga el favor de hacer *zoom* en ese video —dijo—. Corra y me llama a Teleantioquia a ver si ellos pueden y, si no, pues aprendo con videos de YouTube.

—Sí, señor —dijo Gómez y salió corriendo a buscar quién pudiera ayudarle a hacer *zoom* en el video.

Mientras tanto, Peláez, a la espera de una solución, siguió detenido en el video, como cuando en la infancia jugaba estatuas. Y con esa detención, empezaron a brotarle las lágrimas de los ojos. Siguió con su mecánico movimiento de adelantar y devolver el video.

Algo había visto, pero quería cerciorarse.

13.

A las siete de la noche los pies empezaron a pesarle y los ojos a cerrársele, el cansancio de ese primer día de trabajo se le estaba metiendo en el cuerpo a Morgan que suspiraba y sonreía con cada momento que pasaba.

—Vamos a cerrar, todos tranquilos —dijo Alberto con voz fuerte.

Morgan sonrió, porque la sonrisa es el reflejo del aprendizaje. De a poco, durante el día, había entendido que Alberto le había abierto una puerta y le brindaba una mano amiga para poder empezar a realizarse como persona y, poco a poco, cumplir su sueño de ser un pirata.

—¿Cómo le fue en este primer día? —le preguntó Alberto directamente a Morgan.

—Muy bien, creo —respondió el muchacho.

—¿Cómo te sentiste? ¿Aprendiste algo? —insistió el dueño del restaurante.

—Muy bien, creo que es algo a lo que debo ir cogiéndole el golpe, porque se va a convertir en mi día a día. Y claro que sí aprendí algo. Acuérdense que ayer le dije que la cocina era para mujeres, pero ahora, después de todo este trabajo, creo que es algo que podemos hacer todos juntos, así que muchas gracias por esto. Igual, todavía tengo que aprender otro montón de cosas.

El dueño del restaurante sonrió y le estrechó la mano al muchacho mientras, con un gesto, lo invitaba a que se sentara con el resto de los compañeros para comer juntos y así cerrar la jornada.

Mariana tenía un lugar a su lado para Morgan y se sonrojó un poco apenas el nuevo habitante de la cocina se sentó a su lado.

Comieron juntos, se contaron las anécdotas que dejó el día y,

finalmente, en manos de Alberto empezó la repartición de las propinas entre todos los integrantes del equipo.

Era el primer trabajo que Morgan tenía fuera de casa. Allí le tocaba ir a vender los marranos al pueblo y su pago era acorde a la cantidad de marranos que se vendieran. Pero nunca, nunca había tenido que compartir ese pago con nadie, así que un reparto equitativo lo desinfló y lo puso a pensar en su futuro.

—¿Será que con este poquitico voy a poder comprarme el barco y llegar al mar? —se dijo, mientras miraba al horizonte y seguía con la mirada el recorrido serpenteante del río que se perdía entre las montañas.

Todos sonrieron y agradecieron por el favor recibido. Alberto los miró con una sonrisa de oreja a oreja y sus cachetes colorados; les pidió que se fueran a sus casas a descansar, advirtiéndoles que los esperaba al otro día a las seis de la mañana para iniciar sus labores.

Morgan se fue caminando por el pasillo del restaurante, tras él iban las hijas de Alberto que con una sonrisa picarona le miraban. Bajó la pequeña pendiente que separaba el restaurante de su habitación y, cuando estuvo adentro, se dejó caer en la cama para descansar un poco.

Los ojos se le cerraron con fuerza y la profundidad del sueño empezó a ahogarle el cuerpo hasta que lo dejó sin aliento para levantarse. Soñó con su madre montada en un barco pirata por el río Cauca moviéndose de lado a lado, con ganas de vomitar, mientras veía a su hermano y su papá corretear por la cubierta tratando de aprender a controlar ese gigante que él, el mayor, después de conquistar los mares, les había regalado de cumpleaños para resarcir todos los daños que había causado con su desaparición.

Se veían felices, pero Morgan no se veía por ninguna parte. La mamá empezó a llorar del mareo y Morgan a gritar.

Gritaba, gritaba tan fuerte como si tuviera un dolor interno que no podía describir, que no podía encontrar en ningún lugar. Se despertó gritando y sudando. La puerta sonó al fondo.

—Morgan, Morgan —se escuchaba al otro lado.

Morgan se fue a parar y los ribetes en los tobillos no lo dejaron levantarse.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Mariana. Abrime —dijo la chica al otro lado.

—Jueputa, ya voy —dijo Morgan, mientras se trataba de soltar.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Mariana.

—Nada —se escuchaba la voz del muchacho, forcejeando.

—¿Quieres que entre? Yo tengo llaves —dijo ella.

—¡No! Ni se te ocurra —dijo él.

—¿O es que estás con alguien? —preguntó otra vez la muchacha.

—No, sino que no me puedo ni parar de la cama —respondió el aprisionado pirata.

—¿Qué? ¿Cómo así? No, esperate, ya entro —se apresuró Mariana y sacó las llaves de su bolsillo, abrió la puerta y lo encontró acostado en la cama, con el desespero comiéndole el cuerpo y la ansiedad de no poder pararse de allí.

—¡No, por qué entraste! —le gritó Morgan.

—Pero es que estás desesperado, ¿qué te pasa? —preguntó Mariana.

—¿No ves que me tienen amarrado? Soltame. ¡Soltame! —volvió a gritar el muchacho.

—Pero si no estás amarrado —le dijo Mariana.

—¿No? ¡Cómo que no! Mirame las cadenas en los tobillos —volvió a gritar.

Mariana se acercó lentamente, llegó a la cama y le tocó los tobillos a Morgan. Lo miró como con tristeza o con lástima, porque en ningún momento vio lo que el muchacho aseguraba que lo aprisionaba a la cama.

—No tienes nada —le dijo.

—¿En serio? —preguntó aprisionado el muchacho.

—En serio. No tienes nada. Nada que te aprisione, más bien vení te ayudo a pararte —le invitó la muchacha.

A Morgan se le salió una lágrima mientras estiraba las manos para que Mariana lo ayudara a pararse. La joven hizo fuerza y lo ayudó a sentar sobre la cama.

—No llores, tranquilo —le decía ella.

—Es que me siento impotente —le dijo entre lágrimas el muchacho.

—No te preocupes que no es nada grave —lo animó la muchacha mientras lo abrazaba.

Morgan sintió cómo el calor de la chica le inundó el cuerpo, el corazón le palpó más fuerte y se sumergió en un montón de pensamientos. No sabía qué le pasaba, lo que sentía; esa tranquilidad que le brindaba Mariana nunca la había sentido, pero era un sentimiento bonito que quería que fuera para siempre.

14.

Cuando llegó a la Clínica León XIII todos lo veían. El uniforme le quedaba un poco pequeño, como si hacía tiempo no lo usara y con ese tiempo hubiera cambiado su textura física, tanto que ya no cabía en la ropa. Los tres soles dorados brillaban en sus hombros y los policías que estaban de guardia lo saludaban con una reverencia.

—¿Dónde está el muchacho al que le destruyeron las manos ayer?
—preguntó.

—Está en la habitación 521, mi general —respondió un muchacho aún con cara de niño que vestía de uniforme verde y con un chaleco reflectivo que decía en letras plateadas “AUXILIAR”.

—Gracias, Gómez —dijo el general mirándole el apellido en el pecho —¿Cuántos años tenés?

—Dieciocho, mi general —respondió el muchacho.

—¿Y cierto que no sos de la ciudad? ¿De dónde venís? —volvió a preguntarle el general.

—No, mi general. Vengo de Argelia, Antioquia. Allá me presenté a la Policía para reclutamiento y de allá me mandaron para la Escuela de Policía Carlos E. Restrepo de La Estrella para un curso de dos meses y listo. Ya estoy aquí.

—¡Dios santo! ¿Y cuántas veces habías venido a Medellín? —siguió insistiendo el alto mando.

—No. Solo unas dos veces cuando acompañé a un primo al que una mina quiebrapatas le arrancó la vida y otra para una cita médica en la que no nos atendieron porque llegamos tarde —respondió el muchacho.

—Ay, país, país. Cuánto tiempo llevás pensando en el futuro y mandando ese futuro a empuñar armas por tu injusticia y tu indolencia —suspiró el general.

—¿Señor? —preguntó el policía auxiliar.

—Nada muchacho. Que ojalá y acabe ese servicio rápido para que cumpla sus sueños —respondió el general.

—Mi sueño siempre fue estar en la Policía Nacional o en el Ejército, para ver si podía limpiar este país de guerrilleros, señor.

—Pues, entonces, es un honor tenerlo en nuestras filas, Gómez —dijo el general y se encaminó al ascensor.

—El honor es mío, general —dijo el muchacho, con una sonrisa y una mirada brillantemente ilusionada.

El general entró en el ascensor, presionó el botón que lo llevaba al número cinco y sintió cómo el estómago se le iba llenando de vértigo. La puerta se abrió ante él y le mostró un largo pasillo lleno de puertas abiertas, camillas agolpadas a cada lado y muy pocas enfermeras para tener cerca de veinte habitaciones por ala.

Una a una fueron apareciendo las puertas, blancas; odiaba el olor de los hospitales, era una mezcla que le recordaba sus primeros días en el ejército, cuando pasó casi dos meses viviendo en la sala de enfermería como paciente.

Cuando llegó al 521 miró en el interior y se encontró con una enfermera que llevaba comida en una bandeja, adentro Joaquín tenía las manos envueltas en gasa y algodones impidiéndole la movilidad y tratando de parar el sangrado que le produjo el ácido.

—Hola —dijo el general.

—Buenos días —respondió Joaquín.

—Buenos días, doctora —le dijo a la enfermera—. ¿Será que nos puede dejar solos? Necesito hacerle unas preguntas a Joaquín para la investigación que estamos adelantando.

—Pero es que tengo que alimentar a este muchacho —dijo la enfermera— y si esta comida es maluca caliente, imagínese la fría.

—Tranquila, yo se la doy. Pero necesito hacerle unas preguntas a solas.

—Listo, aquí le dejo. Me avisa apenas termine entonces —dijo la enfermera.

—Está bien —dijo el general.

Ambos hombres se miraron como si se conocieran. El muchacho sabía que antes ya había visto ese rostro ante él. El general le sonrió.

—Mucho gusto, muchacho —dijo el general—. Me llamo Lázaro y soy general de la SIJIN. Ando investigando lo que le pasó.

—Mucho gusto, señor —respondió el muchacho.

—¿Cómo fueron los hechos? —preguntó Lázaro.

—Pues no sé. Estaba sentado tomándome algo con unos amigos en la plazoleta del Parque Explora cuando, de repente, fui al baño. Allá estuve, oriné y cuando salí me lavé las manos y, mientras me las secaba, empezaron a arderme y, cuando me eché agua para quitarme el ardor, la piel empezó a desprenderse dejándome como estoy hoy —respondió el muchacho.

El general agarró un primer bocado en el tenedor y se lo dio. Joaquín abrió la boca, el hambre le estaba oprimiendo el estómago. Hizo mala cara.

—Uy, qué cosa más simple —dijo el muchacho.

—¿Quiere algo de sal? —preguntó Lázaro.

—Sí, pero ahora no hay forma —respondió Joaquín.

—Tranquilo, que yo siempre mantengo un tarrito en el bolsillo por lo que pueda pasar —le dijo, cómplice, el general.

—Uy, gracias —respondió el muchacho.

Uno a uno fueron saliendo los granitos de sal del salero que el general sacó del bolsillo interior de su chaqueta. Llenaban las papas, la carne y la ensalada que alimentarían a Joaquín. Lázaro sonreía y le daba bocado a bocado al muchacho mientras le hacía más preguntas.

—¿De qué más se acuerda? —preguntó el general.

—Nada, que salieron mis amigos corriendo y me auxiliaron —dijo el muchacho.

—¿Vio a alguien en el baño? —preguntó Lázaro.

—Pues creo que me lo encontré a usted, pero sin uniforme —se rió Joaquín.

—Sí, es que yo estuve allá, estaba haciendo un servicio de incógnito —respondió elevando el pecho para mostrar el orgullo que le producía ese servicio.

—Uy, qué teso. ¿Y capturó a quien tenía que seguir? —preguntó el muchacho, lleno de curiosidad.

—Aún no, es un proceso que llevamos haciendo desde hace un par de años para así obtener información —dijo el general.

—Eso me gustaría —agregó Joaquín.

—No, muchacho. Qué va a desgastarse la vida aquí, esto es agotante, no se imagina lo que tiene que vivir uno. Mírese esas manos como le quedaron, a mí me toca ver cosas así todos los días, visitar a gente como usted o peor. Más bien dedíquese a estudiar o a trabajar porque en la Policía y en el Ejército eso está todo corrompido. Si yo hubiera tenido la oportunidad de usted, me pondría a estudiar. Incluso cuando era más pequeño quise hacerlo, pero no pude porque terminé metido en el ejército y luego pasé a ser detective y véame. A veces me arrepiento de no haber seguido con mis sueños —dijo el general.

—¿No era su sueño trabajar en la Policía? —preguntó el joven.

—No, yo quería navegar por el mundo, ser pirata. Y lo único que logré fue pasar mi vida abrazado a un fusil. Esta, esta no puede ser la vida a la que el Estado está condenando a nuestros jóvenes. ¿Y el futuro? El futuro pinta igual: lleno de plomo, rencor y pobreza, que es lo que traen las armas, aún más cuando uno además de abrazarlas se enamora de ellas —respondió Lázaro.

—Uy, pero el problema es que muchos se meten a policías por eso mismo, porque se sienten poderosos y porque tienen la posibilidad de manejar armas —dijo el muchacho.

—Pero esas armas y ese poder son lo que corrompe a la gente. Por eso vemos tantas cosas que pasan con quienes tienen uniformes, placas en el pecho y armas en el cinturón. Este país no está jodido solo por los malos, sino que también los buenos tienen mucho que ver; y entre los buenos entran los que deberían hacer valer la ley —agregó el general.

Bocado a bocado fueron acabando la comida y conversando sobre la realidad de las instituciones. Lázaro y Joaquín terminaron como si fueran grandes amigos, hablaron de la vida, del futuro, de los sueños y,

finalmente, se despidieron con un abrazo.

El general salió por la puerta principal del hospital, dejando atrás todos los nervios que le alborotaron el estómago mientras estuvo allí adentro, nervios que se disparaban aún más cuando alguien pasaba por la puerta de la habitación donde, horas más tarde, Joaquín murió.

15.

—¡Hijueputa! ¡Cómo se les va a morir en las narices! —gritaba el coronel Peláez a todo pulmón por el teléfono—. ¿Un paro respiratorio? ¿De qué? ¿Fue que inhaló el ácido? No, hombre. No pueden ser tan incompetentes. No puede ser tan difícil de cuidar un culicagadito de diecisiete años. ¿O fue que lo mataron? ¿Alguien lo visitó? ¿Un general? ¡Qué se va a interesar un general en ese muchachito! ¡Por Dios! Ese cuento no me lo creo ni yo. Ya voy para allá.

Peláez sentía en el corazón todas las pulsaciones a mil; el cuerpo estaba extraño, la rabia le erizaba la piel, los ojos le lloraban. Estaba a punto de dar con un sospechoso de esos confusos hechos y el testigo principal de todo acababa de morir. Volvía al principio, pero con algo que le decía que por el camino que iba, iba bien.

Llegó a la Clínica León XIII con la rabia entre las manos, miró a los bachilleres.

—A ver pues, ¿cómo era el general? —preguntó a los muchachos de la puerta.

—Coronel, ¿cómo le digo? —respondió Gómez—, era alto, cuajo, parecía que el uniforme le quedaba chiquito, hasta charro se veía. Uno no sabe qué es peor, si que les quede chiquito el uniforme o que les quede volando.

—¿Charro? Charro va a verse usted con el castigo que se le viene. ¿Y no le pediste ni una sola identificación? ¿Cómo se llamaba el general? —volvió a preguntar Peláez.

—No sé —dijo Gómez de nuevo.

—¿Cómo así que no sabes? ¿Entonces cómo supiste que era general? —insistió el Coronel.

—Por los soles en los hombros, además tenía aire de superioridad, entonces por eso —respondió el muchacho.

—No seas güevón, Gómez. ¡Cómo te dejás meter ese chanchullo! Creo que te voy a poner a voltear hasta que te duela el cuerpo y no te

podás ni mover. Además, voy a pedir que te alimenten solo con pan y agua porque, en serio, icómo dejaste que te metieran ese ganso ciego!

—Pero coronel, los soles en los hombros dicen que es general —alegaba, indignado, Gómez.

—Y los disfraces son difíciles de alquilar, ¿cierto? —agregó Peláez.

—Ay, marica —fue lo único que dijo Gómez.

—¿Ves por qué sos un güevón? Si querés llegar lejos en este mundo, tenés que avisparte, muchacho —dijo el coronel.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Gómez.

—Fácil, vamos a conseguir los videos de las cámaras porque yo creo que el general ese no es más que el man que está en todos lados donde han matado muchachitos en los últimos días —dijo Peláez, emprendiendo su camino hasta el ascensor.

En los pisos de arriba el caos se respiraba. La gente se reunía preocupada ante la habitación donde acababa de ocurrir el episodio. Habían pasado treinta minutos desde el momento en que la respiración le empezó a fallar a Joaquín hasta cuando la enfermera lo encontró con el rostro entre morado y blanco. Una pequeña línea de sangre le corría al lado de la boca y se perdía en el cuello del muchacho que había dado su testimonio al general.

—Buenas tardes, señorita, ¿puedo hablar con el médico jefe de este piso? —preguntó Peláez en la recepción de la sala de espera.

—Claro que sí, señor. Ya se lo llamo —respondió la recepcionista, que no era más que una enfermera que estaba de turno y a la cual le tocaba atender el teléfono, hacer tamizajes de nuevos pacientes, llevar comidas a los que estaban en camas, cambiar sábanas, sueros y demás. No solo tenía sus labores de enfermería, también podía ser mucama, telefonista y secretaria. Porque el sistema de salud en eso se convirtió por tratar de economizar gastos, aunque este hospital llevaba ya mucho economizado, pues hacía cerca de cuatro meses que no le pagaba a sus médicos.

El médico jefe llegó agitado, una muerte que no fuera por enfermedad generaba más agite del normal, sobre todo porque desde la época de la

violencia de los años noventa en Medellín no se remataba gente en las clínicas. Entonces hacía rato que una cosa de esas no pasaba y había que transformar el lugar dedicado a salvar gente en una escena del crimen, con policías forenses tratando de encontrar razones por las que fue asesinado y tomando muestras de cosas que pudieran haber quedado en el lugar.

—Buenas tardes, agente. Andrés Cano, médico en jefe de este piso —se presentó el doctor.

—Buenas tardes, soy el coronel Andrés Peláez y quiero tener acceso a las cámaras de seguridad del hospital para identificar a quien pudo hacer eso.

—Pues coronel, creo que lo único que hay que hacer es buscar en su institución al causante, porque, según me dijo la enfermera encargada del paciente, fue un policía el que estaba con él antes de que apareciera muerto. Así que si los videos sirven para que usted lo reconozca, vamos a ir un paso adelante. Sígame y vamos al cuarto de seguridad.

Caminaron de nuevo al ascensor y bajaron hasta el sótano del hospital, donde había un cuartico de dos metros por dos metros lleno de pantallas de computador divididas en nueve cuadrados que emitían en tiempo real lo que estaba pasando en la clínica. Adentro estaban dos hombres tratando de encontrar el momento en el que el general entraba y salía de la clínica por todas las cámaras donde se pudo ver, para definir su identidad y así ayudar a su captura.

—Aquí está —dijo uno de los hombres.

En la imagen se empezó a materializar un hombre de kepis, con los soles en los hombros y un traje militar muy apretado. Podría decirse que era prestado. El hombre era un gigante de rostro duro, con gafas negras y un gesto que a Peláez le resultó familiar.

—Este hijueputa volvió —dijo el coronel.

—¿Quién, coronel? —preguntó uno de los hombres en el cuartico.

—El mismo tipo que le quemó las manos al muchacho. O bueno, el

que yo creía que era el sospechoso. Ahora me confirma mis dudas y está en esa pantalla, saliendo de la habitación de él, dejándonos un muerto lleno de sueños y con un montón de dudas.

—¿Dudas? —preguntó el otro hombre en el cuarto.

—Claro, dudas. ¿Por qué este man busca un niño para matarlo? —dijo el coronel.

—Todos sabemos por qué, coronel —tomó la palabra el médico—. Mínimo el muchacho las debía. Usted sabe que aquí en Medellín muchos niños aprenden más fácil a disparar que a leer y escribir. De pronto llevaba mucho tiempo por ahí neciando y a este man no le gustó, entonces decidió hacerse cargo.

—No, hombre —agregó el coronel—, nuestro problema más grande como país es ese, siempre buscamos justificar la muerte en la maldad. Creemos que porque matan a un muchacho es porque era malo, que si matan a un señor es porque quién sabe en qué tenía a los hijos metidos, si matan a una mujer es porque quién sabe con qué “duro” se metió y así. La muerte es injustificable, no debemos buscar culpables donde no los hay, mucho menos en una muerte violenta.

—Tiene razón, coronel —dijo el médico—. Pero, si usted se pone a mirar, en este trabajo en el que yo me desempeño son más los muchachos que llegan por cosas malas que por cosas buenas, sobre todo porque he conversado con muchos y me han contado sus largas noches y tristes días.

—Pero no podemos generalizar por eso —afirmó el coronel—. ¿Sabe qué? Mejor dejemos aquí la discusión y regálenme una copia de ese video en este disco duro —sacó un disco duro del bolsillo de su pantalón—, con eso tengo cómo incriminar a este tipo.

Hay que resaltar aquí que durante todo el tiempo de la conversación, pese al odio que sentía por lo que estaba presenciando, el coronel Peláez trató de contener las lágrimas. El rostro más que de un asesino, se le hacía conocido y lo remitió a lugares que en la ciudad no se encuentran nunca.

16.

Después del episodio de las cadenas, Morgan y Mariana empezaron a sentirse más cercanos. Esa noche hablaron de los sueños que tenían, de la vida en Urrao, del restaurante, de la familia, de querer navegar juntos. Poco a poco la ingenua niña empezó a involucrarse en los anhelos del adolescente que llevaba apenas dos días en su casa.

Se hacían compañía como un par de enamorados. Ella le limpiaba con una servilleta el mugre de la boca y él, con una sonrisa con residuos de comida, le agradecía entre dientes. Don Alberto les miraba la inocencia y sonreía, sabía que podía pasar eso, pero también temía que de pronto Morgan se sobrepasara con la niña y terminaran lamentando un embarazo adolescente o un problema de violencia a causa de esa relación.

Las semanas fueron pasando y los muchachos se convirtieron en verdaderos confidentes. Todas las noches las pasaban haciendo las tareas que le dejaban a Mariana del colegio. Morgan, pese a todos esos vicios machistas que mostró al principio, era un muchacho muy inteligente que había aprendido un montón de cosas en la cocina del restaurante, que hasta se había atrevido a crear platos nuevos que podrían venderse. Además, con esa velocidad de aprendizaje y con los conocimientos básicos que traía de su pueblo, se dedicaba a ayudarle a la mujercita que le llenaba la noche de sueños con todo lo que necesitara: desde una ecuación de matemáticas hasta un paquete pesado que trajera del pueblo.

Los muchachos se agarraban la mano en las noches, a veces se besaban y, en silencio, una noche, después de leer algo de poesía que Mariana llevó, consumaron un amor prematuro.

Se miraron a los ojos, se sonrieron, se besaron y la saliva fue protagonista de esos besos donde los dientes chocaron y los labios se

mordieron. Suspiraron y poco a poco se fueron desnudando. Morgan sentía cómo le vibraba el interior y Mariana sintió que los calzones se le iban humedeciendo con cada caricia que él le hacía.

La situación fue llevándolos a la desnudez, al silencio de mirarse y conocerse en libertad, violando todas las reglas que Alberto había puesto y dejando que los gemidos fueran la melodía que adornara el ambiente.

Cuando se sintieron listos, Morgan quiso penetrar el cuerpo de Mariana, encontrar la luz en la pequeña oscuridad de ella y, pese al deseo, encontró que el acceso estaba cerrado y tuvo que recurrir a un poco de fuerza para romper la puerta que le impedía el ingreso.

Esa pequeña fuerza dejó escapar un hilo de sangre y esa sangre manchó las sábanas del cuarto de Morgan, aunque, entre el deseo y la pequeña muerte que dejaron en los orgasmos, no imaginaron que fuera a traer dificultades una simple manchita.

A las dos de la mañana Alberto se despertó sobresaltado, sentía que algo le faltaba. Como siempre que despertaba en la madrugada fue a la nevera, se sirvió un vaso de agua y empezó a recorrer uno a uno los rincones de su casa. Entró en cada habitación y miró que estuvieran su esposa y sus hijas. Fue ahí cuando encontró lo que realmente le faltaba: Mariana.

Pensó que podía seguir haciendo tareas con Morgan, pero ya no era hora para que estuvieran en esas, así que cogió su llave del cuarto del muchacho, se terció una ruana para el frío, que en el alto viene acompañado de neblina, y salió a buscarla.

Las luces del cuarto seguían prendidas, por lo que Alberto se tranquilizó, tocó la puerta y nadie le abrió, tal vez los muchachos se habían quedado dormidos. Así que con su llavecita, entró y el cuadro que se encontró no fue tan inocente como lo pensaba.

—¡Se me despiertan, par de sinvergüenzas!—gritó Alberto, mientras soltó un golpe sobre el cuerpo desnudo de Morgan que, sorprendido, se paró de la cama y buscó refugio en un rincón.

Mariana, adormecida, abrió los ojos y se encontró a su papá al frente.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó el papá.

—Durmiendo, ¿no ve? —respondió Morgan.

—¿Empelotos? —preguntó a los gritos el papá.

—Es que... —iba a decir Mariana.

—Es que nada, me hacen el favor y se visten. Y usted, señorita, se va para su habitación y Morgan, ¡Dios santo!, creo que a vos hasta hoy te aguanté las cosas —dijo Alberto.

—¿Cómo así? —preguntó Morgan.

—Mañana vemos qué hacemos. Te dormís y mañana vemos. Mirá que faltan tres horas para despertarnos de verdad —siguió gritando Alberto.

Morgan se vistió temiendo que iba a tener que seguir su camino hasta el mar como lo había soñado. Menos mal había recibido algunos pagos y todos los había guardado para comprarse su barco. Así no fuera mucha plata, con eso podía al menos llegar a Medellín y allá miraba qué hacía.

Con el clarear del día Morgan se despertó y encontró la mancha de sangre sobre la cama. Bufó porque se había tapado con la cobija y don Alberto no la había encontrado, si no, posiblemente no hubiera esperado hasta llegar el amanecer para echarlo de allá y hubiera tenido que salir empeloto a caminar hacia Medellín. Cuando se metió al baño no hizo sino pensar en el nuevo rumbo que tomaría, no sabía si seguir adelante o devolverse para Urrao. Aunque sabía que los sueños no se cumplen dando pasos hacia atrás, extrañaba su hogar, pero sabía que, a veces, la soledad podía traer buenos aprendizajes y grandes frutos, así que seguiría con su plan, así llegara muerto a la ciudad.

Cuando entró al restaurante no encontró a Mariana. Las otras dos

hermanas estaban desayunando para irse a estudiar, pero ella no estaba ahí. Todos en el restaurante lo saludaron, Alberto no estaba por ninguna parte. Morgan se sirvió una arepa con calentado y chocolate, y fue a sentarse con el resto del grupo para empezar a realizar las labores del día.

En el grupo nadie sabía del incidente de la noche, solo la familia de Alberto y Morgan, por eso la conversación fluyó durante todo el desayuno y parte de la mañana, hasta que a las nueve apareció el dueño del restaurante con el comandante de la brigada móvil número cuatro que siempre vigilaba el alto de cualquier ataque insurgente.

—Es ese muchacho —dijo Alberto, señalando a Morgan.

—¿Yo qué? —dijo Morgan.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el comandante.

—Voy a cumplir dieciocho —dijo Morgan.

Tras el comandante entraron dos soldados.

—¿Y ya definió su situación militar? —preguntó el comandante de nuevo.

—No. ¿Qué es eso? —respondió el muchacho.

—¿No? Entonces nos acompaña, por favor —dijo el comandante.

—¿Nos acompaña? ¿A dónde? —preguntó Morgan.

—A definir su situación militar —dijo uno de los soldados.

—No, icómo se le ocurre! ¿No ve que tengo que trabajar? —dijo Morgan.

—Tranquilo, mijo, que yo lo dejo, ¿no ve que tengo que hacer todo acorde a la ley? —dijo Alberto.

—¿Cómo así que acorde a la ley? —preguntó Morgan.

—Pues, si no solucionamos su situación militar, a mí me pueden cerrar el negocio —dijo Alberto.

—No sea así, don Alberto, no deje que ellos me lleven, vea que yo soy bueno. Solo estoy enamorado de Mariana y ya —dijo Morgan.

—Tranquilo, mijo. Allá no le va a pasar nada. Define esa cosa y si algo vuelve y aquí nos encuentra —dijo Alberto.

—Está bien —aceptó resignado el muchacho y salió con los soldados.

Adentro del restaurante el comandante se quedó hablando con Alberto, le dio quinientos mil pesos en billetes de cincuenta mil y le agradeció el haberle aportado a la patria con ese muchacho. Afuera subían a Morgan a un camión con rumbo a algún batallón incrustado en las montañas de Antioquia, el futuro posiblemente lo llevaría al mar, ya fuera el de sangre o el de sal.

17.

Con la satisfacción de la labor realizada, Lázaro manejaba por toda la Avenida Regional a más de los ochenta kilómetros por hora permitidos, debía llegar a casa, lavarse rápido y esperar a que Camila llegara a visitarlo.

La ciudad iba quedando atrás con cada acelerón, los trancones en la Loma de Los Balsos no existían a las dos de la tarde, así que fue más lo que se demoró metido en el hospital tratando de acabar con Joaquín que lo que estuvo manejando. Aunque a cada momento sentía cómo le corría un sudor frío por el cuello. Sabía que mientras más tiempo, más fácil era tener cómo descubrirlo. Hoy el mundo estaba inundado de cámaras y, por más que supiera violar la seguridad de muchos lugares, en algunos momentos se hacía imposible: para la muestra estaban los videos que habían salido en el noticiero y que él no había podido adquirir fácilmente.

Hoy la preocupación más grande de Lázaro era que Camila no se enterara de su verdadero trabajo; o bueno, que no descubriera esas imágenes que aparecían en los periódicos y noticieros. La quería con el alma, como hacía años no quería, hasta pensaba en dejar su labor como héroe silencioso para dedicarse a ella, prestar servicios de seguridad privada en algún edificio o servir como experto en ciberseguridad de algún banco. Algo se inventaría para estar para siempre junto a esa mujer de pelo negro que hizo *match* con él en Tinder y que tenía a dos pasos de su vida, pero que su vida misma no le había dejado ver.

Llegó a casa, saludó al portero con la misma sonrisa de siempre, con la misma pregunta de siempre.

—Tiene cara de que va a llover, ¿no?

El portero siempre decía que no y se regaba en una retahíla sobre la lluvia, sobre esa capacidad que tenían los paisas para hacer preguntas con una afirmación o una negación al final de la frase.

—Sí —dijo esta vez, después de mirar al cielo—. Allá viene una nube gris la verraca. Es mejor que se meta en la cobija y prepare café en el termo para que esté calentico, don Lázaro.

A Lázaro lo sorprendió la respuesta y asintió. Toda esa conversación ocurrió mientras se abría la puerta que permite a los carros ingresar al edificio. Se despidió con la mano en alto y entró a su pequeña fortaleza, donde siempre tendrá potestad sobre quiénes entran y quiénes no el hombre que, en su pequeña garita, es una fuente de sabiduría sobre astrología, fútbol, política y demás temas de los que le hablen los residentes. Y obvio, el más grande poeta para las empleadas de servicio que allí trabajan y que a veces lo esperan a que salga de turno para irse con él a tomar un café o algo más.

En el ascensor se encontró a un par de niños que llegaban de estudiar en sus colegios privados y que apenas entraran a casa se convertirían en dos demonios de Tasmania dispuestos a destruir el pequeño castillo que sus padres les habían construido, mientras la cuarta empleada que tenían en el año lloraba a cántaros su suerte y maldecía el momento en que dejó a su familia en Segovia, Antioquia, para terminar limpiándole el desorden a dos niños malcriados.

Cuando llegó a su apartamento, tomó el celular en la mano. Hizo *check in* en su casa, revisó que Camila no le hubiera hablado y puso el parlante Bose a sonar con algo de *hardcore punk* que le sacara el miedo, que le limpiara la sangre. Destapó una cerveza y con el frío de la botella empezó a recorrerse el cuerpo para que el calor le bajara, se sentó en el mueble de la sala y se quedó mirando, inerte, la pared blanca.

Cada que extinguía una vida repetía el mismo ritual. Tal vez le llegaba el remordimiento de saberse un asesino, pero volvía a decirse que era

necesario. que si no era él, entonces quién lo haría. Que el debía salvar las almas de todos esos muchachos que iban al cielo y que era mejor que fueran ya a que estuvieran condenados a la guerra de un país que no les dolía, de un país que no los valoraba, de un país que sentía que con la sangre de sus jóvenes limpiaba los errores políticos de doscientos años de historia.

Se quitó la ropa y se metió a bañar. Los demonios volvían a aparecer y recordaba su casa, su familia, sus padres. Recordaba el silencio y el momento en el que se fue, cuando el ejército se lo llevó a las malas y lo subió a un camión porque tenía un compromiso con la patria.

Sintió el agua caliente recorrerle desde los hombros hasta las piernas, volvió a llorar como lloraba cada que se bañaba para olvidar la muerte, le dolía hacerlo, pero era lo que le habían encomendado, era su misión en la tierra. No quería que ningún muchacho del mundo sufriera lo que a él le tocó sufrir. Volvía a hacerse presión en dos cicatrices que tenía en el brazo y donde aún había balas incrustadas, volvía a recordarse en el monte disparándole a la oscuridad y a completos desconocidos; y encontraba nuevos motivos para hacerlo.

Salió del baño, se vistió. Entró a su pequeño cuartel en casa, donde estaban sus computadores, sus venenos filados, hasta las armas que alguna vez había usado y que compró en el mercado negro. Buscó la libreta que conservaba en un cajón del escritorio y allí anotó con pasividad, mientras usaba el celular como referente para recordar el nombre de su última víctima. Puso el número doscientos cuarenta y dos, al lado el nombre de Joaquín, con el número de su tarjeta de identidad y el número de registro ante la brigada militar. Volvió a analizar que todos al final, para la patria, no somos más que un número en un folio en alguna oficina empolvada o algún archivo de un computador que corre sobre Windows XP.

En la cocina se sirvió otra cerveza, sacó carne del congelador y le dio cinco minutos en el descongelado del horno microondas. Peló unas papas, picó tomates y cebollas, las mezcló con sal y limón. Puso a hervir el aceite y allí fueron a parar las papas.

Mientras escuchaba cómo explotaba el interior de ese perol, recordaba las veces en que le explotó al lado una granada o una mina queiebrapatas. Cuando vio explotar un compañero, cuando sintió que de esa no salía vivo.

El pito del horno lo devolvió a la realidad.

Sacó la carne, la adobó con sal de ajo y sal de cebolla. Puso un poco de miel y, apenas sintió que la plancha estaba lo suficientemente caliente, echó a asar dos pedazos con la esperanza de que Camila llegara en poco tiempo y se sentaran a comer juntos.

Fueron tres minutos de fuego alto, tres minutos en los que Lázaro disparaba cientos de balas al monte buscando que algo cayera, que los estallidos al otro lado cesaran y lo dejaran avanzar. Esta vez esperaba que esos tres minutos le dejaran una sonrisa como recompensa y no solo el poder dormir tranquilo, sin miedo.

A las seis de la tarde llegó Camila, la anunció el portero. La lluvia ya había bajado su intensidad.

Lázaro cronometró el tiempo que se demoró en subir. Cuatro minutos cuarenta y cuatro segundos. En su cabeza comenzó a pensar que ya ella tenía cierto interés por él, cada vez se demoraba menos en subir, era un récord romántico, un récord en ascensor.

La recibió con un beso, una sonrisa, una cerveza. Le preguntó por el día, si traía hambre, si quería regalarle a Netflix las siguientes horas del día o si simplemente quería darle algo de vida con su figura al blanco de la sala de estar. Camila le sonrió, le gustaban ese tipo de detalles y hacía tiempo que alguien no los tenía con ella.

—Comida y Netflix —le dijo ella, mientras lo abrazaba.

Lázaro cogió las papas, las puso en el plato formando un pequeño pero inhóspito monte donde ni las cabras se atreverían a escalar. Armó

un lago de limón y allí sumergió los tomates y las cebollas con sal. Finalmente, cogió el filete de carne recién asado y lo dejó descansar a un lado. Tenía todos los paisajes de Colombia en un sólo plato: el calor extremo que asa los cuerpos, las lagunas que descansan apacibles mientras subes las montañas y, al final, una inhóspita cumbre inalcanzable.

Comieron juntos y terminaron mirando la última temporada de *Gilmore Girls* que estaba recién subida a Netflix. Lázaro no entendía un carajo de lo que estaba viendo, pero veía a Camila feliz y con eso le bastaba. Se terminaron toda la temporada en esa noche, al final, vencidos por el cansancio, durmieron.

18.

Con toda la información recopilada en el pequeño cuartico de la clínica donde Joaquín perdió la vida, llegó el coronel Peláez a su oficina. Tenía que empezar a tejer un mapa con todos los videos que llevaba recopilados en las últimas dos semanas. Ya era una constante que muchachos aparecieran envenenados en lugares públicos: centros comerciales, plazas, iglesias; pero nunca se imaginó que en parques infantiles se atrevieran a cometer atrocidades de este tipo.

Para su fortuna, en Medellín hay más de mil doscientas cámaras públicas de seguridad y, sumadas a las cámaras privadas, se puede hacer un circuito para perseguir a alguien. Ahora lo que tenía que hacer era encontrar a cada víctima y empezar a seguirla hasta que se uniera con quien terminaba siendo su verdugo.

Serían horas y horas viendo videos de distintos lugares de la ciudad, pero la intuición le decía que algo iba a encontrar. Destinó un equipo de seis personas para realizar este trabajo, imprimió las fotos del rostro del asesino de Antony y Joaquín, las puso en un cartel grande junto a los nombres de los muchachos y dio una sola orden: encontrar si el asesino de otros jóvenes que habían atendido tenía que ver con ese rostro que estaba ahí.

Pegó al lado un listado de asesinatos ocurridos en los últimos meses. Cada uno llevaba el nombre de la víctima, la fecha en que ocurrió, el lugar y la carta médica de defunción, donde aseguraban que habían muerto por envenenamiento.

Peláez guardó en un disco duro algunos de los videos que ya había clasificado y se encerró con llave a seguir mirando los otros.

19.

—¿Nombre? —le dijo un hombre vestido de camuflado apenas lo bajaron del camión.

—Juan Lázaro Peláez —respondió Morgan.

—¿De dónde viene? —preguntó el soldado.

—Urreo, Antioquia —respondió Lázaro.

—¿Edad? —siguió el militar.

—Diecisiete —respondió el muchacho.

—¿Número de documento? —terminó el hombre de verde.

—89060167401 —respondió el recién llegado.

—¿Talla de camisa, pantalón y zapatos? —siguió el cuestionario.

—Camiseta M, pantalón treinta y dos, zapatos cuarenta —siguió Morgan.

—Bienvenido al Batallón Pedro Justo Berrío —dijo el hombre, mientras le entregaba un uniforme de dotación y un bolso—. Siga con el coronel González, que le va a decir dónde va a dormir.

Morgan agarró las cosas que le entregaron, siguió al coronel sin mediar una sola palabra. Los pasadizos blancos y verdes serían su paisaje de ahora en adelante y quién sabe hasta cuando.

—Llegamos —dijo el coronel—; usted va a dormir aquí, en la litera catorce. El desayuno es a las seis de la mañana, a las cinco de la mañana suena el clarín para despertarse, bañarse y tender la cama. A las cinco y media pasamos tomando revista y, si de pronto tiene alguna falla, puede quedarse sin desayuno y ser castigado teniendo que cumplir labores de servicio. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Morgan, aún tímido.

—¡Como un hombre! —respondió con un grito el coronel—. ¡¿Entendió?!

—¡SÍ, SEÑOR! —volvió a responder Morgan, con un grito.

—Tendremos que trabajar en esa hombría, vamos a ver qué podemos hacer por usted, recluta. Descanse y vaya conociendo el terreno. Lo que

se viene es poesía para usted —dijo el coronel.

—Perdone, señor —dijo Morgan—. Es que ya está tarde y salimos desde temprano del restaurante y pasamos por un montón de pueblos sin comer y ya llegamos a la ciudad, y pues, tengo hambre. ¿Dónde es la comida?

—¿Comida? Usted aún no está en el registro de alimentos. Hoy no hay nada para darle. A partir de mañana tendrá comida. Las tres, para que no llore la niñita. Ahora descanse y acomódese. Y eso sí: nada de lloriqueos, porque los que duermen aquí lo pueden tratar con el cariño que se merece una princesa —finalizó el coronel y salió del dormitorio.

Morgan decidió salir a conocer el batallón, posiblemente quería encontrar una forma de escaparse o dónde esconderse cuando todo estuviera mal, además iba a ser su hogar al menos por dieciocho meses.

Encontró el restaurante y sintió cómo el ruido de los cubiertos sobre los platos le martirizaba el estómago, anhelaba un pedazo de pan aunque fuera, pero sabía que sería imposible; no conocía a nadie y robarse una hogaza podría detonar en un castigo y, según había visto en las películas, golpes o hasta más.

Caminó siguiendo una acera que se extendía alrededor del batallón; encontró las garitas de guardia, las armerías, las zonas de cargue y descargue de pelotones, los salones de estudio, el parqueadero, los campos de entrenamiento y, finalmente, volvió al lugar donde todo había empezado.

Sintió el cansancio en las piernas y la frustración en los ojos, tenía una tristeza que le agobiaba y le empezó a convertir las pupilas en cascadas. Maldijo haberse ido de casa, deseó tener que madrugar a vender cerdos y, sobre todo, el abrazo nocturno de su mamá que traía luego una aguapanela caliente con un pan con mortadela.

El sonido de las tripas lo fue arrullando, el dolor en el alma le hizo dormir.

Un cuchicheo se empezó a escuchar en el dormitorio. Morgan sentía que soñaba. De repente el agua helada le mojó el cuerpo, las cobijas, la ropa.

—¡Marica! —gritó—. ¿Qué pasó?

—Bienvenido —le dijo una sonrisa que parecía divertirse y que llevaba una manguera en las manos.

Tras ella, todos los demás soldados reían a carcajadas.

—Tranquilo que esto apenas empieza —gritaron desde atrás.

Morgan sintió la impotencia y las ganas de llorar que le producían las injusticias, sintió el frío y las placas tectónicas de su cuerpo empezaron a hacerlo temblar. Trató de escurrir el agua de todo, los demás compañeros de habitación se encargaban de tender la cama y organizar su espacio.

Cuando el coronel llegó a pasar revista, encontró a Morgan hecho un nudo mojado.

—¡Peláez! —gritó.

—Sí, mi coronel— respondió Morgan.

—¿Por qué no está listo? —le preguntó el coronel con un grito.

—Es que me despertaron con una manguera y estoy tratando de secarlo todo.

—Sin excusas, que esas son para las niñas y aquí solo hay varones.

—No es excusa, coronel, esto está muy mojado y empieza a oler maluco —el frío le hacía chasquear los dientes y tiritar de frío.

—¿Conque muy altanero y contestón? Pues hoy no hay desayuno para usted, la ropa le va a llegar a medio día y va a hacer doscientas de pecho, va a darle treinta vueltas al batallón y va a barrer y a trapear este dormitorio como la niña que es. Y así lo hará por tres días más —afirmó el coronel.

—Pero eso es injusto —le dijo Morgan.

—En este país no existe la justicia —gritó el coronel—, más bien lo

quiero ver haciendo pecho. Una.

—Coronel, no —dijo Lázaro.

—¡Una! —subió el tono el coronel.

—Voy —insistió el muchacho.

—¡UNA! —dijo el coronel y le lanzó un golpe al rostro con el reverso de su mano que conectó en la mejilla.

Con el temblor en el cuerpo producido por el frío y el hambre, Lázaro empezó a dejar caer su cuerpo en repetidas ocasiones hacia el suelo. El pecho recto, las puntas de los pies doliendo, el dormitorio entero firme, mirándolo hacer la rutina.

—¡Cincuenta y cinco! —gritó el coronel—. Bese el piso, mijo. Para eso está aquí, para besarlo y tratar de renacer.

Los brazos le dolían, respirar le costaba.

—Bese el piso pues, mamita —le insistió el coronel.

—¿Cómo? —preguntó asfixiado Morgan.

—¿No sabe besar la nenita? —gritó el coronel—. Eso son mentiras, porque si está aquí es porque se le fue la mano en los besos. Hágale pues, mami, béseme el piso o le doy más por mentiroso.

Lázaro dejó caer el cuerpo, los codos empezaron a dolerle más. No aguantó y el pecho cayó del todo.

—A ver, sin llorar señorita, que le faltan ciento veinticinco —gritó el coronel—; vea que sus compañeros tienen hambre y no se pueden ir de aquí hasta que usted no haga doscientas. ¿Quiere otras doscientas?

—¡No, por favor no! —gritó Peláez.

—¿Entonces qué está esperando? —preguntó el coronel.

—Nada.

Volvió a pararse en sus brazos cansados, todo le temblaba, ya no solo por el hambre y el frío, también por el cansancio. Los músculos empezaban a fallarle, algunos ni reaccionaban bien a sus órdenes o

hasta brincaban disautónomamente para hacerle saber que estaban cansados.

—Ciento noventa, falta poquito, loquita —le dijo el coronel.

Morgan lloraba de dolor, de impotencia, de decepción. Los héroes en Colombia existían en los comerciales, en el batallón eran otros. Acabó con los brazos pesándole, con las puntas de los pies llenas de las hormigas que produce el entumecimiento, con los gritos del coronel.

—Ahora se me va a darle las vueltas al batallón mientras los demás van a desayunar. Si cuando ellos terminen no ha hecho las treinta vueltas, posiblemente se le subirá el castigo —le dijo el coronel.

Morgan temblaba de dolor, el frío se le fue yendo del cuerpo pero quedaba en la ropa, la tristeza empezó a metérsele en el corazón que la noche anterior estaba lleno de la alegría que le produjo el primer amor correspondido. No entendía por qué le había cambiado tanto todo, no sabía por qué razón pasó de soportar un sentimiento que no entendía y ahora tenía que soportar golpes, humillación y decepción. Se había decepcionado del mundo, de don Alberto en quien había confiado y lo había vendido como un esclavo.

20.

En su encierro, el coronel Peláez lloraba. Todos los videos que se había llevado en el disco duro y que trataban de esclarecer los diferentes homicidios que tenía en la lista, trazaban un camino cada vez más desalentador y que lo conducían a un solo lugar: su casa en Urrao.

Hacía más de diez años que se había ido con una sola intención: encontrar a su hermano. Porque había indicios que aseguraban que no estaba muerto, como lo habían visto en las noticias. Pues algunos vecinos del pueblo lo habían visto rondar por allá, vestido de militar, persiguiendo guerrilleros, batiéndose en enfrentamientos.

Es más, su mamá aseguraba que en varias ocasiones lo vio parado en los terrenos de la finca mirando hacia la casa, pero que tal vez no se atrevió a entrar porque no había cumplido su sueño de ser pirata, de tener su barco.

Aunque esta vez el coronel Peláez no solo lloraba porque le parecían aterradores las formas en que esos muchachos morían, sino que también lloraba porque su hermano, Lázaro, Morgan, como le decían de cariño, era el protagonista. El encargado de hacer que los sueños de todos esos jóvenes se fueran al piso y desaparecieran.

¿Por qué alguien que había soñado tanto ahora era el principal sospechoso de crímenes en los que morían los sueños de otros? ¿Por qué Lázaro nunca había vuelto a casa? ¿Qué tenía para ocultar? ¿Qué le podía causar tanto temor de volver al pueblo? ¿Por qué no se había acercado nunca a la casa y se había quedado mirándola desde la lejanía? ¿Habría cumplido alguno de esos sueños con los que salió esa noche?

Cada video era una anotación. Cada vez que Lázaro aparecía en la cámara a Andrés le dolía el alma y se sorprendía de cómo había cambiado el aspecto de su hermano. Eso sí, lo reconocía y lo quería,

sobre todo porque ahora sabía que no estaba muerto, que no se lo había tragado el Cauca esa noche que dijo el noticiero.

Pero ahí le surgían unas preguntas nuevas que esperaba responder; solo quería encontrarlo, tenerlo frente a frente y conversar con él, sin juzgarlo, entendiendo sus razones, buscando la manera de decirle que se había hecho investigador para encontrarlo y que su tarea, su carrera, todo lo que se había propuesto, ahora estaba cumplido. Para asegurarle que volvería a atender la finca, a ayudar a su papá, a vender cerdos, a sembrar la tierra. Pero, sobre todo, para asegurarse de que su hermano no tenía nada que ver en todo lo que estaba pasando.

Anotaba, anotaba, anotaba. Todo era una pista. Desde por qué no había corrido a ayudar a Antony, hasta por qué estaba vestido de general del ejército en el hospital donde Joaquín murió envenenado. Además quería entender por qué usaba venenos, por qué no recurría a algo más violento que eso.

Le dolían el pecho y la cabeza. El primero por toda la carga emocional que conllevaba volver a encontrar a alguien que se creía muerto; la segunda por todas las preguntas sin respuestas, por todos los caminos que trazaba en ella, por todo lo que quería entender y no podía con unos simples videos.

Su siguiente misión iba a ser encontrar de nuevo a su hermano. Saber dónde vivía, entender por qué tenía uniformes de uso exclusivo de las Fuerzas Militares de Colombia, por qué era el principal sospechoso del homicidio de un montón de jóvenes.

21.

Lázaro no entendía lo que sentía por Camila, no porque no la quisiera, sino porque creía que el tiempo en el Ejército le había suprimido todos los sentimientos. Sabía y sentía, al verla dormir, que no quería que se fuera nunca, que lo abandonara y lo dejara en el silencio que le producía la soledad. Sobre todo porque sabía que sin ella volverían la ansiedad y el desespero que lo hacían buscar personas para salvar.

—¿Cómo estás, mi amor? —se despertó Camila y lo saludó al encontrarse con sus ojos que la miraban.

—Buenos días, bonita —le dijo Lázaro—. ¿Dormiste rico?

—Claro, con vos siempre se duerme rico —le dijo ella y le dio un beso.

Lázaro, obsesivo de la limpieza y el aseo, esta vez no vio reparo en que ella lo besara sin cepillarse los dientes, no le encontró inconveniente al vaho denso que salía de su boca y que traía un olor ácido y profundo, que en otras ocasiones le había erizado la piel del asco y ahora era capaz de tolerar si venía de ella.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó Lázaro.

—Sorpréndeme —respondió Camila.

Ella ya sabía que no debía sorprenderlo cuando estaba concentrado, así que lo dejó que se inspirara en la cocina. Lázaro tomó pan, huevos y leche, preparó una mezcla para hacer tostadas francesas. Hizo café, picó fruta, queso, roció con miel. Hizo una mezcla de sabores dulces para mostrarle dulzura a ella. Prendió el radio.

Al fondo sonaba el noticiero, un hombre leía las noticias del Q'hubo empezó a contar la historia de un asesino que estaban buscando en la ciudad; que si alguien tenía información sobre él, podía acercarse al comando de policía más cercano y denunciar que sabía dónde estaba o, al menos, dar pistas que condujeran a encontrarlo.

Lázaro, al escuchar eso, al hacerse una imagen en la cabeza y ver que el asesino que describían coincidía con su figura, sus tatuajes, todo, decidió apagar el radio y poner música por bluetooth desde su celular en el Bose. No quería que Camila escuchara eso, que se convirtiera en la persona capaz de delatarlo. Menos ahora que sentía que podía estar con alguien sin temor a que se fuera, alguien que no le inspiraba asco, alguien que entendía su situación, que no se metía en su trabajo y mucho menos en su modo de actuar.

Camila fue a la cocina haciendo ruido para que Lázaro notara que estaba acercándose.

—Aprendiste —le dijo él, sonriendo.

—Tocó —afirmó ella—. Pero ¿por qué te azara tanto que te agarren por la espalda?

—Es una historia larga.

—Pues dale, tengo toda la vida. Además, si ya desnudamos el cuerpo, hagámosle también al alma.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.

—Listo. Resulta que una vez estaba yo en el batallón contraguerrilla gris norte en los Montes de María. ¿Sabés dónde son los Montes de María?

—No.

—Eso es una zona ahí por Carmen de Bolívar, viniendo de Santa Marta. Era candela pura. Nosotros estábamos cuidando la carretera de que la chusma no se la tomara, armara un retén e hiciera una pesca milagrosa.

—¿La chusma?

—Sí, los guerrilleros.

—Ah, ya entiendo.

—Pero donde estábamos nosotros era un lugar estratégico en el medio del fuego pa' proteger a la gente. Resulta que el presidente dio la orden de que cuidáramos esa vía cerrándola. Así que nosotros, muy juiciosos, poníamos unos lazos gigantes en la vía para que disminuyeran la velocidad y en el estadero El Carmen, ahí en Carmen de Bolívar,

armábamos un retén donde le decíamos a la gente que la carretera estaba cerrada, que nadie podía pasar, que si querían se podían quedar en el estadero, que era barato y vendía un sancocho de bagre que nunca en mi vida he vuelto a probar.

—Ajá —asentía Camila.

—La cosa es que esa carretera era un punto estratégico y se la disputaban los guerrilleros y los paracos. Entonces, cuando menos pensabas, se armaba la cogemelculo y tocaba disparar pa' todos lados. Porque uno nunca sabía quiénes eran quiénes. Resulta que un día, aún recuerdo y no se me olvida, catorce de abril, jueves santo, paramos todo: el tráfico, el comercio, todo. Nos habían dicho que los guerrillos estaban cerquita y se iban a tomar el pueblo, pero que lo primero que iban a hacer era matarnos a nosotros y ahí sí tener el control de esa carretera pa' traer contrabando y sacar cocaína. La vuelta es que como a las dos de la mañana, estando metidos en la garita que teníamos a la orilla de carretera, escuchamos un sonido, como un grito de un marrano, pero no era un marrano porque alcanzó a gritar "auxilio". La cosa es que yo decidí, con mi compañero de guardia, ir a revisar qué pasaba. Caminamos como trescientos metros y allá, al fondo, nos encontramos a un lanza degollado. Chorreando sangre por el cuello.

—Uy. ¿Y desde ahí?

—No, ahí no. Espere y verá. Pasó que seguimos caminando por la mitad de la calle, porque qué susto irse pegado a la orilla y que se lo tragara el monte a uno. Ya le habíamos avisado a los demás parceros del batallón para que estuvieran pendientes. Muchos de nosotros éramos boinas rojas y boinas negras. Entrenados para matar. Cuando, de repente, me cogieron por la espalda. No sé cómo putas, pero en diez segundos tenía un cuchillo en el cuello y a Torres, el que me acompañaba, a mi lado chapaleando todo encalambrado. Detrás de él había un man empeloto, sin zapatos y con un cuchillo en la mano. Apenas me vio ahí, indefenso, se rió. "Seguís vos, malparido" me dijo. Yo temblaba, te juro que pocas veces he temblado tanto como ese día. Pasa que no sé si Dios o quién es muy grande, pero, de un momento a otro, el suelo se abrió detrás de mí y yo me vi volando por los aires.

—¿Cómo así? ¿Se abrió el piso?

—No, ese hijueputa explotó. Resulta que del monte empezaron a

llover cilindros de gas rellenos de metralla que al contacto con el suelo, explotaban y mataban hasta el hijueputa. Y pues, fui tan de buenas que eso mató al que me tenía a mí. Yo me volteé y lo miré, empeloto, con clavos enterrados en la espalda y un pedazo de pavimento aplastándole la cabeza. El otro, del cimbronazo, salió volando y estaba como enchimbado. Yo aproveché y cargué el fusil y le descargué como seis fogonazos que casi lo parten en dos. Y lluevan cilindros y explote el piso. Los muchachos del escuadrón disparaban y disparaban. Le tiraban al monte. Vos sabés que si las paredes tienen oídos, el monte tiene ojos y por eso había que dejarlo ciego. No teníamos respaldo del avión fantasma porque estaba en el Vaupés, limpiando eso por allá. Yo corrí a esconderme. Aunque el cuerpo me pesaba más que de costumbre.

—¿Y entonces? —insistió Camila.

—Jodido. No podía quedarme quieto, apenas estuve medio escondido en el patio de una casa, seguí la tónica de mis compañeros y empecé a dispararle al monte. Pero, como había sido el rehén, ellos me tenían visto y por eso, de la nada, apareció otro pisa suave, con cuchillo en la mano y me tocó medirme a mano limpia con ese malparido.

—¿Pisa suave?

—Así le decíamos en el batallón a las fuerzas especiales de los guerrilleros. Son manes que van desnudos por el campo, sin zapatos, curtidos por la selva, con callos. Es como si flotaran entre los árboles, ni las hojas que pisan hacen ruido. Por eso les decíamos así, porque de la nada aparecían, pisando suave y con un cuchillo, con él despescuezaban todo lo que se les atravesara y tuviera un uniforme con insignias del Ejército.

—Muy teso. ¿Le ganaste? —insistió Camila, aunque conocía la respuesta.

—Sí, yo ya tenía experiencia peleando en espacio reducido con un cuchillo en contra, así que picar a ese marica no era nada nuevo. La vuelta es que, como te dije, son las fuerzas especiales de los chusmeros, así que me pegó un par de puntazos. Miralos —Lázaro se señaló el brazo con el tatuaje y señaló una cicatriz de dos centímetros cubierta con tinta negra, luego se señaló el costado derecho, la herida allí era más grande, unos cuatro centímetros. Como si le hubieran enterrado un cuchillo entero.

Camila, que conocía ese cuerpo y lo había tocado con pasión, sintiendo calosfríos cuando su tacto había encontrado en su camino las distintas cicatrices de Lázaro, vio como se le erizaba la piel de la tristeza y se estremecía por la impresión de la herida del costado.

—Eso no fue un puntazo, Lázaro —le dijo Camila.

—No, ahí el cuchillo entró casi hasta la sierra que muchos traen. Apenas me clavó ese, yo le puse el mío en el cuello. Se lo había robado al otro pisa suave que mató el cilindro. Después de eso sentí que me iba a morir, la sangre salía a borbotones, los compañeros seguían disparando, los cilindros seguían lloviendo. En el pueblo las luces se prendían cada tanto, algunos para confirmar que seguían vivos, otros para observar por la ventana quién había ganado.

—¿Moría mucha gente en esos combates? —preguntó Camila.

—A veces. Nosotros procurábamos que las balaceras no fueran cerca a las zonas habitadas del pueblo para que las balas perdidas no violentaran la tranquilidad del hogar de muchos, pero, a veces, pasaba que aparecía el que salía a curiosear a la calle o el que iba caminando y terminó en el medio del fuego. Ahí caían muchos. Pero sí se moría gente, sí. Nosotros, los soldados, y los mismos guerrilleros, también éramos gente. El día de ese combate, de mi escuadrón mataron a cinco y de ellos no sabemos cuántos murieron, porque qué susto meterse al monte a contarlos. Pero teniendo en cuenta que conmigo murieron tres pisa suaves, debieron ser más, porque de la plomacera nos salvó un helicóptero artillado que llegó para hacer del monte su refugio, tirándoles morteros que los hicieron retroceder y esconderse a toda velocidad.

—¿O sea que te salvó el helicóptero?

—Algo así. Ese llegó repartiendo plomo a diestra y siniestra, ahuyentó a los guerrillos y mis compañeros salieron a buscarme, me encontraron chorreando sangre, llamaron al helicóptero y en él me sacaron casi inconsciente de ese lugar. Estuve como dos meses en recuperación porque la herida me había comprometido un pulmón.

—De milagro te tengo conmigo —dijo Camila y le dio un beso.

—De milagro te encontré —le dijo Lázaro mientras le sonreía—, y por eso te rezo todos los días, para no perderte.

22.

Después del castigo, de darle las vueltas a la cancha, de hacer flexiones de pecho en las que los brazos quedaron doliéndole, había algo que preocupaba más a Morgan. En el estómago tenía una punzada a causa del hambre que estaba que lo rompía por dentro, un filo, como lo llamaban muchos en el batallón, como escuchó decirlo muchas veces en el restaurante.

Vino a comer a la hora del almuerzo, cuando se encontró con una sopa de pastas que odiaba en casa de su mamá y que ahora era la forma más cercana a volver a la vida y besar el cielo. Un plato de arroz con papas, tajadas de plátano maduro, ensalada de lechuga y vinagreta y carne dura frita, era su comida después de más de treinta horas de estar de un lado a otro, castigado, corriendo, llorando, sufriendo los estragos de un batallón que debía conocer, de un escuadrón que, como nuevo, le tenía preparadas más sorpresas, de un lugar donde no sabía cuál iba a ser su futuro y si en algún momento podría salir para, al fin, cumplir su sueño de tener su barco y navegar por el mar.

Después del almuerzo empezó el verdadero entrenamiento.

Secuencias de trote fueron las primeras en aparecer. Trotaban por horas y horas sin tener un fin, mientras tanto cantaban canciones que trataba de seguir pero que, en realidad, solo hablaban del heroísmo que representaba ponerse el uniforme camuflado, disparar al monte y conseguir, finalmente, la gloria.

Muchos de sus compañeros soñaban con eso, con ser héroes que salvaran a Colombia de la invasión de los comunistas. Por eso, lo que más disfrutaban eran las tardes de polígono, que ocurrían los martes y los jueves.

Después del trote empezaban diferentes ejercicios de fuerza y

resistencia, abrir las manos y las piernas mientras se saltaba, hacer flexiones de pecho, abdominales, estiramientos de músculos. Morgan sentía que era como las señoras que se paraban en el polideportivo de la vereda a hacer aeróbicos durante horas los domingos, antes de misa. Solo que ellos lo hacían con un pantalón incomodísimo, unas botas que pesaban casi dos kilos y un sol encima capaz de cocinarlos en sus propios jugos.

De ahí seguían unos circuitos de campo abierto, donde subían rampas imposibles, se lanzaban de alturas superiores a los tres pisos, ascendían y descendían ayudados por cuerdas, pasaban arrastrándose bajo alambres y corrían por laberintos de trincheras.

Dependiendo del día tenían entrenamientos especiales.

Los lunes hacían combate urbano. En una réplica de un pueblo realizaban simulacros de combates, allí aplicaban camuflajes, protecciones y asaltos sorpresa que hacían referencia a allanamientos en los que intervenía comúnmente el Ejército, cuando era en pueblos que debía hacerse. Allí el trabajo en equipo era fundamental, la escogencia de una buena dupla y la protección de quien iba a su lado. Fue así como aprendió a combatir cuerpo a cuerpo, desarmado, en espacio reducido, sin visibilidad.

Los martes entrenaban tiro con armas cortas. Pasaban horas y horas en el campo disparándole a todo tipo de blancos: móviles, inmóviles, en el frente, sorpresivos. Todos disfrutaban esos momentos y, a veces, encontraban hasta situaciones en las que jugaban a asaltarse; peligroso, sí, pero para los superiores no era preocupante.

Los miércoles aprendían inteligencia. Esta era una de las cosas que más disfrutaba Morgan, pues allí aprendía de mapas, de comunicaciones, de interceptaciones de vehículos, de interpretación de gestos y hasta de reacciones en momentos de crisis donde el enemigo fuera superior, lo tuviera acorralado y pusiera en riesgo su vida.

Los jueves aprendían a manejar armas largas, fusiles, ametralladoras y demás armas de asalto y combate a larga distancia. En este caso los objetivos estaban mejor camuflados, se movían más rápido y significaban retos más largos, disparos constantes sin perder el objetivo y varias repeticiones, pues un objetivo que no era dado de baja por completo, aparecía hasta que le dispararan lo suficiente. La agilidad de los ojos y los dedos eran fundamentales en este proceso. A Morgan le rendía más disparando armas largas que cortas, aunque no fuera muy fanático de disparar.

El viernes practicaban combate a campo abierto en la selva y, con diferentes objetivos, aprendían cómo identificarse, cómo interactuar y cómo protegerse en caso de que el enemigo apareciera de la nada, como siempre ocurría.

Los entrenamientos de combate eran con equipos a la espalda y en el cuerpo, para simular todo lo que debían cargar y soportar. Además, traían consigo caminadas de horas en las que los pies dolían, el sol pesaba y la cabeza se sentía explotar

Los sábados eran dedicados al patrullaje; como el batallón era urbano, los ponían por la ciudad como fichas de ajedrez a que cuidaran una esquina sin moverse, a que vieran pasar la gente feliz, disfrutando sus días libres, mirándolos a los ojos con cara de lástima o con un orgullo falso en el que deseaban que se fueran al monte a matarse con otros iguales a ellos, con el deseo de que la muerte viniera a visitarlos así, jóvenes, inocentes, desconocedores de las maravillas del mundo, perdidos sin dolor, convirtiéndose en una cifra más de una guerra sin sentido, perpetua, imposible de comprender.

El domingo descansaban. Muchos se iban donde sus familias. Morgan se quedaba en el batallón aprendiendo más de inteligencia, de mapas, de comunicaciones.

23.

—Mami, creo que encontré a Lázaro —dijo Andrés Peláez, sentado en la silla de mimbre que formaba parte de la sala de la casa de sus padres en Urrao.

—¿Se embobó o qué? —respondió la madre.

El piso de la casa seguía siendo igual que cuando Lázaro se fue: baldosas amarillas y rojas, intercaladas unas y otras como un tablero de ajedrez hecho con esa mezcla de concreto, cal y anilina de colores. La cocina estaba entrando a mano derecha, con una puerta marcada, pero sin el pedazo de madera que la representa; en su lugar había una cortina de muñequitos que alguna vez adornó el cuarto de los muchachos, se escuchaba la olla pitadora silbar, había cocas de colores por todo el poyo con granos, especias y demás. Muchas eran resultado de promociones de las marcas de caldo de gallina, otras pocas habían sido compradas en promociones de un Todo a Mil que alguna vez estuvo en el pueblo y en el que entró Andrés en una de las muchas visitas que realizaba semanalmente a la casa de su mamá.

En la sala, que quedaba justo al frente de la cocina, se encontraban cuatro sillas de mimbre, una llevaba siempre una tela negra encima: era la preferida de Morgan cuando estaba en casa. Su mamá, doña Ofelia, había decidido después de la noticia de que había caído al río Cauca, conservarla sin que nadie más se volviera a sentar en ella. Tenía una mesa de centro, hecha también de mimbre, con un vidrio que se veía roto y que sostenía unas cerámicas de angelitos, una foto de Andrés y otra de Lázaro. Ambos eran niños en esas fotos, llevaban la misma ropa, no, no eran gemelos. Lázaro se la había heredado a su hermano, así como dictaba la tradición.

En las paredes había una foto de Lázaro enmarcada en aluminio dorado, con una frase genérica, sacada de algún fragmento de la Biblia,

donde la vida eterna era el premio para un alma de Dios, lo que son todos los hijos para las madres. Un fragmento que buscaba redimirlo, no dejarlo mucho tiempo en el purgatorio y llevarlo lo más pronto a las puertas del cielo. También había un bodegón de Monet que habían comprado por dos mil pesos en la cacharrería del parque, una foto de la familia completa, cuadritos de los abuelos y un corazón de Jesús que decía que allí eran religiosos y tenían la protección sagrada.

El comedor estaba no más cruzar una división hecha por un muro de menos de diez centímetros de ancho. Tenía un mantel de cuadros rojos y blancos, con unas frutas estampadas, como pequeños bodegones que estaban cada dos o tres cuadrados. Las sillas eran rectas, de madera, con cuero de vaca en los asientos y un mechero hecho con un costal y tiras elásticas de colores, de las que se usan para las trapeadoras. En el medio había un salero y un porta palillos en vidrio con la tapas de aluminio y que se taponaban de vez en cuando, hasta que una vez Morgan descubrió en uno de esos libros que mantenía leyendo sobre ciencia y tecnología, que si le echaba unos granitos de arroz no se taponaban con la sal y el vapor de las comidas calientes.

Al lado del comedor estaba el patio lleno de matas con las que doña Ofelia hablaba a diario: orquídeas, suculentas, millonarias, dólares, cafetos, besitos, novios y hasta un curazao en bonsai. Morgan todos los días la molestaba y le decía que estaba loca por hablarles a ellas. Ella creía que las plantas le entendían y a veces, cuando se le secaban, las regañaba y empezaba a abonarlas para que volvieran a florecer; y florecían.

Al fondo estaban las tres habitaciones y una entresala donde estaba un televisor de catorce pulgadas con un control que funcionaba a los golpes, un mueble en el que Morgan muchas veces se hizo la paja viendo la pecera que ponían de descansa pantallas en los canales de cable privados después de las doce de la noche.

En la habitación más grande estaba la cama de doña Ofelia y don Roberto, los papás de Morgan y Andrés, quienes levantaron a punta de

azadón, pico, pala y una mula, esa casa, la finca y finalmente a ese par de muchachos para que fueran gente de bien, que no le hicieran daño a nadie en la vereda y, en cambio, aprendieran del campo todo lo que podía darles; para devolverle con los productos de la tierra y la naturaleza algo bueno a los habitantes del pueblo. Por eso madrugaban los domingos a vender los cerdos y cuantas papas, zanahorias, lechugas, mangos y demás, brotaban de la tierra.

A los lados estaban las habitaciones de los muchachos. Primero fue una sola para los dos, pero a medida que fueron creciendo y buscando su independencia, tocó que entre Morgan y Roberto se pusieran a construir la otra habitación, donde Andrés vivió hasta que se fue de la casa para enlistarse en la Policía, convertirse en detective y así encontrar a su hermano, porque después de que su mamá aseguraba haberlo visto merodear por la finca y algunos vecinos por la vereda, él también se había convencido de que no estaba muerto.

—Mijo, ¿usted está seguro de que es su hermano?—preguntó Ofelia.

—Claro, mami. Es el mismo, aunque está muy cambiado, tiene unos brazos y un cuerpo enorme, como si lo hubieran inflado en un gimnasio, además está lleno de tatuajes y la mirada es distinta —dijo Andrés.

—Yo no te creo.

Ofelia salió de la cocina, fue a la que era la habitación de Morgan, prendió la luz, sintió otra vez el polvo inundándole la nariz.

—Hay que volver a sacudir esta pieza —gritó, mientras tosía.

Salió con un par de álbumes en la mano. Allí reposaban las fotos que resumían la vida de Lázaro en su casa, desde el embarazo, pasando por el recuerdo del ombligo cuando se le cayó, siguiendo con fotos bañándose en las poncheras, cogiendo café, montado en un cerdo, leyendo libros; es más, había una foto que no recordaban y que estaba allí: cuando lo llamaron de la rectoría del colegio a regañarlo porque se había llevado todos los atlas y no había con qué hacer las tareas de ciencias sociales.

La remembranza, ese recuerdo, ese pequeño deseo de que el hijo volvía a casa, le iluminó el rostro a doña Ofelia. Lloró, claro que lloró. Lloró porque su hijo mayor estaba vivo, porque no era un desaparecido más en la larga lista que ha dejado la violencia en Colombia. Además, no había sido uno de los miles de cuerpos que recorrieron el río Cauca de sur a norte hasta encontrarse con el mar o con algún lugar donde descansar hasta ser encontrados por las autoridades o devorados por peces y carroñeros. No era víctima de la violencia, no estaba muerto, no lo habían matado ni los soldados, ni los guerrilleros, ni los paramilitares. Estaba vivo, lo podría abrazar, tal vez podría hacerlo entrar en razón.

—¿Y ahora qué sigue, mijo? —preguntó Ofelia.

—Ay, mami, eso es lo más duro —respondió Andrés.

En ese momento volvía Roberto con la fatiga en los pies, con los hombros cansados y el silencio que decidió ejercer desde la partida de Lázaro, porque se culpaba de haberlo aburrido en la casa, de convertirlo en soñador, sin entender que al muchacho solito los libros le habían alimentado sus ganas de devorarse el mundo.

—¡Mijo, Morgan está vivo! —le dijo Ofelia, llena de felicidad.

—¿Cómo así? —preguntó Roberto.

—Sí, apá, así como escucha. Encontré a Lázaro en Medellín, aunque no sé aún qué pasa con él —dijo Andrés.

—¿Cómo que no sabe qué pasa con él? ¿Hizo algo malo? ¡No me diga que está en la cárcel! —dijo Roberto.

Morgan había sido su mano derecha durante muchos años, desde muy niño se había interesado por su labor en el campo y, por eso, habían entablado una relación en la que se contaban todo. Compartían sus sueños, se llenaban de ilusiones y finalmente trataban de hacer realidad los que estuvieran al alcance de ambos: comprar una bicicleta, construir una cama, hacer una copia del mapa del mundo a gran escala para que el muchacho se aprendiera las ciudades capitales de cada lugar de la tierra. Esta vez la ilusión era volver a ver a su hijo sano y salvo. Esta vez la ilusión era sentir un abrazo suyo, así nunca lo hubiera

abrazado, así la tradición que había heredado de su padre le impidiera hacerlo. Quería un abrazo que le dijera que todo había estado bien, que las noches largas también habían sido suyas, que el miedo lo había sentido en el corazón y que el escalofrío se hacía indescriptible cuando se sentía de verdad por la cercanía de la muerte; y era totalmente lo contrario a lo que había leído de lo que causaba el amor.

—Pues, pá, Morgan es el principal sospechoso de unos asesinatos que han ocurrido en los últimos meses en Medellín, yo he tenido que cubrir tres, pero la lista está como larga: solo en la ciudad, cuentan unos veinticinco de ese tipo. Y ya he revisado lugares, mecánicas, antecedentes y hasta cámaras de seguridad y todo conduce a que es Lázaro el que está involucrado. Así que lo encontré, sí, pero no sé si es el mismo que se fue de casa, el que recordamos; es más, no puedo asegurar si nos recuerda.

El silencio, el mismo que don Roberto había hecho para sí desde el día en que se fue Morgan, el mismo día en que para ellos había muerto, se posó en la sala. La olla pitadora seguía en la cocina haciendo de las suyas. Comieron fríjoles; la alegría que daba la buena noticia fue opacada por la investigación que estaba realizando Andrés. Esa noche durmió donde sus padres, doña Ofelia rezó el rosario y le pidió a la Virgen María que su niño no fuera el que su hermano pensaba y así poder tener la familia reunida de nuevo.

24.

Los despertares de Morgan en el batallón eran cada vez más complicados. Agua, golpes, arena, ropa perdida, gritos, todo era parte del cóctel de bienvenida que le preparaban los soldados a quien fuera el nuevo miembro de este grupo.

Contaban que a cada uno de ellos le había tocado pasar por esa misma situación, pero Pérez, uno de los más jóvenes del escuadrón, al ver la crueldad de las acciones de sus compañeros, había decidido acercarse al recién llegado y, con ello, contarle que con él había sido la ensañada más grande que había visto. Que, en comparación con su experiencia, que había llegado tres meses antes, no habían sido más de dos días en los que el agua, la arena y el dolor formaron parte del ritual de ingreso.

Con Morgan ya llevaban dos semanas y, aunque él se había rebelado varias veces, se notaba que el encono iba más allá de hacerlo sentir el rigor del ejército y su disciplina al entrar. Porque hasta los comandantes lo castigaban sin justa causa y lo ponían a cumplir con trabajos que le destrozaban las manos, las piernas y, finalmente, el carácter.

Dentro del muchacho lleno de sueños ya empezaba a forjarse un ser cargado de rencores. Pero aún no era el que ha acaecido con las historias ya descritas. Hubo otra situación que empezó a marcar el camino que seguiría el aspirante a pirata dentro de su carrera militar y que agravaría las acciones de sus compañeros y superiores.

Una de esas mañanas, en la tercera semana, algo pasó que marcaría el resto de ese principio de servicio militar que prestaría Morgan allí.

Dormía, como siempre; había cerrado la noche con ampollas causadas por las botas y las cuarenta y tres vueltas que lo obligaron a darle al batallón como castigo por quejarse de la arena con la que lo habían despertado el día anterior. La fatiga le había entregado un

consuelo que lo hizo conciliar fácilmente el sueño, esta vez Mariana decidió no estar en sus previos, sino que hizo parte de los paisajes oníricos que llenaron de placidez la noche. A las cuatro de la mañana se despertaron sus compañeros de habitación, fueron a buscar uno de los reflectores de luz halógena que servían para iluminar el exterior de uno de los edificios que formaban parte del batallón. Lo entraron a trompicones entre tres hasta el cuarto y lo llevaron al frente de Morgan. Luego, cuando el reflector estuvo bien instalado y probado, con una luz capaz de quemar la retina de un recién levantado, fueron a la bodega de implementos y se armaron con los palos de escoba, de palas y demás que encontraron allí, para finalmente quedarse silenciosos alrededor de la cama del recién llegado y así sorprenderlo.

Alguien lo picó por el costado para que despertara y Morgan ni se inmutó, cambió de lado y siguió plácido. Otro lo volvió a picar desde otro lado y tampoco pasó nada. Finalmente, llegó un coronel que, armado con una pala, iba a detonar la peor mañana de toda la historia del batallón. Algo que pasaría a la historia del Ejército colombiano y que marcaría el principio de una serie de eventos desafortunados que involucrarían a este escuadrón.

La primera pala sonó y Morgan se despertó adolorido. Apenas levantó el cuerpo, la luz se encendió y le cegó la vista, convirtiendo todo en un movimiento de palos negros que llegaban de todos lados y se fundían en un blanco eterno que pudo significar la muerte, pero que no traía sino más y más dolor. Ahí la crueldad empezó a aflorar, las palas se las iban turnando para golpear entre los más fuertes, algunos las usaron para acabar con la cabeza del muchacho, otros con los brazos.

—Esto te pasa por violador —se escuchaba al fondo.

—Llorá, nenita. Llorá, como lloraba la niña a la que violaste.

Morgan no entendía en qué momento hablaban de violación, él era incapaz de hacerlo, es más, no entendía la profundidad del término. Tal vez así lo había vendido don Alberto, como si hubiera violado a Mariana, pero en su corazón, en su interior, había sido uno de los

sentimientos más puros y sinceros que había tenido; es más, tenía entendido que una violación era algo que se hacía sin consentimiento de la otra persona y con ella todo había tenido el consentimiento, el sentimiento y el deseo que dicen que son necesarios para que sea llamado amor.

Pero la luz no se apagaba y los golpes no paraban.

—¡YO NO VIOLÉ A NADIE! —gritó Morgan.

—Sí, claro que no. Así como nosotros no hemos disparado nunca un arma —gritaron para responderle.

Ese grito fue el último aliento que tuvo Morgan cuando la luz seguía presente, hasta que la oscuridad se hizo y lo dejó como un muñeco de trapo tirado en la cama bañado en sangre.

El resultado fueron dos costillas, el tabique y la muñeca fracturadas. Una inconsciencia que duró tres días y una historia para recordar por la crueldad.

Esa mañana uno de los generales de la República iba de visita al batallón y encontrarse con esa noticia hizo que el castigo, que había sido exclusivo para Morgan, se convirtiera en uno de los más ejemplares que se han hecho en la historia del Ejército, pues a los servicios sociales de limpieza, a los ejercicios físicos y demás, les sumaron cuatro noches de vigilancia en el centro de Medellín. Algo que a muchos, venidos del campo, les representaba un miedo a enfrentarse a la gran ciudad y a los temores que trae la noche, que cargan consigo muerte, tristeza y dolor.

25.

*Gran día hoy en el Parque de las Aguas.
@PePaPerez acaba de subir una foto después de mucho tiempo.*

La notificación tomó por sorpresa a Lázaro, que estaba preparándole el desayuno a Camila para que se fuera a estudiar. Llevaba mucho tiempo persiguiendo a Pedro Pablo, como se llamaba el protagonista de la misma, y creía que esta podía ser la oportunidad, no solo para asestar un gran golpe, sino para seguir en su misión.

Empezó a preguntarse cómo lo haría y a planear todo en el silencio de la mañana. No eran más de las ocho. Algo sí tenía claro: el día estaba a su disposición para ir al encuentro de su próximo milagro.

Camila salió del baño y encontró en su compañero de los últimos meses una mueca de felicidad indescriptible.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada, me acaban de dar una noticia de trabajo y eso me alegra mucho —respondió Lázaro.

—¿Sí? ¿Y eso? —insistió ella.

—Pues, es que llevo mucho tiempo tratando de que unos muchachos asciendan y acabo de enterarme de que uno de ellos hoy mismo va a ser promovido a un lugar mejor, con mejores condiciones, mejores comodidades y mayor tranquilidad —insistió él.

Para Camila, los procesos de ascenso en las compañías de informática le parecían ridículos. No entendía cómo a alguien que sabía programar software, proteger el mundo de amenazas informáticas y hasta violentar la seguridad de bancos por medio de internet, lo podían ascender. Para ella, todos estaban en el mismo rango, parados en la misma raya, mirando horizontalmente. O, al menos, eso le había explicado Lázaro

las veces que conversaron sobre su trabajo, cómo se realizaba y quiénes eran los encargados de llevar a cabo las acciones de defensa del país. Porque sí, estaba segura de que Lázaro pasaba horas y horas encerrado en su habitación de trabajo salvando a la nación de invasiones de *hackers* extranjeros que querían robar información importante para la tranquilidad de Colombia o, simplemente, hacerse con algunos pesos de un banco de alta reputación del país.

Huevos con tocino, jugo de naranja y papaya partida con miel era lo que había preparado dedicadamente Lázaro para que compartieran.

—¿Y cómo es un ascenso en tu empresa? —insistió Camila.

—Fácil, como en todas. Uno siente como que se muere, como que toca el cielo, como que se va a salvar de que le toque trabajar. Es el principio del fin de tus días de esfuerzo, todo puede ser más fácil y lo que siempre soñaste empieza a hacerse realidad paulatinamente. Aunque para muchos es doloroso el ascenso porque, en parte, dejas de ver constantemente a los que más quieres, en cambio otros encuentran en él una forma de pasar más tiempo con ellos. Eso es dependiendo de la persona y de la familia —respondió Lázaro.

—Hablando de familia, ¿cuándo me vas a presentar a la tuya? —dijo ella.

—La mía... la mía... mi familia sos vos —le dijo él.

Camila sintió un halo de ternura, como que el aura se le puso blanquecina y el corazón le palpitaba más rápido. Pero insistió.

—En serio, Lázaro. Tu verdadera familia. De algún lugar tuviste que venir, porque pues, no sos obra y gracia del Espíritu Santo —se rió ella.

—Es una historia larga, bonita. Una historia larga y difícil de explicar, pero se resume en que para ellos, para todos ellos, yo estoy muerto —Lázaro sentía que se quebraba. Recordar a su familia no era más que una de las situaciones más difíciles de llevar. Sentía esa ausencia latente siempre. Saberse muerto, ir a visitarlos y que no lo reconocieran, encontrar sus cosas intactas tal y como las había dejado hacía dieciséis años. Verse teniendo que visitar en las noches, en el frío

y el silencio de las noches en Urrao, con cautela, como un ladrón, lo que fue su casa, porque era un desconocido; le dolía. Pero lo que más le dolía y era más difícil de asimilar para él era asistir, año a año, cada veintitrés de mayo, a la misa de conmemoración de su muerte.

—Bueno, después me cuentas porque me cogió la noche —dijo Camila, dándole los últimos sorbos al jugo.

—Ojalá y no —respondió Lázaro.

Ella le besó los labios, dejando en él un sabor a chocolate que le endulzó el pensamiento. Lázaro sonrió, cada que Camila estaba con él, sonreía. La acompañó a la puerta, dejó que se colgara de su cuerpo un rato y finalmente la impulsó a que se fuera, tenía algo por hacer.

Revisó cómo iba a operar, cómo haría para encontrar a un joven en un parque acuático, acabar con su vida y pasar desapercibido.

Tal vez era el objetivo más complejo que iba a tener, pero estaba seguro de que saldría bien librado de allí.

Fue al cuarto de inteligencia, ese en el que Camila no entraba, escogió una mezcla de batracotoxina y cianuro. La primera un veneno que aprendió a manejar en la selva y que es extraído de ranas venenosas, que por sí solo ya es mortal, pero que, para que fuera letal, él decidió agregarle cianuro. Sacó una pequeña dosis en un frasco, lo selló bien y salió, armado con ella entre los bolsillos.

Manejó lo más rápido que pudo, tenía que salir de la ciudad, tomar la autopista norte, buscar la vía a la costa y, antes de llegar a Barbosa y al peaje de El Hatillo, encontrarse a mano derecha con el Parque de las Aguas, donde esperaba hallar a Pedro Pablo.

La fila, como era normal, estaba larguísima. Los colegios encontraban en este parque acuático la forma más fácil para que sus alumnos tuvieran una salida pedagógica, en la que se desentendían de las labores diarias, de las tareas y hasta los mismos profesores, descansaban del encierro y

los gritos constantes, además de las quejas y la solución de conflictos. Así que, tranquilamente, encontrarse con tres o cuatro colegios enteros allí era de lo más normal.

Lázaro se paró de último, compró unas gafas y un flotador a uno de los muchos venteros que encuentran en comercializar productos para el disfrute acuático la forma de llevar dinero diario que sirva para comer en casa y pagar las cuentas. Se reía de ver a los jóvenes felices por esta salida, algunos encontraban en ellas una oportunidad para acercarse al sexo opuesto, coquetear y entablar una fugaz relación que detonaría, tal vez, en conversaciones hasta la madrugada por WhatsApp y, de pronto, perder la virginidad a toda velocidad con la precocidad de la adolescencia en un cuarto con afiches de la boy band del momento al ritmo del reguetón más estruendoso.

Entró con el sudor corriéndole por las mejillas, mojándole las axilas, con la intención de encontrar lo más rápido posible a su víctima.

Pollito
@PePaPerez está en el Parque de las Aguas.

En la foto que le llegó como notificación a Lázaro en el celular, se veía a Pedro Pablo con un pedazo de pollo asado en las manos, saboreándose con dos amigos a los lados, sin camisa, mostrando unos músculos formados por las barras de los pasamanos del colegio donde gastaba parte de sus días de estudio, sobre todo sus tardes.

Lázaro se cambió la ropa para estar dispuesto a meterse a las piscinas y allí encontrar a su víctima; como el veneno que llevaba primero paralizaba a quien lo ingería y, finalmente, lo mataba, posiblemente podría pasar como un ahogamiento y no como un envenenamiento. Echó en su riñonera el frasquito con veneno, doce copas aguardienteras desechables, dos cuartos de aguardiente, bloqueador solar, las llaves del carro y el ficho para reclamar la ropa seca apenas hubiera realizado su acción.

Demoró poco más de dos horas para encontrar a su víctima. Pedro Pablo estaba en los toboganes disfrutando de la trenza: un tobogán cerrado que se entrelaza con un par igual y que a toda velocidad da una sensación de vértigo y mareo. Estaba acompañado de los dos amigos que salieron en la foto con él.

Lázaro sonrió, sentía que iba a ser fácil. Se acercó, los miró y los saludó. Los muchachos lo saludaron de vuelta.

—¿Quieren un guarito? —les dijo Lázaro.

—Uy, mostro, no nos diga eso —respondió uno de los amigos de Pedro Pablo.

—¿No se le miden? Yo tengo y, además, tengo un frasquito con *hipnotiq* que le puede subir el nivel.

—Uy, qué voltaje. Yo me le mido —respondió el otro amigo.

—Pues, ya entrados en gastos, hágale —agregó Pedro Pablo.

Lázaro sonrió, sacó de su riñonera los cuartos de aguardiente y las copas, se las dio a los amigos, sirvió y luego sacó el frasco con el veneno. Le echó un chorrito a cada uno, no mucho para tener tiempo de alejarse de la escena.

Los vio cómo se lo tomaban, los tres de un solo trago, luego de juntar sus copas a modo de brindis. Luego los acompañó en la fila para subir al tobogán. Se adelantó. Ellos atrás hablaban del mareo.

—¡Qué chimba de trago! —dijo uno de los amigos.

—Uf, nos puso arriba de una. Ojalá no se nos pierda ese man —respondió Pedro Pablo.

Lázaro iba cuatro escalones más arriba, seguía ofreciéndole licor a los muchachos para ir escalando. Llegó primero a la cima, se tiró por el tobogán y emprendió la huída.

Pedro sentía que el cuerpo le pesaba, que las manos le temblaban y que el corazón le palpitaba rápidamente. Se veía feliz. Uno de sus

amigos se puso a su lado en la trenza. El tobogán era cerrado por encima, la luz incandescente blanca que representaba el sol a través de la fibra de vidrio fue ese camino al cielo en el que él y su amigo perdieron la vida. Llegaron abajo, al agua que frenaba la velocidad a la que los despedía el tobogán, presos de una parálisis producida por el veneno. Arriba, en la cima, el otro amigo convulsionaba también. Los tres encontraron la muerte en ese tobogán. Lázaro ya estaba vestido cuando vio todo el revuelo. Abandonó el parque, tranquilo, tomó su carro y se fue manejando, mientras escuchaba Latina Estéreo a todo taco.

26.

Después de llegar de casa de sus padres, la primera tarea de Andrés era tratar de dar con el paradero de Lázaro. Desde el día del noticiero en que encontraron su ropa en el río Cauca y varias de sus pertenencias al lado del camión, la familia había resignado toda esperanza de vida.

El río Cauca en Colombia es, tal vez, el cementerio más grande del país y, por eso, desde cualquier lugar, se sabe que todo lo que caiga allí no sale con vida, sobre todo por la inclemencia con la que van sus aguas, por el recorrido tan largo y porque, generalmente, quien cae allí contra su voluntad, no sale, y si sale, lo hace flotando, hinchado hasta explotar y verde por la humedad.

A Morgan no lo habían encontrado, entonces su familia había decidido armar un altar en su casa para recordarlo, para tenerlo presente, para olvidar su ausencia. Porque también pasa que cuando el hijo del campo se va a la ciudad, nunca regresa, así el amor sea más grande que ellos, así la tierra los llame de nuevo, así el agro algún día progrese.

Se sentó frente al computador y no fue difícil dar con el paradero. En Facebook encontró un perfil de Lázaro Peláez en el que aparecía la foto del musculoso y tatuado hombre que coincidía con los personajes que protagonizaban las imágenes de los videos de seguridad. Andrés sintió cómo una lágrima empezó a recorrerle las mejillas. Su hermano de sangre, desaparecido, estaba vivo; pero no solo eso, se había convertido en un asesino en serie, o bueno, eso sospechaba él.

Luego buscó en Instagram y encontró que su perfil era @*MorganPelaez*. A Andrés le dio ternura que su hermano conservara aún los sueños de niño, que siguiera conservando ese apodo que le habían puesto en el colegio. Se preguntaba si había alcanzado a navegar en algún punto, si había podido montarse a un barco, sentido la brisa en la cara, la arena en los pies. Si había probado la sal que ofrecía el mar,

la amargura de la cerveza recorriéndole la garganta para calmar la sed, el cansancio que produce saber que tienes que volver.

Siguió buscando, en Twitter también tenía un perfil, en Swarm, en Tumblr, en todos los lugares donde buscaba había retazos de su hermano. Empezó a recolectar fotos, textos. Se veía en su ortografía que había seguido siendo el *nerd* que era en el colegio. Compartía mapas antiguos, mensajes sobre ciberseguridad, sobre cómo protegerse del mal, cómo salvarse de ser robado, al mismo tiempo compartía videos e imágenes de situaciones donde el pueblo se tomaba la justicia por sus propias manos, linchando y violentando a los ladrones, a los asesinos, a todo aquel que creían que hacía el mal. Se veían mensajes de odio, se leía una ira contenida que, posiblemente, podía saciar cometiendo atrocidades, porque en Colombia lo que muchos desean es difícil llevarlo a la acción y, por eso, aprovechan las turbas para cometer delitos. El colombiano promedio es violento, tiene una sed de venganza con la injusticia y cree que por cometer injusticias está saldando todos los pecados que comete. Y si de pronto le queda algún resentimiento, va el domingo a misa, se confiesa, reza tres padrenuestros y dos avemarías, comulga, se persigna arrodillado ante el santísimo y, finalmente, come oblea, helado o empanadas a la salida y con eso queda limpio de pecado.

Andrés sentía eso de Morgan: que de alguna forma estaba tomando justicia por su propia cuenta; lo que no entendía era por qué. ¿Por qué su hermano salía a asesinar a muchachos inocentes? Sería entendible que todos los muchachos tuvieran algún coqueteo con la violencia, con el sicariato o con la drogadicción, algo normal en Medellín, pero sus víctimas no tenían nada que ver con grupos violentos o consumo de drogas.

Este era el paso más claro de una investigación en la que había invertido toda su vida para esclarecer la desaparición de su hermano, pero, sobre todo, para tratar de demostrar su inocencia aunque pareciera que, en ningún caso, iba a ser así.

El Instagram de Lázaro era privado, por lo que tuvo que pedirle una

solicitud para poder agregarlo. En Twitter lo siguió y en Facebook no hizo nada. Posiblemente no quería mostrarse tan ansioso de poder encontrarlo y que, de pronto, al descubrir que era policía, huyera. Necesitaban hacerle seguimiento y, si se escapaba, posiblemente no lo volverían a encontrar.

Apenas dio los últimos clics y se puso a revisar las fotos que había alcanzado a ver en Facebook y Twitter, recibió la llamada. Tres nuevos adolescentes habían muerto. Aunque, esta vez, dos estaban ahogados y el tercero se había desplomado en frente del salvavidas, por lo que podrían esclarecer el hecho.

27.

Fueron tres semanas en las que Morgan estuvo en la enfermería del batallón recuperándose de las heridas. Tuvo aperturas de la piel en varios puntos, donde el filo de la pala, pese a ser nulo, se incrustó, abriéndole tajos en los brazos, el pecho y uno en la parte trasera de la cabeza. Además, le tuvieron que hacer exámenes para revisar que no tuviera ningún trauma o atrofia cerebral debido a los golpes. Posiblemente no había nada, pero en lo psicológico algo estaba cambiando en el muchacho, que durante esas tres semanas no hizo sino pensar en cómo iba a ser la venganza, tanto contra sus compañeros de habitación, como contra los comandantes y don Alberto, que lo había vendido como un violador y le había hecho eso que sufría.

Volvió al dormitorio con una férula en el brazo derecho y bajo la mirada inquisidora de los demás compañeros. Pérez, que se había acercado previo al anterior ataque, sintió lástima de él, entendía su dolor, veía cómo el cuerpo magullado, lleno de moretones, se movía por la habitación cruzando en silencio, sintiendo el odio de sus demás compañeros que, aparte de no creerle que no era un violador, ahora sentían rencor profundo por el castigo que les impusieron por culpa de la bienvenida que le habían dado.

—¿Cómo le fue a la nenita? —gritó Galvis—. ¿Sí estuvieron ricas las vacaciones?

Morgan no respondió, siguió su camino hasta su cama, allí encontró sus botas puestas en el piso, el morral de dotación y el uniforme tal y como los había dejado, claro que esta vez estaban poseídos por el polvo que produce la inmovilidad. Los miró como entendiendo que al otro día, y pese al dolor, tendría que volver a terciárselos y retomar sus labores, aunque con una sola mano y con el dolor de las suturas, de la hinchazón y del rencor.

—¿Le dieron bastante sopita, princesa? —se le acercó Ramírez.

—¿Qué es la bronca que me tienen? —preguntó Morgan.

—Es que aquí, como en la cárcel, a los violadores les toca sufrir todo el peso de la ley —dijo Galvis.

—¿Violadores? Pero si ya les dije que yo no violé a nadie —dijo Morgan.

—Pues eso no dijo don Alberto, eso no dijo el sargento Hernández —agregó Ramírez.

—La verdad, yo la amo, yo la amaba, ella me amaba, tanto que me ayudó a superar muchos de mis miedos a dormir, tanto que me ayudó a liberarme de las cadenas que me ataban a la cama en las noches —insistió Morgan.

—¿Ves? Sos una loca —dijo Galvis—, dizque enamorado. Aquí al que se enamora le pegan un pepazo, lo ponen a chupar gladiolo, lo matan, mijo. Y nosotros, al ver tu debilidad, vamos a hacerte la vida imposible, porque así es aquí con los mariquitas como vos, que no asumen sus actos, que los justifican, que lloran y van y le cuentan a los generales lo que les estamos haciendo.

—Yo no le conté a nadie, ¿no ves que estaba inconsciente? Casi me matan, malparidos —dijo Morgan.

—Y lo mejor que te pudo haber pasado era morirte —agregó Ramírez—, pero decidiste volver, así que de ahora en adelante te vamos a tratar como a las reinas y, si te quejás, salís de aquí con los pies para adelante, porque no vamos a tolerar que nos volváis a hacer castigar.

—¿Los castigaron? Qué vuelta —dijo Morgan—. La verdad, estuve inconsciente tres días por su culpa, me da pesar de que los hayan castigado, pero se lo merecían. No se imaginan el dolor que me causaron y si el objetivo es que alguien salga muerto de acá, pues, puede pasar y posiblemente no sea yo, porque sé cómo se mata a los cerdos y ustedes ya están bastante grandecitos y se pueden vender muy bien.

—¿Nos estás amenazando, loca? —dijo Galvis.

—No, estoy hablando su mismo lenguaje, es mejor que nos calmemos y verán que no pasa nada, ni nos castigan, ni nos vamos para enfermería, ni nos hacen una marcha con la bandera encima del cajón —agregó Morgan.

Fue la primera vez que se enfrentó a su dormitorio, fue la primera vez que se mostró fuerte, que demostró de lo que era capaz. Lo que le había pasado con el camionero había sido el principio para lo que podía pasar; porque, una vez pruebas sangre, no puedes dejar de hacerlo. Por eso la guerra es tan rica, porque mientras más la haces, más deseo tienes de seguir en ella, por eso la paz no llega, así se firmen acuerdos, porque en Colombia paz significa tranquilidad, pero para el colombiano la tranquilidad solo llega con la muerte de los que no piensan igual a él.

La discusión se detuvo con los dientes apretados, el odio estaba empezando a brotar del corazón de Morgan, los demás ya lo traían preestablecido. Ser hijos de la guerra, víctimas de algún actor del conflicto, los había empujado de bruces a tomar las armas como única salida para demostrar que eran capaces, para demostrar que podían matar a cualquier hijueputa de uniforme que se parara frente a ellos y violentara la justicia de una u otra manera. Habían aprendido a hacer de la tristeza de los días de cilindros explotando en el pueblo, el alimento perfecto para justificar su anhelo de muerte, de seguir plagando de víctimas un país que estaba cansado de contar jóvenes en las listas de muertos a causa del conflicto, de contar madres tristes que despidieron a sus hijos enjuagadas en lágrimas y que no volvieron a verlos porque, incluso cuando les dijeron que se había muerto el fruto que brotó de su ser, muchas recibieron un cajón vacío o con el cuerpo de otro, sellado y lleno de toda la historia detrás del heroísmo que representaba ponerse el camuflado de las Fuerzas Militares de la República de Colombia.

Comieron con el odio entre los dientes, con la seguridad de que, de ahí en adelante, tendrían que dormir como los fantasmas, como los piratas: con un ojo abierto y otro cerrado, desconfiando de todo lo que pudiera traer la noche, como si estuvieran en guerra sin haber enfrentado al enemigo, encontrando contrincantes donde no los debía haber, porque afuera, cuando estuvieran en el monte, con la oscuridad inundándolos, tragándoselos para vomitarlos como fuego, como muerte, como miedo, capaz de convertir al más valiente de todos en el más cobarde infante que se enfrentara a las ráfagas de las balas, se iban a encontrar con un enemigo de verdad. Eso, eso hacía la oscuridad en

el monte; pero, esta vez, la oscuridad solo llegaría a un dormitorio con treinta camas donde se agolpaba el escuadrón de soldados auxiliares ciento cuarenta y dos. Allí, donde el miedo ya había acabado con la paz de uno de sus integrantes y estaba dispuesto a seguir convirtiendo en odio todo lo que tocara.

—Princesa, ¿qué se siente comer sólido? ¿Puede mover la mandíbula, mi amor? —gritó Galvis.

—Claro que sí, mi rey, claro que sí —dijo Morgan.

—Eso está muy bien, porque hoy tiene que hacer unas cuatrocientas de mandíbula antes de dormirse —dijo Ramírez.

Morgan no entendió a qué se referían, pero supuso que esa noche lo iban a atacar de nuevo, así que decidió poner bajo su almohada el cuchillo de dotación y cargarse a todo el que quisiera jugar con él, divertirse y seguir con esa ley que le habían dicho que ya estaba escrita.

Esa noche durmió, durmió plácidamente por primera vez en el mes que llevaba allí, pudo dormir sin miedo, despertó con el sonido del clarín, sin temer a que le hicieran algo. La advertencia había servido.

28.

Lázaro iba en el carro, manejaba a toda velocidad y escuchaba salsa duro, cuando le llegó la notificación al celular que decía que Andrés Peláez quería seguirlo en Instagram. Hizo caso omiso, aunque sí le dio un cosquilleo en el estómago que le dictaba que ese apellido volvía a buscarlo, que posiblemente este Andrés, como otros Andrés que cargaban el mismo patronímico, solo era una coincidencia de la vida que se le atravesaba para recordarle el pasado, el pueblo, la vereda, a sus padres.

Como antes que asesino era un buen seguidor de las normas que imponía la ley, Lázaro solo vio la notificación en la pantalla del carro y decidió analizarla apenas llegara a la casa, con la calma que requería, porque posiblemente este Andrés podía traer buenas noticias.

Manejaba tragando saliva, sintiendo cómo el acelerador se hacía añicos en sus pies; mientras más lejos estuviera del lugar del crimen, mucho mejor. Ya estaban dando pasos cerca suyo y si aparecía de nuevo en los videos de alguna cámara de seguridad cercana a donde muriera algún muchacho de Medellín y sus alrededores, iba a levantar sospechas. Lo bueno es que esta vez todo había pasado en un lugar tan abierto pero, sobre todo, donde había compartido con los muchachos había sido tan escondido que nadie lo habría visto y las cámaras posiblemente no lo habrían captado.

Por ese lado se tranquilizaba, aunque también se preocupaba de que ninguno de los muchachos siguiera vivo; aunque confiaba mucho en sus venenos, a veces las dosis podían fallar. Como pasó con Napoleón, que bebió una dosis de cianuro tan grande que lo único que logró fue generarse una gran gastritis con la que tuvo que lidiar mucho tiempo.

Pasó a recoger a Camila, que ese día tenía clase hasta temprano, la invitó a almorzar en el Mall Indiana para que viera que no siempre

tenían que estar encerrados en la casa cocinando. Terminaron en Casablanca comiéndose algún carpaccio que sirvió de entrada para carne de cerdo para ella y de res para él, asadas y jugosas, que fueron deglutidas entre batidos de fruta y risas de alegría al sentir que la rutina no los carcomía aún.

—Ahora que ya estamos en confianza y que me dijiste que para tu familia estabas muerto, ¿alguna vez decidiste volver a visitarlos? —preguntó Camila.

—Claro, claro que fui a visitarlos. Aunque yo ya no era el muchacho que se fue, ni siquiera me atreví a acercarme a saludar —dijo Lázaro.

—¿Y por qué?

—Porque cuando estás de marcha con el ejército, lo que menos te dejan hacer es visita, si mucho te puedes meter a una tienda a comprar una gaseosa y luego seguir tu camino. Porque volver después de tantos años era exponerse a una larga lista de preguntas que mamá tendría para hacerme y que yo no podría responder tan fácilmente. Porque, además, en el escuadrón no podía dar ni un solo indicio de debilidad, porque podría ser usado en mi contra —agregó Lázaro.

—¿Y es que, aparte de estar en guerra con la guerrilla, también estaban en guerra entre ustedes mismos? —siguió preguntando la mujer.

—Sí, siempre había una competencia —aseguró Lázaro—. Y para la época en la que volví a Urrao, que nos tocó patrullar en la vereda donde viven mis papás, estaba mucho más dura que de costumbre. Pues nos estaban dando bonificaciones por guerrilleros muertos y, dependiendo del rango que fueran, podíamos negociar entre días de descanso, plata y ascensos.

—¿Y cómo era la competencia?—insistió Camila.

—No, competíamos por quién encontraba más guerrilleros, quién daba primero con el campamento haciendo labores de inteligencia y quién era capaz de cargarse más de esos hijueputas. Por esos días ya éramos un escuadrón de uno de los batallones contraguerrilla más bravos y yo ya estaba entrenado en espionaje, así que varias veces di con el campamento y sigilosamente iba matando de a uno o dos por noche y los llevaba con armas, uniforme y botas donde el coronel, que

finalmente me daba plata. Con eso pude comprar la casa en la que vivo.

—Muy teso —afirmó ella, dándole un sorbo al batido.

—Sí, pero eso no fue lo teso. Lo teso fue cuando los guerrilleros vieron que los estábamos desapareciendo sistemáticamente y decidieron cambiar de campamento, nos cogieron de sorpresa y no supimos para dónde pegaron. Se perdieron de la nada, como si se los hubiera tragado la tierra. Así se perdieron dos años de trabajo de inteligencia para dar con ese campamento, por ambiciosos, por querer cumplir con las cifras de combate contra la guerrilla que el presidente quería seguir presentándole al país.

—Y entonces cuando se dieron cuenta de la escapada, ¿qué hicieron?

—Pues lo único que podíamos hacer, seguir matando gente. Empezamos con los pillos y los mariguaneros del pueblo, les poníamos botas pantaneras y, como tenían un cuchillo o un revólver, pues no había que maquillarlos mucho para que parecieran muertos en combate. Pero después la cosa se fue poniendo más y más densa, cada vez nos pedían más y más resultados, querían dar como eliminada esa columna móvil de la guerrilla, así que nos tocó empezar a inventarnos los muertos, por lo que nos íbamos por las veredas y desaparecíamos dos o tres muchachitos por noche, los vestíamos con uniforme camuflado, botas pantaneras y les poníamos armas de los mismos compañeros o que ya habíamos incautado. Al otro día llamábamos al noticiero y salía como si hubiéramos asestado un duro golpe contra la insurgencia, pero no, eran pelados de bien, campesinos, hasta vecinos de mis papás, que los encontrábamos mal parqueados, caminando en la oscuridad de la noche por el camino empedrado que conducía a mi casa o, simplemente, entrábamos a las malas a sus casas, encañonábamos a los papás y nos llevábamos al más joven. Aunque hubo veces en las que nos tocó cargarnos hasta al papá, para que no quedara rastro y para justificar que había guerrilleros de edades avanzadas también, capaces de caer en combate.

—¿Falsos positivos, Lázaro? —preguntó indignada Camila.

—Sí, linda, tocaba. Éramos tan efectivos que solo nos pedían resultados y cuando nos quedamos sin qué mostrar, pues nos tocó maquillar las cifras, así como en las empresas maquillan la contabilidad.

—Sí, güevón. Pero es que en las empresas maquillan con números

falsos, ustedes maquillaban con muertos de verdad —Camila sentía que la rabia le iba llenando la cabeza.

—¿Y? Al final le estábamos haciendo un favor a la patria. La gente sentía que la estábamos protegiendo, que estábamos acabando con esas lacras. Entonces, al final, como en las pancartas, terminábamos siendo héroes. Porque pues, eran puros muchachos cacheticolorados que nadie iba a extrañar, porque a la gente del campo nadie la extraña. Solo la familia. Pasó conmigo, pasaría con todos esos pelados.

—¿Al final cuánta gente mataron? —siguió preguntando ella.

—Unos doscientos o trescientos en ese pueblo. Igual, no podíamos matarlos a todos, porque pues, ya sí sería miedoso. Acabaríamos con todo el pueblo.

—¿Querés decirme que, de los más de cuatro mil falsos positivos, tu escuadrón aportó doscientos o más?

—Pues, tampoco lo veás así, no éramos tan malos. Si decís que fueron doscientos, pues sí, fueron qué montón. Pero la verdad fueron doscientos como en un año, en toda esa zona del suroeste de Antioquia y el norte del Chocó. Y había días en los que no matábamos, tampoco éramos tan sanguinarios como para matar a alguien todos los días, qué iban a pensar, que éramos unos asesinos. Y no. Nosotros estábamos para protegerlos.

—No seás cínico, Lázaro —Camila mostraba su indignación—. Mataste a más de doscientos inocentes para tener un día de descanso, para que te pagaran plata. Prácticamente como cuando Escobar le ponía precio a los policías y los sicarios los mataban por plata.

—Con ese malparido no comparés al ejército, que ese man lo hacía para hacer el mal. Nosotros en cambio lo hicimos por el bien del país.

—Llévame para mi casa, no quiero saber más de vos —le dijo Camila.

—Cami, ¿pero por qué? No, relajate, que todo está bien —le dijo Lázaro.

—No, gracias. Con asesinos que justifican su actuar porque estaban del lado de “la ley” no me quiero relacionar. Si querés me llevás o yo me monto en un carro que baje a Medellín y ya. Me dejás por favor las cosas en la portería de mi unidad y listo. Que te vaya muy bien con tu imaginario de héroe que salvó al país de la invasión.

Camila se paró, bajó la glorieta de Sancho Paisa y ahí se montó en el primer bus de SotraRetiro que bajaba para la Terminal del Sur de Medellín. Lázaro la miraba, el amor que tenía y que había forjado se le fue convirtiendo en dolor, una mueca le transformó la cara. Se quedó en silencio, quería llorar, pero debía mostrarse fuerte, así que se subió al carro y manejó hasta su casa donde puso el Bose a todo taco y terminó llorando en posición prenatal en la cama, abrazando las almohadas y maldiciendo el momento en el que hizo *match* en Tinder con ella.

29.

Cuando el coronel Andrés Peláez llegó al Parque de las Aguas se encontró con la multitud conmocionada. Morirse en Colombia representa un segundo de fama multitudinaria donde te conviertes en el centro de atención por un momento. Esta vez, los tres muchachos habían acabado con la tranquilidad de un parque de diversiones para dirigir todas las miradas hacia ellos. Para muchos jóvenes de los colegios que estaban ese día allí, morirse ahogado era la peor muestra de hombría, por lo que las risas y los chistes no se hicieron esperar. Así es aquí, la muerte de alguien lejano, sin importar la forma, es motivo de burla y, si no, se busca justificar de alguna manera, con una frase que representa lo contrario a lo que dicta la justicia. Aquí usted no es inocente hasta que se demuestre lo contrario, usted aquí siempre “algo habrá hecho”, si lo mataron, si lo secuestraron, si lo robaron, si lo insultaron, la culpa siempre va a ser de la víctima, por estar donde no debía, por meterse por donde no podía, por dar papaya, por un montón de cosas que, a veces, es casi imposible lidiar con ellas y defenderlas .

Los tres muchachos yacían sobre una pequeña plataforma que queda debajo de los toboganes. A Andrés le dolió todo por dentro, las escenas del crimen alteradas le producían escozores que se le hacía difícil describir.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Señor agente —dijo uno de los salvavidas—, estos muchachos estaban disfrutando de los toboganes cuando, de repente, en una de sus incursiones en ellos, no se volvieron a parar.

—¿Así como así? —preguntó Andrés.

—Sí, así como así. Se tiraron por la trenza y, cuando llegaron abajo, no salieron del agua; es más, alguien que se tiró después, se encontró abajo con el cuerpo de uno de ellos —agregó el salvavidas.

—¿Y el otro? Son tres. No me diga que los tres se tiraron al tiempo por el mismo tobogán.

—No, el tercero se desplomó arriba, en la plataforma de despegue de los toboganes. Ahí cayó en manos del salvavidas encargado allí arriba, hizo unas muecas, como si se le estuviera atrofiando el cerebro, como si estuviera muy drogado. Y finalmente se le perdió el pulso.

—Una mueca como drogado. ¿Será que estaban muy drogados? —insistió el detective.

—Siempre están muy drogados, míreles la edad. Tienen entre dieciséis y diecinueve años, a esa altura de la vida en estas tierras uno ya probó hasta la sal de baño. Mínimo vinieron aquí, se metieron unas pastillas y se pasaron con ellas, lo que les causó la muerte. Además, en estos parques siempre, siempre, los muchachos se exceden en lo que sea que consuman, desde el licor que meten en botellas de agua o gaseosa, hasta las drogas que traen.

—Pero no creo que sea por drogadictos que se hayan muerto —dijo Peláez.

—¿Por qué? —preguntó el salvavidas.

—Porque ando trabajando en unos casos de homicidio donde hay varias cosas en común, que van desde la edad de estos muchachos, hasta el envenenamiento. Así que apresurarse a echarle la culpa a los jóvenes tampoco es opción. Déjeme yo hago unas averiguaciones, me llevo los cuerpos, les hago pruebas de sangre y miramos. Le aseguro que va a ser un caso muy sonado, porque tal parece que es un modus operandi que sobrepasa la racionalidad y se convierte en casi un grado de locura. Entonces, aventurarse a decir que todo es culpa de las drogas, es como echarle la culpa a las narconovelas de lo que pasa en Colombia.

Peláez cortó ahí la conversación con los salvavidas, pidió a sus agentes que hicieran los respectivos levantamientos, tomaran muestras a los muchachos, tanto de saliva como de sangre y, finalmente, procedieran a arreglar los cuerpos para el respectivo sepelio. Mientras tanto, como el parque había seguido su curso normal y simplemente habían decidido clausurar los toboganes y acordonar la terraza donde estaban los muchachos, el coronel iba a conversar con algunos de los muchachos que seguían ahí, alrededor de los cuerpos, para ver si alguien había visto algo sospechoso.

Empezó preguntando por quiénes habían visto a los jóvenes ingresar al tobogán antes de morir. Varios alzaron la mano. Luego preguntó si estaban consumiendo algo antes de lanzarse. Nadie se aventuró a decir algo. Muchos sabían que, si confesaban que alguien había estado ofreciendo licor y ellos lo habían aceptado, se podrían someter a sanciones por parte de los profesores y las directivas del colegio.

—Vuelvo y les pregunto: ¿Vieron a alguien extraño ofreciendo algo? ¿Pastillas? ¿Licor? ¿Marihuana? —insistió Peláez.

En esas apareció un chico, joven, con una barriga que daba indicios de que la obesidad sería su perdición y, por ende, ya no tendría nada más para perder. Alzó la mano, se abrió campo entre todos y aseguró que pasó algo.

—Resulta que estábamos haciendo la fila para subir a los toboganes y, de repente, apareció un man alto, cuajo, con tatuajes en los brazos y en parte del tronco, además llevaba algunas cicatrices en el cuerpo que mostraban que podía ser malo. El caso es que el hombre empezó a darle licor a todo el mundo, desde abajo hasta llegar arriba, llevaba como afán y quería llegar a lo más alto de primero, por lo que cambiaba el puesto por un trago de aguardiente —afirmó el rechoncho muchacho.

—¿Y quiénes tomaron de ese aguardiente? —preguntó en voz alta Peláez.

Ahí las manos volvieron a alzarse, esta vez los silenciosos, los que iban a encubrir al asesino, aparecieron, nadie se había movido del entorno de la escena del crimen modificada, improvisada. Peláez aprovechó esta pequeña conmoción para arrojar una advertencia que aterrorizara a los presentes, porque aterrorizar es una de las cosas que mejor saben hacer los entes armados del país, sean del Estado o no, porque el terror ha elegido presidentes, ha destruido procesos de paz y ha llenado de esperanza a un montón de sedientos de sangre, que creen que el homicidio es la mejor manera de hacer justicia, que creen que tomar la vida de otros y, sobre todo, asistir a ese momento por televisión, ya sea en el noticiero o, incluso, en vivo y en directo, es hacer

de este un mejor país.

—Resulta que el man que estaba repartiendo el aguardiente es uno de los asesinos más buscados del país. Su forma de cometer los homicidios es envenenando a sus víctimas, así que, tranquilamente, ustedes pudieron haber sido envenenados sin ningún reproche, solo por recibir un trago para sentirse mejor. Tal vez eso fue lo mismo que le pasó a estos tres; que, por sentirse mejor y un poquito más relajados, terminaron como están y ahora serán una tristeza más para una familia y tres trofeos más en la lista de este homicida. Así que, si usted quiere que hagamos exámenes para esclarecer si ingirieron veneno o no, les podemos hacer muestras de sangre y análisis para que sientan la tranquilidad de que no les va a pasar nada en las próximas horas o días.

Una fila larga de muchachos asustados se empezó a agolpar frente a Peláez, que dio la orden a dos de sus investigadores para que hicieran pruebas a todos los que aseguraban haber ingerido el licor. Posiblemente podrían encontrar algún rezago de lo que usó Lázaro a la hora de cometer el delito, tal vez podrían dar con sus pasos, o, tranquilamente, tendrían más móviles para dictar una orden de captura.

Con esas muestras de sangre, con la tristeza de tener que llamar otra vez a una madre a contarle lo que había pasado con su hijo, con la ropa de los muchachos en bolsas, con sus cuerpos inmóviles, con una investigación que cada vez lo empujaba más a su hermano, con la tristeza de saber que sería imposible librarlo de la justicia, Peláez se montó en la camioneta. Sabía que estaba próximo a tener pruebas suficientes para justificar una orden de captura, sabía que, con el dolor en el alma, encontraría a Lázaro para hacerle muchas preguntas, sobre su desaparición, sobre su presente, sobre lo que había hecho durante su estadía lejos y qué lo había llevado a hacer lo que estaba haciendo.

30.

Fueron cuatro semanas de tranquilidad donde todo se movió entre aprender a manejar bien las armas y controlar el cuerpo en pos de la resistencia ante los grandes trayectos que iban a tener que caminar cuando estuvieran en combate. Morgan sentía la tranquilidad, como si el odio se hubiera disipado, pero en realidad había una tensa calma en el ambiente. Los demás compañeros de escuadrón no le hablaban, a excepción de Pérez y Mesa, quienes, poco a poco, empezaron a encontrar en su sabiduría un nuevo apoyo, por la velocidad a la que digería información y encontraba salidas fáciles en el campo de batalla; eso lo hacía el mejor aliado a la hora de realizar trabajos de polígono y asalto.

Con los superiores también fue fluyendo la relación; aunque el coronel González y el sargento Hernández veían el avance y el progreso, sentían que tenían una deuda con don Alberto, el hombre del restaurante donde el batallón tenía un escuadrón móvil, donde se alimentaron muchas veces, donde compartieron hasta Noches buenas y Años Nuevos cuando les tocó prestar el servicio a la comunidad y garantizar que todo estuviera tranquilo. Incluso esos días en los que las carreteras eran desiertas, en los que los únicos que se atrevían a transitarlas eran los animales y uno que otro bus.

Morgan se iba ganando su espacio, entendía muy bien las comunicaciones, por ese motivo, de a poco, le fueron encargando las del escuadrón. Lo inscribieron en las capacitaciones dedicadas a entender las ondas de radio, la tecnología y a descifrar mejor los GPS con ondas satelitales. Eso le gustaba, es más, le recordaba el aparato que siempre llevaba consigo hasta que Alberto lo entregó como un esclavo, como un violador.

Cuatro semanas, veintiocho días, casi un mes; todo estaba saliendo a la perfección y, aunque todos sus compañeros de escuadrón se iban de

licencia a visitar a sus familias, Morgan, con el deseo de llegar al mar y no volver a casa hasta que no tuviera su propio barco, se quedaba estudiando, aprendiendo, conociendo aún más de la topografía que, en algún punto, enfrentaría, sobre todo teniendo en cuenta su grupo y cómo muchos veían en el Ejército una carrera para el futuro, sobre todo como una forma de venganza. Porque muchos chicos que terminan en la guerra pierden amigos, padres, hermanos y tíos a causa de ella, de la violencia, de las represalias tomadas por equis o ye grupo armado, sea insurgente o del Estado. Al final, esas personas que forman parte de su núcleo, de sus sentimientos más profundos, representan algo más y, al ser arrebatados estrepitosamente, causan que el rencor y el odio aparezcan y se recrudezcan en el corazón de los más nobles. Muchos de ellos, niños que crecerán con esa semilla oscura que los empujará a que, cuando se les presente la oportunidad de engrosar las filas que combatirán al que desde el momento de la pérdida fue considerado enemigo, no dudarán en hacerlo y, con ello, seguirán con el círculo vicioso de sangre y muerte. Morgan, que no tenía sed de sangre, quería trabajar en inteligencia porque nunca se vio quitando una vida, a menos que fuera por motivos de fuerza mayor: defensa propia, sobre todo. Como pasó con el camionero.

Pero al regreso, después de las visitas, después de que las familias les llenaran el corazón de buenos deseos y hasta de la misma tristeza que pareciera no irse, volvieron los rencores, volvió el odio y volvió el miedo a tomarse el dormitorio.

Galvis traía la tristeza en su interior. A su padre lo había matado la guerrilla por violar a su hermana, por eso tenía el encono contra Morgan; porque desde que el sargento Hernández les dijo que venía un violador que le había hecho daño a las hijas de un hombre honrado que tenía un restaurante, había sentido que no solo tenía que acabarlo, sino hacerle sentir el rigor de una violación.

Con esa idea regresó. Buscando seguir tratando a Morgan como la princesa que era, ya que no había soportado lo que le habían hecho y aún faltaba mucho para que aguantara.

Esa primera noche, la que desembocó el domingo en un lunes caluroso, fue tranquila. Al lunes todo estuvo normal, la rutina los absorbió como siempre: unas cuantas vueltas trotando y cantando al batallón, luego combate urbano, una pequeña vigilancia a la ciudad. Morgan tenía una clase de comunicaciones al finalizar la tarde para esperar a que la noche llegara.

Esa segunda noche iba a desembocar en un martes de lluvia, Galvis volvió a empezar con los cuchicheos en la mesa a la hora de comer, volvía a mirar socarronamente a Morgan en compañía de Ramírez y otros más. Esta vez le tiraban besos, le guiñaban el ojo, le hacían muecas como de placer, le enviaban saludos con sacudidas de mano. A Lázaro le empezaban a generar dudas, no sabía si era cortesía, si era que querían charlar así, si era una forma de buscar un acercamiento con él. Lo que sí supo hacer fue devolver los saludos y la coquetería, por ese motivo siguieron con ella hasta que acabaron la comida.

Cuando se pararon, se encontraron de frente, con el mismo encono en Galvis, con la intención de dialogar de Morgan.

—¿Qué hubo, princesa, muy enamorada? —dijo Galvis.

—Ah, era solo para seguir con lo de ustedes. ¿No les parece que ya es justo conmigo? —preguntó Morgan.

—¿Justo? Lo único justo para los violadores es la muerte —dijo Ramírez.

—Yo no soy un violador —replicó Morgan y siguió su camino.

Apenas volvió al dormitorio, entendió que esa noche podía ser muy larga o, tal vez, el día siguiente. Guardó bajo la almohada el punzón con el que había matado al camionero, con el que había sacrificado tantos cerdos en la finca, sintió un brote de tranquilidad en su pecho, sabía que no era seguro, pero que, al menos, podría dar la pelea.

Durmió.

La oscuridad, esa misma a la que había empezado a temer después

del último ataque, lo volvió a traicionar. Sintió cómo el silencio se transformó en bullicio y dolor. Lo tomaron de las manos y los pies, no tuvo tiempo de agarrar su punzón.

—Tranquila mami, tranquila —le decía Galvis al oído.

—¡Cómo que tranquilo! No sean hijueputas, dejen dormir —gritó Morgan.

—Mientras más bulla haga, más nos vamos a excitar, mi amor; y no va a poder lidiar con eso —dijo Galvis.

—Respétenme, en serio. ¿Cómo les tengo que decir que no soy ni violador, ni nada de eso? —volvió a preguntar Morgan.

El silencio llegó. Lo llevaban como a un Cristo en una procesión de prendimiento: traicionado, adolorido, con el alma herida, con la tristeza de saberse condenado por la gente que lo rodeaba. Se dejó llevar.

Entraron a los baños y reconoció el baldosín blanco desde el piso a la pared, cuadrados cortos, de unos catorce a quince centímetros por cada lado, ahí se duchaban a diario, ahí había sentido la tranquilidad muchas veces al mezclar su cuerpo con el agua que le sanaba las heridas que dejaba cada ataque, las ampollas de los castigos y el dolor del amor perdido.

Las luces se encendieron y encontró al coronel González y al sargento Hernández frente a él. Galvis y Ramírez dieron la orden de soltarlo. Todo el dormitorio se paró detrás, Pérez y Mesa lo miraban con tristeza, a ellos les habían amarrado las manos para evitar que defendieran a Morgan.

—Bienvenido, Peláez —le dijo el coronel.

—¿Cómo está, mi coronel? —preguntó Morgan.

—Deje la cortesía, sapo —gritó Galvis.

—Usted sabe que a veces los errores que uno comete se quedan impunes, que nadie se da cuenta y que la justicia solo le llega en el cielo. Lastimosamente, en su caso, todo fue de mal en peor. Don Alberto lo pilló tomando por la fuerza a su hija, por ende nos lo vendió a nosotros

a un muy buen precio para que lo volviéramos hombre, para que entendiera que eso no se hace y para que, finalmente, le sirviera a la patria como carne de cañón, porque a las princesas como usted se las traga el monte, la guerra les duele y, muchas veces, ni son capaces de tener sangre fría cuando el corazón les pide que salven su humanidad —replicó el coronel.

—Yo no tomé por la fuerza a Mariana, ella quería también —dijo Morgan.

—Calladita, mi amor —volvió a decirle Galvis.

—No nos crea pendejos, Peláez. Nosotros sabemos muy bien lo que usted hizo, sabemos que tenía un deseo que saciar y, por eso mismo, ahora que el deseo está en nosotros, vamos a saciarlo también. Lo vamos a ascender para que se convierta en el líder de un plan piloto que queremos implementar en el batallón —insistió González.

—¿Plan piloto y como de qué? —preguntó Morgan.

—Mientras menos sepa, mejor —dijo el sargento Hernández—, lo que le aseguro es que le va a empezar a entrar una platica constante, una muy buena platica; si nos para bolas, si no se pone esquivo y si confía en nosotros. Va a viajar mucho, a conocer el país y a disfrutar de muchos lujos. Va a ser como espía, pero no como James Bond. Eso solo pasa en las películas. Ya le vamos a explicar cómo. Lo que le aseguramos es que hoy tiene la prueba más dura de su estadía aquí y esperemos que la pase con honores.

—Pues si me van a medir con algo, hágale. Yo trato de que todo salga bien, de pasar la prueba —afirmó Lázaro.

—¿Seguro? —preguntó el coronel González.

—Sí, mi coronel—gritó Morgan, que ya había encontrado el tono en el que al coronel le gustaba que le hablaran.

—Está bien, empelótenlo y amárrenlo. Y que quede bien grabado, sobre todo la parte donde él acepta que quiere cumplir con esta misión —gritó el sargento.

A arañazos le quitaron la ropa, luego, después de todo eso, lo pusieron sobre una mesa, con la boca hacia abajo, le amarraron los pies y las manos a las patas con unos nudos que le rasgaron la piel, que le apretaron con fuerza, que le dolieron sin más.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó Morgan.

—Tranquila, mami, tranquila —dijo Galvis.

—No, hijueputas, no.

Las nalgas del soldado amarrado quedaron expuestas, sintieron el frío del agua que las mojaba, el bullicio se hizo más fuerte. De atrás de él, el coronel González emergió con los pantalones a la mitad de la rodilla, con un condón puesto en su pene erecto y excitado; luego del agua, mojaron con aceite de cocina el ano de Morgan, fue el único lubricante que encontraron cerca. Lo penetró con fuerza; al otro lado, sin ver, el muchacho dio un grito de dolor, un dolor profundo que nunca había sentido y que nunca volvería a sentir. Le dolió y le ardió, como si le quemara, como si hubieran frito su ano, como si le hubieran metido un palo con toda la fuerza. Sintió los embistes, la tristeza, la traición. La patria, esa bella de la que le habían hablado, los héroes, esos que salían en televisión con su pulgar al aire, con sus uniformes impecables, le estaban mostrando que también estaban corruptos, que se habían vendido por unos pesos que les dieron y con ellos compraron una historia donde él era violador, donde matar era el único medio para hacer justicia, una justicia injusta, una justicia dolorosa, una justicia basada en mentiras.

—Hijueputas, me duele, malparidos —gritaba Morgan.

—Tranquilo, en algún punto va a dejar de doler —le dijo el coronel.

Cuando el coronel terminó, eyaculó en el condón, sudaba de placer, se le hizo una mueca. Uno a uno fueron pasando todos los integrantes del dormitorio, algunos le daban nalgadas a Morgan, otros le acariciaban la espalda con las uñas como si fuera la amante que siempre habían esperado o la putica que habían contratado en el pueblo. Esas que se imaginaban todas las noches, esas que aspiraban conquistar con un arma y por eso se metieron al ejército, para ver si les daba para enredarlas o al menos para pagarles, porque en los pueblos, muchas chicas ven un uniforme y sienten cómo se les mojan los calzones.

Morgan seguía gritando, sintiendo el ardor en el ano, en la espalda,

varios lo habían rasguñado, algunos otros le habían mordido la oreja, si no fuera porque tenía el cabello motilado, de ahí lo hubieran agarrado; algunos de ellos habían hecho gestos de que cabalgaban, otros simplemente habían fingido que llegaban para que no fueran a creer que no lo disfrutaban, pero en realidad, creían que esta vez se habían pasado.

Fueron cerca de treinta y cinco hombres los que esa mañana penetraron el ano de Morgan, que le dijeron cosas al oído, que le agradecieron el sacrificio, que lo insultaron. Treinta y cinco hombres que habían encontrado, en la justificación de la violación, la manera de hacer justicia a una mentira.

Al final, cuando ya estaba clareando el día, cuando el amanecer se estaba colgando del cielo con las nubes grises, pasó Galvis con una mueca en el rostro, con el asco entre los dientes.

—Yo no te lo voy a meter, malparido, pero sí me voy a vengar de la pobre Mariana —dijo.

Morgan había perdido el sentido hacía rato, el cuerpo se había cansado de forcejear con la mesa, las muñecas, los tobillos, el ano, le sangraban. La espalda tenía la mezcla de todos los sudores que se habían puesto tras él. Un bullicio volvió a apoderarse de todos, la pala, la misma con la que le habían generado la primera inconsciencia, apareció de nuevo en escena. La traía Ramírez, con un condón en la punta del palo que sirve de mango para agarrarla. Se la entregó a Galvis.

—¡DALE, DALE, DALE! —gritaba todo el dormitorio.

Poco a poco la fue introduciendo en el ano del “ascendido” muchacho. La metió hasta que el cuerpo le dijo no más. Había acordado con los superiores que no iban a hacerle mucho daño, por lo que no siguió con el proceso. Así, empalado, acabó el largo amanecer. Así lo dejaron: amarrado a la mesa, con el dolor en el cuerpo, con la inconsciencia y la oscuridad haciendo de las suyas. Llamaron a la enfermería para que

fuera a recogerlo, para que lo atendiera.

Las enfermeras vomitaron al ver el cuadro, la sangre corría por toda la mesa, el silencio estaba presente en todo el cuarto, el horror, el inicio de una nueva modalidad de bienvenidas se estaba tomando el batallón, Morgan fue el primero de un montón que recibieron de esa manera. Morgan fue la prueba piloto de algo que vendría después.

Le sacaron la pala del ano, lo desamarraron con un cuchillo porque los nudos estaban tan fuertes que era imposible soltarlos, lo subieron en una camilla y lo llevaron a la zona de recuperación, con una sábana blanca cubriéndole el cuerpo que respiraba con dificultad, que demostró su fuerza y que le dio una nueva oportunidad.

31.

Las lágrimas quedaron atrás. Lázaro había llorado toda la noche la pérdida del amor, otra vez, como cuando Mariana había sido arrancada de su lado por culpa del ejército. Se repuso, se duchó y se fue a preparar el desayuno. La noche había sido larga y no recordaba en qué momento había conciliado el sueño para calmar el dolor.

Puso el Bose a todo volumen, eran las nueve de la mañana, por lo que no había restricciones para que sonara. Se escucharon unos cuantos vallenatos de Celedón, otros de Dangond y finalmente terminó con una tanda de Romualdo Brito que le hacía recordar a sus papás, a las emisoras mal sintonizadas que a veces podía coger con un radio de pilas que había comprado alguna vez en el pueblo. Se sonreía de saberse lejos de allá, de toda la necesidad que traía consigo la vida en el campo, se sonreía porque ahora no tenía que sintonizar las emisoras, sino que podía tener a un clic de distancia todas las canciones que quería.

Hizo jugo de naranja, huevos revueltos con cebolla y tomate, arepa blanca y quesito. Se sentó a la mesa, agarró el celular en una mano y miró las notificaciones que tenía.

Revisó todo: ni un mensaje de Camila. Luego recordó la notificación de seguimiento de Andrés Peláez. Examinó su Instagram, lo buscó en Facebook y, como lo había seguido en Twitter, también tuvo una notificación suya en la bandeja de entrada. Encontró algo que le trajo más lágrimas.

Sus padres protagonizaban una foto: en ella se veían sonrientes, con sus ropas campesinas de siempre, su madre con las blusas de tiras y el cabello recogido, su padre con el sombrero roto. En el medio, una sonrisa blanca, recia, su hermano, el protagonista de la cuenta: Andrés Peláez.

Volvió a llorar.

Lloró porque se vio descubierto, porque sabía que ese podía ser el principio del fin de su carrera, porque de ahí en adelante no podría salvar a ningún muchacho más, porque en el momento en el que usted muestra debilidad, sobre todo en el amor, deja de ser duro y empieza a entender que todos tienen un momento para que la vida les sonría y puedan mostrarse débiles. Ya lo había sentido con Camila, ahora con su familia.

Habían sido dieciséis años de desaparición en los que en el corazón siempre tuvo las ganas de volver, de decirles cuánto los extrañaba, las tristezas que pasó, pero en ningún momento había tenido la valentía de ir, presentarse en la casa, saludarlos y decirles que era él, que no había muerto, que era militar, que los iba a sacar de allá. Que, aunque no tenía un barco, tenía un lugar amplio donde vivir en Medellín y donde poderlos acoger.

Lloró con cada foto, con la tristeza que trae saber que su hermano había terminado igual que él: en manos del Estado, sufriendo el rigor de tratar de hacer justicia para unos y de brindarle impunidad a otros. Lloró porque, posiblemente, su hermano ya sabía quién era, porque lo había identificado en alguna cámara de seguridad, porque iba a ser quien lo traicionaría para entregarlo a las autoridades y así tratar de justificar el actuar del Ejército para llevarse a los muchachos a pelear una guerra que no les correspondía.

Aceptó la solicitud. Entendía que era el momento perfecto para decirle a su familia que había vuelto, que estaba vivo y el primer paso era encontrarse con su hermano.

Comió hasta el último bocado, detuvo el Bose y se puso a pensar cómo haría para que Camila le diera una oportunidad. Quería cambiar su vida, contarle que había vuelto a encontrar a su familia, que quisiera que fueran juntos a conocerla, que sus papás posiblemente ya sabían que él estaba vivo. Que lo disculpara por hablar a sangre fría de

asesinatos, que a él también le dolía, que no quería que creyera que él era un asesino así, sin ton ni son, que mataba porque sí.

Le envió un mensaje de texto por WhatsApp, le dijo que quería hablar con ella y debía contarle algo importante. Luego se sentó a esperar a que hubiera una respuesta del otro lado.

32.

Cuando a Andrés le vibró el celular avisándole que la solicitud de seguimiento que le había enviado a Lázaro había sido aceptada, tuvo una ambigüedad de sentimientos que iban desde la alegría hasta la tristeza en menos de dos segundos.

Le alegraba que fuera su hermano, con cada foto que iba mirando se iba convenciendo más de que no se equivocó al confirmar su supervivencia. Le entristecía encontrar imágenes donde justificaba la violencia. Le enternecía ver las fotos en las que compartía con Camila, que se veía feliz, que no tenía nada que lo afectara. Lo destruyó encontrarse en sus seguidores los nombres de cada uno de los muchachos que habían muerto en esos últimos meses de formas muy parecidas.

Antony, Joaquín, Pedro Pablo y otro montón más. Parecía que acosaba jóvenes entre los dieciséis y los veinte años, que estaban próximos a graduarse del colegio o que ya llevaban uno o dos semestres de universidad.

El patrón que se marcaba, solo de ver las personas que seguía, se hizo más evidente cuando empezó a mirar el historial de “me gusta” que había dado. Todos coincidían con el día de la muerte de cada muchacho. Todos coincidían con fotos en los lugares donde habían muerto. Como si estuviera mirándolos en el momento de subir la foto y, con ella, confirmara la identidad que, al final, detonaría en un homicidio más en su lista.

Estaba dedicado a recorrer las cuentas de Morgan cuando le llegaron, además, los resultados de las muestras de sangre, tanto de los muertos como de los vivos, descartando de una vez que los que estaban vivos hubieran ingerido algún tipo de veneno. Pero el foco estaba en los muertos y en lo que usó para acabar con sus vidas: se trataba de un veneno que solo podía extraerse de las ranas que habitan las zonas

selváticas del Pacífico colombiano.

¿Cómo había hecho su hermano para conseguirlo? ¿Era realmente su hermano el perpetrador del ataque? Aún no le llegaba el video con las imágenes de las cámaras de seguridad, entonces actualmente Lázaro estaba libre de pecado, aunque el modus operandi, la descripción de los muchachos de quién les había dado licor y las coincidencias con lo acontecido en los otros asesinatos, hacían pensar lo contrario.

Andrés, que no sabía nada de toxicología, ni de venenos, pidió que le explicaran a fondo cómo se extraía esa sustancia que habían utilizado para acabar con la vida de Pedro Pablo, porque anteriormente vio el uso de cianuro y arsénico, pero no entendía nada de la batracotoxina. Era nueva para él, pese a que el informe decía que se extraía de las ranas, no entendía cómo ni con qué. Quería saber. Sobre todo porque, en el fondo, quería encontrarse con la sabiduría de su hermano y, con ello, llevarse una nueva sorpresa.

Suspiró, porque le dolía saberse queriendo conocer cómo su hermano tenía acceso a un veneno que podría ser milenario, algo natural.

33.

Morgan despertó con el dolor en el cuerpo, con la decepción de eso en lo que se habían convertido las fuerzas del Estado, tal vez los héroes no eran tan santos como lo pintaban los comerciales. Él, que en algún punto soñó con ser parte de la Armada o de la Marina, para así cumplir con su sueño de tener un barco y navegar por el mar, sentía cómo el corazón se le rompía, cómo en su cabeza empezaba a dejar de soñar con utopías y empezaba a encontrar el mal como forma de subsistencia. Sabía que, si quería hacer justicia, tendría que convertirse en alguien como los que convivían a su lado en el dormitorio, que si quería esclarecer los hechos cometidos en su contra, tendría que hacerlo por su propia cuenta.

Los enfermeros le contaron que le habían reconstruido el ano, que ya iba a empezar un tratamiento psicológico para poder superar el sufrimiento que le causara; que entendían su dolor, pero que, por favor, no le contara a nadie lo que le había pasado, porque podía ser peor; es más, lo invitaron a que acatara las órdenes que le dictaban los superiores sin reprochar. Que, en parte, lo que le habían hecho era porque había mostrado ciertas debilidades y necesitaban que fuera fuerte, que aprendiera a sobreponerse y a llevar consigo el dolor para descargarlo cuando el campo de batalla necesitara que fuera un indolente y tuviera que gritarle al mundo cuánto lo odiaba, pero sobre todo al enemigo, que era lo que realmente importaba: el enemigo y el odio hacia él. Al final, en el Ejército, lo único que importa es la muerte del enemigo, la destrucción total de éste, es más, para muchos en Colombia es lo único importante. Y no, no importa si se acaba por las buenas, al rival siempre hay que destrozarlo, acribillarlo y dejarlo ahí tirado, como un trofeo inmóvil que no va a responder. Además, a los colombianos les gusta ver la sangre que se derrama en el campo de batalla como un *reality* al que asisten en tres emisiones que acompañan de comida: la de las siete de la mañana, que digieren al ritmo de los huevos con café que desayunan; la del mediodía, que se convierte en parte del almuerzo; y la de las siete de la noche, con la que se inicia el famoso horario estelar de la televisión

y que carga con él la cena, el noticiero con el que muchos se indignan, el *reality* de verdad donde creen que hay competencia y cierran con la novela en la que dejan descansar el alma antes de irse a dormir.

La indignación de Morgan se hizo más grande, no podía entender cómo en una organización tan importante como el Ejército Nacional pasaban esas cosas, no se imaginaba lo que podía pasar de ahí en adelante, el silencio al que lo iban a condenar y quién sabe a cuántos más habían condenado igual. No podía rebelarse, no podía hablar con nadie, tendría que llevar adentro todo el dolor que le habían causado. Iba a convertir eso en un motivo para vengarse, para acabar con todo su dormitorio, con quienes lo rodearon en las mañanas, los que destruyeron su moral, su inocencia, su cuerpo. Se miraba las cicatrices del anterior ataque y aún sentía las del más reciente, le ardía; el pecho se le llenaba de rencor. Y él, tan joven, que no sabía lo que era el rencor en su noble vida en el campo, estaba entendiendo por qué todos siempre tenían un motivo para odiar hasta la cólera, que les hinchaba el pecho, se los hacía doler y cometer las más grandes locuras. Porque el rencor es como el enamoramiento, un par de tipos de locura que sacan lo peor de nosotros, nos envuelven, nos causan dolor y, finalmente, nos hacen creer que son sentimientos que causan tranquilidad cuando están saciados. Pero no, siempre se hacen más grandes, más obsesivos, más paranoicos.

Ese día lo visitó el psicólogo, le preguntó cómo estaba y lo primero que hizo fue llorar. Le dijo que sus sueños se habían derrumbado, que estaba decepcionado, que iba a cambiar todo, hasta lo que pensaba, que iba a ser implacable, demostrarle a todo el batallón que era el mejor soldado de la historia del país, un verdadero héroe, capaz de salvar a muchos de las atrocidades que allí se podían encontrar, capaz de convertirse en lo que el país esperaba, pero que lo primero que debía hacer era una limpieza, donde quedaran los verdaderos aptos, los incorruptibles, los que no dejaban que la violencia reinara y entendieran primero al ser, por encima del objetivo.

Eso sí, se trazó dos objetivos muy claros: acabar con Morgan y acabar

con todos los que le habían hecho daño.

Al psicólogo le pareció que, por el momento, no era apto para tomar armas. Le dijo que se recuperara porque tenía en el corazón el encono del rencor del ataque previo, que se tranquilizara y tomara todo con calma porque tampoco podía rebelarse contra sus compañeros, porque no iba a terminar bien.

Cuatro semanas estuvo internado en enfermería y diariamente se veía con el psicólogo para conocer cómo iba evolucionando. Lo que hizo fue ocultar los sentimientos de venganza y simplemente hablaba de la armonía, de trazarse nuevas metas y tratar de ser alguien importante dentro del grupo, ganarse su lugar, el respeto y el honor de decirse soldado del Ejército.

Cuando volvió, se encontró de nuevo con el mismo discurso de Galvis y de Ramírez, ambos le gritaban cosas de princesas, le tiraban besos en el aire, le preguntaban si los recordaba.

—Es mejor que duerman con los ojos abiertos —les dijo Morgan a Pérez y a Mesa, que fueron a saludarlo apenas entró por la puerta.

—¿Qué les vas a hacer? —preguntó Pérez.

—Yo, nada. Lázaro sí —dijo.

—¿Lázaro? ¿Quién es Lázaro? —preguntó Mesa.

—Soy yo, el herido, el que no tiene sueños, el que quiere ser héroe y salvar al país de todos estos hijueputas —dijo Morgan. Miraba con odio, los ojos se le encharcaron.

—No vas a cometer una locura. En serio, ya viste de lo que son capaces todos ellos —dijo Pérez.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo Lázaro.

Esa noche durmieron tranquilos. A la mañana siguiente se encontró con la sonrisa de los comandantes del escuadrón que lo miraban socarronamente.

—¿Ya está recuperado, Peláez? —gritó el sargento Hernández.

- Sí, mi sargento—respondió Morgan.
—Me parece muy bien, porque le tenemos una tarea para mañana —dijo el sargento.
—¿Qué? —preguntó Morgan.
—Nada, una labor de inteligencia —le dijo el coronel González.
—En la madrugada lo buscamos para contarle qué es —dijo el sargento .
—Lo van a volver a partir en dos, les quedó gustando —dijo Galvis.
—Galvis, le da cuarenta vueltas al batallón por irrespetuoso —gritó el coronel.
—Pero, coronel... —dijo Galvis.
—Con servicio de aseo —gritó el coronel.

Morgan sonrió. Tal vez lo de la inteligencia sí era cierto, tal vez las charlas habían servido, tal vez entre Galvis y los comandantes había habido una ruptura de relaciones y por eso ya no le paraban bolas, lo castigaban y lo ponían a voltear. Además, pareciera que el resultado del último ataque les había ablandado el corazón, porque ver la sangre en el suelo, participar de eso y tener una grabación, debió ser bastante para el batallón y por eso les habían jalado las orejas con un regaño que no iban a olvidar nunca.

34.

—Lázaro, hermano. ¡Qué bueno encontrarte por estos lados! No sabés la alegría que me da saber que estás vivo, que todo lo que nos dijeron las noticias, el comando de policía, los forenses y demás, había sido falso. Me gustaría hablar con vos. Agregame a WhatsApp si querés para que nos encontremos, para que me contés de vos, para que hablés con mi mamá y mi papá. Te quiero. Andrés.

Ese fue el mensaje que Andrés le escribió entre lágrimas a Lázaro. Era el inicio de un acercamiento entre hermanos que traía consigo la intención de reencontrarse, de esclarecer un montón de hechos que formaban parte de la cabeza del coronel Peláez respecto a todo lo que estaba pasando en las últimas semanas en su cabeza, pero, sobre todo, volver a abrazar a ese hermano que había perdido ahogado en el río.

Lázaro sintió cómo en el bolsillo le vibró el celular, cómo el mensaje le hizo palpar más rápido el corazón. Que le mencionaran a su madre, que le mencionaran la fatídica noche en la que dejó de ser lo que creía para convertirse en lo que era actualmente, que su hermano mencionara ese “te quiero” que entre los hermanos es una de las frases más sinceras, porque pese a que peleas y tienes discusiones que, muchas veces, llevan a ninguna parte, en el fondo siempre estará ese amor, ese cariño, esa sangre que los une y les corre por las venas. Hacía mucho tiempo que nadie le decía “te quiero”, tal vez desde Mariana la noche en que su vida dio un vuelco.

Vio el mensaje una y otra vez, acarició la pantalla como se acaricia el rostro de quien se ama, con ganas de dejar los dedos impregnados de ese cariño para sentirlo el resto de la vida, para olerlo y saborearlo. Acarició la pantalla y subió y bajó varias veces la conversación para ver si era cierto. Instagram, a veces, da la sensación de estar cerca de ese montón de personas que se siguen; en este caso, a Lázaro le produjo el sentimiento de saberse vivo, de saberse querido de nuevo, de saberse parte del mundo.

—Hermano, claro que sí. Ya te agrego y te hablo. No sabes cuánto los he extrañado. Tengo mucho para contarles. Los quiero, saludame a mamá —respondió Lázaro, tratando de encontrar las palabras, y que los dedos y el cerebro se pusieran de acuerdo para escribir bien.

Andrés, al recibir la respuesta desde Instagram, sintió una punzada en el corazón, una revoltura en el estómago, como la vez que le dijeron que se iba para Medellín, como la vez que fue ascendido a coronel. No sabía si brincar en una pata o llorar de la emoción, su hermano, su sangre, el que fue su cómplice en muchas noches de tristeza, el que le enseñó a leer y a escribir, el mismo que le aconsejaba estudiar para ser alguien en la vida y por el que se había metido a policía; ese que se había jurado encontrar porque no le quedaba claro lo que le había pasado y, porque tampoco había estado conforme con el resultado de las investigaciones, estaba vivo. .

Ahora les quedaba organizar un encuentro, un lugar neutral, como un proceso de paz, donde el silencio permitiera hablar, donde la alegría pudiera disiparse a sorbos, donde pudieran intercambiar experiencias, dolores, felicidad. Debían encontrarlo, encontrarse.

—¿Te parece si nos vemos el jueves a las cuatro de la tarde en la zona de comidas de San Diego? —le preguntó Lázaro.

—Me parece. Me queda perfecto para irme a la casa —respondió, lleno de felicidad, Andrés.

Lo siguiente que hizo fue tomarle un pantallazo a la conversación de WhatsApp que había tenido con su hermano. En ella se hablaron de alegría, de tristeza, de dolor, de recuerdos. Hablaron del polvo que levantaban los carros cuando pasaban a su lado mientras ellos caminaban con rumbo al pueblo para vender los cerdos. De las obleas del parque, del café por las mañanas, del pan duro del desayuno, de las arepas de la mamá. Con la foto ya en sus manos, le escribió un mensaje a Camila, quería también rehacer las cosas con ella, saber si podía tener una nueva oportunidad.

—Cami, mi amor. Te cuento que después de la discusión que tuvimos

el otro día, me quedé pensando en mi familia y en si podía encontrarlos. Resulta que más fácil me encontraron ellos a mi. ¿Te gustaría conocerlos? Voy a encontrarme con mi hermanito, que vive aquí en Medellín, allá voy a tratar de acercarme a ellos y así deshacer lo pasado en los últimos dieciséis años en los que su ausencia no ha hecho sino martillarme todos los días, cambiarme lo que soy y convertirme en el ser indolente que muchas veces ves. Perdoname, llamame, tengo que pedirte disculpas por muchas cosas. Perdón por los muertos, te quiero.

A Camila esa frase del final, ese “perdón por los muertos” le revolvió todo, habían pasado tres días desde la vez que dejó a Lázaro sentado en el Mall Indiana con la idea de saberse un asesino justificado por ser parte del Estado y por eso tuvo oportunidad de pensar las cosas. Entendía que por haber sido parte del Ejército, en muchos casos, el homicidio estaba justificado; pese a que era malo, si se hacía en contra de los enemigos estaba bien, así los enemigos fueran inocentes. Quería perdonar a Lázaro y, posiblemente, la única manera de hacerlo era encontrando ese punto medio en el que dejaba de ser una bestia asesina y se convertía en un ser amoroso que, inocente, con la intención de tener días libres, de labrarse un futuro, comprar una casa, estudiar algo más allá de la carrera militar, decidió, en compañía de su batallón, segar la vida de un montón de inocentes, que posiblemente no le estaban haciendo nada, pero que significarían todos esos sueños que quería cumplir, tanto él como los demás.

Porque sí, tristemente en Colombia los que se enfrentan en la guerra son un montón de personas que tienen sueños por cumplir, que persiguen un ideal y que piensan que lo que hacen está bien. Los unos, buscando justicia social y acompañamiento estatal en lugares donde la única presencia del Estado es una bala de fusil con la que buscan callarlos. Los otros, empuñando esos fusiles, creyendo que son parte de la solución, que las órdenes que les dan son las más limpias y puras, donde buscan, al final, es que se exterminen entre ellos, muchas veces entre personas de familias iguales, de dolores iguales, con deseos iguales. ¿Qué tienen en común? Que muchos son jóvenes, que quieren salir adelante, que encontraron en las armas la solución para muchas

de las carencias que tenían en casa: un plato de comida, una familia, una venganza. Lo más doloroso es que, gracias a esas carencias, ya sean alimentarias, familiares, sentimentales, está esa ausencia estatal que los hace creer que enviándoles el Ejército para que la guerrilla o los paramilitares o las bandas criminales o la delincuencia común no actúen, ya está dándoles oportunidades, simplemente porque les garantiza el derecho a vivir, pero a veces, muchas veces, ellos no solo quieren vivir.

—¿Voy a tu casa? —preguntó Camila.

—Sabes que siempre eres bienvenida —respondió Lázaro.

—En la noche estaré allá —afirmó ella.

Hasta el corazón más duro, más sangriento y lleno de rencor, a veces necesita un poco de tranquilidad. Lázaro la estaba encontrando en los mensajes que le llegaban. Sabía que, posiblemente, no iban a cambiar nada de lo que ya había pasado, pero era una manera de encontrar su propio perdón. Sabía que lo habían descubierto, que la justicia estaba muy cerca, que pronto estaría encerrado, y, por eso, quería irse con todo resuelto, sin ningún rencor en el alma, porque muchos de los que lo habían causado ya ni existían.

35.

Morgan se despertó con la idea en la cabeza de hacer algo antes de irse a cumplir la misión de inteligencia que le habían dicho en la formación del día anterior. El cuerpo ya no le dolía, aunque el alma sí. Eran las dos de la mañana cuando sintió que era el momento de pararse de la cama, hacer sus necesidades y esperar a que llegaran los superiores para llevárselo.

No sabía cómo empezar, así que lo primero que hizo fue agarrar el punzón que guardaba bajo la almohada y que, por cosas que aún no comprende, el sargento Hernández le había devuelto apenas regresó al dormitorio. Revisó el filo, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y le erizó la piel. Sabía que era el principio de todo: esa noche moría Morgan, el soñador, el muchacho que creía en la inocencia del mundo, y empezaba Lázaro a hacerse hombre, a convertirse en héroe, a ser el que mostraban los comerciales de las Fuerzas Militares, con su pulgar erguido, con el fusil al hombro, con saltos desde helicópteros y el cariño de la gente.

A tientas, con el silencio y la oscuridad como cómplice, se paró sigilosamente hasta la cama de Galvis. Lo observó dormido, boca abajo, indefenso. Sonrió.

Lastimosamente en este momento ya Lázaro era dueño de su cuerpo, ya era venganza y deseo, era el rencor hablando por él, disfrutando todo lo que podía llegar con la muerte, con la sangre. Había estudiado muy bien la anatomía del cuerpo humano cuando estaba en el colegio, así que sabía cómo funcionaba y en qué lugares podría hacer un daño permanente, que impidiera que Galvis siguiera formando parte de la compañía y así generar un precedente con el que se ganaría el respeto de los demás, pero, sobre todo, empezaría a saldar las deudas que su alma había dado a cuotas y que debía empezar a reclamar. Además, todo el proceso de sacrificio de animales que había aprendido con su

papá le había dado enseñanzas. Aunque no quería matar a Galvis, solo quería enseñarle una lección por ser el impulsador de todas sus desgracias desde que llegó.

Buscó en la oscuridad la cabeza, escuchaba los ronquidos, Galvis se veía plácido.

—Te dije que durmieras con un ojo abierto y otro cerrado, pirobo — dijo Lázaro entre dientes.

Luego sacó su punzón. El filo brillaba y fue luz en el alma. El silencio se interrumpió por un pequeño grito de dolor, pero nadie se despertó. Lázaro puso la punta en el axis de la columna cervical, ahí donde la cabeza se une con la columna vertebral y, posiblemente, siente el rigor de las rupturas.

—Así como me rompiste el culo, yo te rompo la espalda, perro — pensó Lázaro.

Volvió a su cama, se acostó de nuevo y esperó a que apareciera el coronel González.

Ni por sorpresa lo tomó que lo despertaran a las tres de la mañana. Lo sacaron en silencio del dormitorio y lo llevaron a una de las oficinas. Hernández y González, sargento y coronel, lo sentaron en una silla y se pararon frente a él.

—Bueno, Peláez —empezó González—. Ya usted está grandecito, ya probó finura y aguantó todos los embates de la bienvenida aquí. Sí, sabemos que exageramos un poco, pero tranquilo que todo eso se le va a recompensar.

—Espero que sí —dijo Lázaro.

—Resulta que el general Mora, que usted creo que lo ha visto en televisión, tiene una misión muy importante para encomendarle. Entonces, por eso, usted se va a montar en un helicóptero ya y va a llegar a Bogotá. Allá se va a encontrar con el general y él lo va a llevar al

lugar donde debe cumplir con la misión —dijo Hernández.

—¿Qué tiene que traernos? —preguntó González—. Información. Información que nos dé muestras de lo que están planeando los senadores para juzgarnos a nosotros los militares, además todo lo relacionado con el proceso de paz y la impunidad para guerrilleros, algo que no podemos tolerar, porque si a ellos los van a encarcelar pocos años por cometer crímenes de lesa humanidad, a nosotros no tienen porqué juzgarnos. Además, como usted sabe, nosotros todo lo hemos hecho en nombre de la patria, por su honor, por su defensa.

—Está bien —afirmó Lázaro—. ¿Pero, qué tengo que hacer?

—Allá el general Mora le va a decir. Usted tranquilo —le dijo Hernández.

A las cuatro de la mañana de un miércoles, con el día aún sin clarear, con las legañas aún en los ojos y sin bañarse, pero con un morral lleno de órdenes, Lázaro se subió a un helicóptero con la intención de ganarse el respeto de todos los militares, traer la información solicitada y cumplir con el deber. No sabía que, apenas llegara a Bogotá, la vida le iba a cambiar para siempre e iba a tomar la decisión de buscar no repetición ni para él, ni para el futuro.

36.

El coronel Peláez sentía los nervios en la piel. Sentía cómo le temblaban las piernas y el corazón le palpitaba más rápido. Iba a encontrarse de nuevo, frente a frente, con su hermano perdido hace más de quince años, iba a hacerle todas las preguntas que correspondía y, sobre todo, iba a acabar con la incertidumbre de su madre.

La cita estaba puesta para las cuatro de la tarde, pero la ansiedad hizo que estuviera parado en el centro comercial Sandiego a las dos. Dio vueltas ensayando lo primero que le iba a preguntar, practicando el abrazo y la sonrisa. Sabía que lloraría, pero aún no sabía cómo. Tranquilamente podía ser de la forma más sincera e infantil, sumiendo su cabeza en el hombro de ese que, en el pasado, fue su protector y consejero.

Recorrió los almacenes buscando la redención, sabía que su hermano había hecho algo malo y que él iba a ser el causante de su juicio. No quería que se sintiera traicionado, por lo que no buscaría ganarse su confianza por completo, además tenía indicios de que era uno de los asesinos seriales más grandes del país y, por ende, no quería que desplegara su ira; sobre todo porque, según varios análisis, tenía tendencias psicópatas. Y cuando a uno le dicen psicópata siempre se asusta.

A las tres y media de la tarde se pidió un cono en Mimo's, con chocolate y maní, como siempre. No entendía por qué se derretían tan fácil en la boca, no entendía por qué estaba tan ansioso, no entendía por qué su hermano no llegaba. Quería verlo pasar, quería encontrarlo en la mesa de la zona de comidas donde habían quedado, quería llegar luego, no ser quien esperara, pero ya llevaba dos horas esperando, llevaba dos horas pidiéndole al cielo que todo saliera bien, pero, principalmente, que Lázaro apareciera.

Lázaro se montó en su carro a las tres y media de la tarde. Sabía que esa reunión iba a cambiar su vida, por lo que se puso su mejor camisa, su pantalón y unos buenos zapatos. Era una mezcla neutral que se movía entre el negro y el blanco. Tenía a Latina Estéreo retumbando a todo taco.

“Todo tiene su final, nada dura para siempre, tenemos que recordar que no existe eternidad”, cantaba al son de Héctor Lavoe, cantaba y entendía que cada vez estaba más cerca de ser descubierto, de reencontrarse con su familia, de terminar tras las rejas.

Bajó por Los Balsos, tomó la Avenida El Poblado, que mágicamente estaba despejada, y se encontró de frente con Sandiego. Parqueó en el piso sexto, se paró frente al ascensor y sintió cómo las piernas le temblaban. A él, que ya no le temblaba nada, que no sentía ni una pizca de nervios cuando se enfrentaba a la muerte ni al deber, lo estaba azarando un encuentro con su hermano. A él, que generalmente no le temblaba ni el dedo cuando activaba el gatillo, ni las manos cuando entregaba un veneno, lo estaba asustando volver a ver a su mamá.

Sabía que había hecho algo mal y que ella lo iba a regañar, lo iba a castigar y, finalmente, no iba a poder volver a salir a la calle en mucho tiempo.

Caminó por el centro comercial. Miró al fondo a McDonald’s y tomó por el pasillo gigante donde la fuente inteligente se llena de niños que juegan con ella; había un montón de estudiantes de colegio, hijos de ricos que salían en sus carros, o en uno de los que le pertenecían a los padres, a almorzar o pasar la tarde con sus amigos. Caminó y miró a Vélez, a Mimo’s, siguió derecho, dando lentamente cada paso como si fuera el último. Se detuvo frente a las escaleras eléctricas, sentía que lo seguían. Miró hacia atrás, miró a los lados. Subió.

Ante él estaba el caos de la zona de comidas de un centro comercial, en varias mesas había algún multinivel que buscaba llenar sus arcas con el dinero de incautos que creían ser independientes, con el sueño

de ser ricos, de encontrar la felicidad a punta de billetes. En otra estaban un montón de muchachos debatiendo sobre el último éxito de trap puertorriqueño, donde las niñas se saboreaban con la letra y los chicos se excitaban de solo pensar que ellas fácilmente accederían ante la prosa poética de la música, en la oscuridad de una pista de baile, con minifalda de por medio. También había ejecutivos almorzando, otros conversando, señoras de pelo lila sacando su tarro de costuras y otras, más refinadas, tomándose un cafecito con pastel dulce mientras trataban de arreglar el país, su vida, la de sus hijas. Finalmente encontró una mesa libre, se sentó y esperó.

Andrés vio cruzar a su hermano frente a él, lo reconoció inmediatamente. Era una mole de músculos con los brazos cubiertos de tatuajes, la mirada oculta tras las gafas oscuras, la dureza en el rostro. Se veía golpeado por la vida. Porque uno aprende, con el pasar del tiempo, a distinguir a esos que les ha tocado luchar para lograr sus sueños y Morgan, el que pasó, se notaba corroído por los días, sin sueños, lleno de vida, pero sin alegría. Se le notaba que algo le faltaba.

Lo siguió a una distancia prudente, acompañó su caminar paso a paso, como un hermano vigilante, como cuando en la infancia se metían a robar gallinas donde el vecino para hacer pollo asado en las noches con los amiguitos de la vereda, sin saber la dureza que ofrecía el animal. Donde Andrés era el campanero que vigilaba que no vinieran los grandes y Lázaro el encargado de convertir, con sigilo, la travesura en comida.

Lo vio indeciso, como cuando no sabía si irse de casa o quedarse a resignar sus sueños en torno a un cuchillo y un montón de cerdos, esta vez sin saber dónde sentarse, y se imaginó el mismo desespero de no saber qué decidir. Sin entender qué pasaba en su entorno, buscando lo mejor para él.

Esperó a que se sentara.

Ahí, en ese momento, cuando Lázaro estuvo por fin tranquilo y sereno, decidió acercarse.

Lázaro alzó la mirada del celular, estaba moviéndose en la infinidad de Instagram, bajando y bajando hasta llegar al infierno; encontró unos ojos que lo miraban fijamente, unos ojos que le escudriñaban las tristezas, que le hacían preguntas que no podía responder. Sonrió como lo hacen los que por primera vez ven a alguien y creen que es el amor de su vida, sintió cómo la garganta se le iba taponando, el corazón se le aceleraba y las piernas le temblaban. Eran ojos que reconocía, que recordaba nubosamente y sabía que habían escudriñado en su vida todas las noches preguntándole por el futuro, unos ojos que se cerraron en el mismo cuarto con él y muchas veces vibraron de alegría a su lado.

Se paró, porque la cortesía dice que quien acudió primero a la cita y espera sentado debe pararse ante el visitante que llega, se paró y no supo qué hacer. Andrés lo miró, sonrió, sintió las lágrimas inundándole los ojos, estiró la mano para saludarlo y se encontró de frente con un abrazo que lo cubrió por completo, que le recordó la infancia, cuando se lastimaba y el primero en consolarlo era ese mismo gesto, esa misma sonrisa, esos mismos ojos. Sintió la sinceridad del encuentro, la felicidad del recuerdo, la verdad del adiós.

—Hermano, no sabés lo lindo que es verte —dijo Andrés cuando estuvieron sentados.

—Es una alegría hermosa, ihermosa! —respondió Lázaro.

—¿Cómo vas? ¿Cómo has estado? ¿Cómo te ha ido? Contame algo —preguntó el policía.

—Yo muy bien. —inició Lázaro—. Feliz, trabajando mucho, estoy metido en el cuento de la seguridad informática, los protocolos nacionales, hago parte del Escuadrón de Defensa Nacional y vivo bien. En Los Balsos, en un apartamentico; estoy saliendo con una chica que después de mucho tiempo me tiene creyendo y confiando en el amor, con las inseguridades y demás cosas que conlleva eso. ¿Y vos? ¿Y mis papás? ¿La finca?

—Yo bien, trabajando, soy coronel de la SIJIN, investigo homicidios y proyectos relacionados con el tráfico de estupefacientes, en fin, todo lo que tenga que ver con criminales cae en mi departamento y lo llevamos hasta las últimas consecuencias —empezó Andrés—. Los viejos están

muy bien, extrañándote cada momento de cada día, preguntándose por qué te fuiste, maldiciendo el día en que apareció en las noticias todo lo que era tuyo y haber tenido que asumir tu muerte, tu ausente muerte, tu desaparición, el dolor de la misma. Siguen en la finca, papá está sembrando, ahora tiene muchachos que le ayudan a cosechar y sigue vendiendo cerdos, esa es su excusa perfecta para volársele los domingos por la mañana a mi mamá, vos sabés. Entonces en eso estamos.

—¿Y estás viviendo en Medellín? ¿Con quién vivís? —insistió Lázaro.

—Vivo aquí, en Medellín, por los lados de Buenos Aires, con mi esposa, que es abogada del Estado, de esas que se le ponen a los recién capturados que no tienen cómo pagarse uno, así como en las películas. Nos conocimos en los juzgados y desde eso hemos estado juntos.

—¿Abogada? No le vaya a dar por separarse —se rió Lázaro.

—No, ni riesgos. Me deja en la calle —dijo bromeando Andrés.

—¿Cada cuánto vas donde los cuchos? —insistió Lázaro.

—Los fines de semana. Agarramos el carro, manejamos con todo lo que conlleva eso, vos sabés que son como siete horas de aquí hasta allá. Y llegamos tardecito, porque nos vamos desde el viernes y volvemos el domingo por la tarde para que a media noche durmamos como bebés por el cansancio para madrugar al otro día. ¿Cuándo quieres venir con nosotros? Llevamos a tu novia, se la presentamos a los viejos y así volvemos a retomar todo lo que perdimos en estos dieciséis años.

—No sabes cuánto quisiera que eso pasara, no te imaginás cómo he soñado cada noche con poder volver, con abrazar a mamá, con que me haga chocolate con arepa al desayuno, con que mi papá me regañe por estar cazando gallinas en las fincas de los vecinos. No sabés el infierno que han sido estos dieciséis años, todo lo que aprendí, todo lo que sufrí, todo lo que hoy en día soy, sufro, hago, las decisiones que he tenido que tomar. A veces me encuentro solo y lloro, siento el miedo de estar solo. Es más, hasta siento miedo de estar con Camila, de verla, de encontrarme con ella en la mañana y que ya no me quiera, siento miedo de que me abrace, de que me dé sorpresas, de todo. Siento miedo de que sexualmente quiera probar otras cosas, tengo miedo de que me haga daño. Porque, al final, en eso se resume esto: en que me hagan daño y en hacerlo yo —dijo Lázaro—. Es a lo que más miedo le tengo, a lo que más le huyo. Por eso no sé si reencontrarme con papá

y mamá, por miedo, porque vivir con miedo es una gonorrea y a la vez es un negocio muy lucrativo, tanto que desde la política nos quieren amancebar con él y hacernos dar cuenta de que somos diferentes y, por eso, tenemos que matarnos. Por eso la guerra no se acaba, por eso la paz, aunque se firme, inquieta tanto. Porque somos un pueblo que necesita de la violencia, que sabe que por las armas se soluciona todo, porque al diferente, a ese que piensa diferente a mí, es mejor callarlo, es mejor violentarlo, es mejor acabarlo. Por eso tengo miedo, porque yo tuve que aprender a conocer cómo era impartir miedo, cómo usarlo a mi favor y, al final, cómo exterminar a quien lo causara, a quien me lo causó y, sobre todo, a aquel que no lo tuviera, para generar un escarmiento, ¡para ser poderoso!

—¿Has hecho daño? —preguntó Andrés.

—Mucho, hermano, mucho. O sea, pero también he salvado a un montón de gente de todo ese daño —respondió Lázaro con el rostro lleno de indignación.

—¿Cómo así? ¿Cómo has hecho ese daño? —insistió Andrés, buscando una confesión.

—Pues, vos sabés, uno metido en el mundo de la guerra, de los militares, ha tenido que ver un montón de cosas que son incontables, además de seguir órdenes en nombre de la patria, donde salvarla es el principal objetivo, donde convertirnos en héroes es el sueño de todos. Yo me convertí en uno y todos los días lucho para seguir siéndolo, para dar lo mejor de mí en todo lo que hago, para salvar a muchos de las atrocidades que produce la guerra. Y no me digás que no, que vos y yo sabemos que cuando uno está ahí metido, del lado del Estado, también le toca coger injustamente a personas y causarles dolor solo por una sospecha, o porque a un superior se le dio la gana.

Andrés calló. En ese momento se hizo un silencio incómodo, de esos que te obligan a cambiar el tema, por eso le preguntó por los barcos, por los piratas, por los sueños cumplidos. Pero el discurso de Lázaro se centró en el pesimismo y volvió a caer en lo mismo, en el miedo, en el terror, parecía herido. Pero, cada que hablaba de su heroísmo, se sentía que una luz de esperanza se visionaba en el final de ese túnel que era su vida, donde la soledad, la tristeza, la oscuridad y el terror

habían reinado, donde el silencio era su mejor compañía y donde el amor nunca había llegado con sus cursilerías, con sus alegrías y con todo lo que podría salvar.

37.

Entrar a la casa fue un descanso para Lázaro. Apenas cruzó el umbral soltó las lágrimas que había contenido durante el tiempo que estuvo con Andrés, cualquier cosa debía mostrar, menos debilidad frente a su hermano menor. Encendió las luces, buscó una *playlist* en Spotify que reflejara esa alegría que sentía, esa tristeza que sentía, esa incertidumbre que representaba enfrentarse de nuevo con su familia, con sus padres. Vinculó el Bose al celular y se metió a bañar.

Todo lo solucionaba con el baño: la redención cuando asesinaba, la tristeza cuando le rompían el corazón, las lágrimas. Tenía una obsesión con la limpieza que creía que las mismas gotas que le fluían de los ojos eran suciedad. Así que debía limpiarlas de la forma más fácil: lavándose el cuerpo.

Cuando estaba en la ducha pensaba en cómo lo irían a recibir sus padres, pensaba en el castigo. El ejército lo había curtido en castigos y le había dejado incrustado el temor a que todo lo que hiciera, todo lo que le pasara, todo lo que lograra, era motivo de otros y él siempre debía ser reprendido. Se odiaba y odiaba esa actitud en él. Sabía que llorar era necesario, que también servía para limpiar el alma, un lugar al que el agua nunca llega. El agua caliente le recorría el cuerpo, sentía cómo lo quemaba y disfrutaba esos pequeños enviones de calor que le electrizaraban un poco y a veces lo hacían lamentarse. La música, de repente, se detuvo.

Se quedó tranquilo, tal vez se había caído el internet, algo de lo más normal del mundo en su casa. Esperó a que volviera y sonara, pero no pasó; igual, tampoco era que quería salir mojado a dejar agua por toda la casa. Si había algo que odiaba del ejército era hacer oficio, coger una trapeadora y limpiarlo todo hasta el cansancio. Eso también le había quedado: nunca limpiaba, contrataba a alguien para que se encargara de eso en su casa. Así que tampoco fue opción.

Terminó de ducharse, abrió la puerta de vidrio, se miró al espejo, como siempre; se sonrió, la vanidad seguía intacta, es más, desde el Ejército aprendió a conservar y admirar su cuerpo, por lo que todos los días hacía el ritual de mirarse y contemplar en lo que se había convertido. Se colgó la toalla, se secó y se fue caminando para la sala a buscar el celular y entender por qué no había vuelto la música.

La sorpresa, que también fue un susto, que terminó convertido en el miedo desatado, lo agarró cuando se encontró a Camila sentada en el mueble principal, con su celular en la mano.

—¡Jueputa, cuántas veces te he dicho que no hagas eso! —dijo.

—Hola mi amor, yo también estoy feliz de verte —respondió Camila.

—Es cierto, perdón, pero recuerda lo que son las sorpresas para mí —dijo Lázaro que se acercó a besarla.

Ella alejó la boca y le puso la mejilla en los labios, era una especie de rechazo que a Lázaro no le gustó.

—No me mire con esos ojos que yo sigo muy enojada —dijo Camila.

—¿Pero por qué? Mira que hoy ha sido un día bonito, me reencontré con mi hermano, ahora tú estás aquí. No me hace falta nada para ser feliz. Solo necesito encontrarme con mis padres y deuda saldada, puedo morir en paz: amando, reencontrándome y redimiéndome.

—Me alegra que te hayas encontrado con tu hermano, pero para redimirte solo puedes hacerlo cuando la justicia esté hecha por completo, cuando confieses tus crímenes, cuando aceptes que fuiste parte de los escuadrones que desaparecieron muchachos en el suroccidente de Antioquia; solo ahí tendrás tu redención —dijo Camila.

—Mi redención ya la tuve, no sabes a cuántos muchachos he salvado para que no sufran el flagelo del Ejército, Cami. Perdoname, si no fuera así no estarías aquí, si no tuvieras ni una pizca de ganas de hacerlo, no estarías aquí. Además, mira que ya cuadré con mi hermano para que vayamos a conocer a mis papás, a visitarlos, a reencontrarme con ellos después de dieciséis años.

Ella sonrió, sabía que no podía enojarse más, además el discurso de

la redención le había gustado. Así que lo besó, lo besó con las ganas que produce extrañar a alguien. Lo besó porque se alegraba de que hubiera encontrado a su hermano y se hubiera visto con él, así que terminó su discurso con dos palabras que lo único que buscaban era darle tranquilidad al hombre del que estaba enamorada.

—Está bien.

Luego de ese beso se miraron, cocinaron juntos y conversaron sobre el encuentro. Lázaro le contó hasta el último detalle, le describió a sus padres, a su hermano, pelo a pelo, poro a poro; le mostró las fotos de Instagram, le hizo un mapa de la casa. Ella sonreía, le alegraba verlo feliz y saberse parte de esa felicidad.

38.

La llegada a Bogotá fue tranquila, aterrizaron en la base de CATAM a las cinco y media de la mañana, en la pista estaba el general Mora esperando a Lázaro para asignarle la misión, dictarle lo que era y, sobre todo, agradecerle su sacrificio y disposición para que la patria siguiera su rumbo recto, alejado de las manos del comunismo.

—Bienvenido, Peláez —le dijo el general.

—Gracias, mi general —respondió Lázaro.

Estrecharon las manos y se fueron caminando hasta llegar a un cuartel donde empezaron las recomendaciones. Le cambiaron el uniforme y le pusieron ropa más juvenil, de diseñador, le compraron unos zapatos que Lázaro sabía que nunca iba a comprar, sobre todo porque tenían unos apliques en plateado que ni de riesgos usaría.

—Listo, Peláez. La cuestión es la siguiente —empezó el general—: resulta que el senador Jorge Márquez es un reconocido representante del gobierno y está por presentar un proyecto que impide que el proceso de paz sea modificado, pero que, además, hará que nosotros, los militares, estemos en el mismo rango que un guerrillero, un paramilitar y un delincuente común. Quiere que nos juzguen igual, cuando todo lo que nosotros hacemos es para defender la integridad, seguridad y soberanía de la patria.

—Sí. ¿Y entonces qué hay que hacer? —dijo Lázaro.

—Pues resulta que, gracias a ese sacrificio que usted hizo la otra vez, se regó la voz de sus capacidades operativas y queremos que acompañe al senador un fin de semana en la ciudad para que satisfaga todas sus necesidades —dijo el general.

—¿Cómo que sus necesidades? ¿Qué necesita el senador? —preguntó Lázaro.

—Pues, usted sabe —dijo el general.

—No, la verdad no sé —dijo Lázaro.

—Las mismas necesidades que tenía el coronel González, que tenía el sargento Hernández. Esas que usted les sació. Esas que tenemos nosotros los militares en este encierro —siguió Mora.

—No, mi general, en serio que yo no me le voy a medir a hacer eso, usted no sabe lo traumático que ha sido para mí todo eso, es más, apenas hace ocho días me quitaron los puntos —dijo Lázaro.

—Mejor —insistió el general—, porque el senador va a estrenar. Además, no se lo estoy pidiendo, se lo estoy ordenando. Y pues, cuando no cumplen las órdenes vienen los castigos y creo que usted es un muy buen soldado que no vale la pena castigar.

—Pero, mi general, ¿En serio quiere que vaya y me deje comer de un senador? —dijo Lázaro.

—No, vas a cumplir una misión y vas a conocer a fondo al senador, pero sobre todo, a conocer a fondo ese proyecto, porque lo que necesitamos es que saques una copia del mismo y nos la traigas, para así nosotros tener una copia, estudiarla y poner a trabajar a los senadores que defienden a los militares y al Ejército Nacional.

—Está bien, todo sea por la patria y por el Ejército Nacional —dijo Lázaro.

—Además, vas a tener un muy buen pago y, si lo hacés bien, te podemos asignar más misiones donde te demos dinero extra —dijo el general.

Lázaro empezó a analizar los pros y los contras. Tenía miedo de volver a sentir daño, de que lo volvieran a castigar y de que el senador tuviera algún gusto raro en la cama. Pero se tranquilizó cuando comparó y se dijo a sí mismo que nada podría igualar el incidente con la pala. Es más, al recordarlo le volvieron las ganas de vomitar. Algo que sí le había generado inquietud era el pago, porque no sabía cuánto era, pero tratándose de un senador podría ser un muy buen botín que podría empezar a ahorrar para así hacerse a una casa, porque ya su deseo de un barco había sido desechado. Ya necesitaba era un cuartel donde pudiera preparar todas las venganzas que tenía que hacer. Sobre todo ahora, que sabía que el sargento y el coronel habían regado la voz de lo sucedido, pero contándolo desde otra perspectiva, no la de la violencia, sino la de la arriesgada y satisfactoria situación.

Lo subieron en una camioneta con los vidrios polarizados, lo sacaron de la base y empezó a mirar por la ventana. Bogotá era más grande que lo poco que conocía de Medellín, más fría, más gris. Pero tenía algo que le gustaba, tal vez el caos que se veía, o la cantidad de gente que la habitaba. A donde mirara había un edificio, a donde mirara se veía el horizonte, con los cerros a un lado y la inmensidad del cielo cubriéndolos. Era como una cobija azul que llenaba todo. El frío, así estuviera haciendo sol, eso también le gustaba, porque estaba aprendiendo a odiar el calor, sobre todo porque le recordaba la noche en que lo mandaron a enfermería por última vez.

Cuando iban rumbo a donde tenían la cita con el senador, una llamada entró al teléfono del general Mora, era del batallón de Lázaro.

—Aló —respondió el general—. Sí, sí, ¿cómo? Pero ustedes me van a sacar canas, sargento. Ese batallón como que se le está saliendo de las manos. No, no me diga nada más. ¿¡Qué!?! —Se exaltó—. ¿Y ahora qué vamos a hacer? Llame a la mamá de ese muchacho y que vaya y lo recoja, además encarguémonos de que no salga la noticia en ninguna parte e indemnícemos esa familia, ofrezcámosles la ayuda que necesiten, tanto psicológica como médica, y listo. Todos felices.

El general colgó, soltó un suspiro profundo, resignado, como adolorido.

—¿Qué pasó, mi general? —preguntó Lázaro.

—Nada, Peláez. Que en su batallón hoy amaneció un soldado con el cuerpo desconectado de la cabeza. Como si hubiera quedado inválido. Que no puede mover el cuerpo, tiene todo desconectado. Sólo puede mover la cabeza. Quién sabe qué le pasó, dicen que tiene una herida en el cuello, pero para saber quién la hizo. Sigamos en lo de nosotros mejor.

Lázaro sonrió, el plan le había salido a la perfección, nadie sospechaba de él. Había hecho todo tan bien, había escondido el punzón tan bien y había puesto en práctica todo lo aprendido de forma tal que a nadie se

le cruzaba, en el momento, la idea de que fuera suyo tal hecho. Sonrió porque le alegraba saberse tranquilo, porque estaba seguro de que, al volver, todos lo respetarían y le temerían. Había empezado a usar el miedo y el temor a su favor, lo más complejo de todo era que le gustaba.

39.

Aparte de reencontrarse con su hermano, de dejar que el corazón sintiera todo lo que sintió, Andrés cargaba con una responsabilidad más grande al estar frente a frente con Lázaro compartiendo experiencias y hablando de todo este tiempo separados: debía sacar información que le ayudara a esclarecer los hechos de los muchachos asesinados. Por ahora la información que había conseguido le dio un camino que podría seguir, un camino que le contaría su prontuario y terminaría doliéndole más.

Tenía en sus manos un disco duro que contenía un listado de jóvenes que habían muerto en Colombia por envenenamiento en el último año, lo abrió en su computador y empezó a hacer un filtro que lo llevara a encontrar indicios de su familia; ya tenía claro, más o menos, cuál era el método usado, cuáles los venenos y las edades de sus víctimas. Lo primero que hizo fue un filtro de edad, donde solo dejaba los que estaban entre los diecisiete y los veinte años, luego descartó todos los que tenían a su lado, en la casilla que hablaba de la causa de muerte, la palabra matarratas. Ahí se cercioraba de que no era su hermano. Entonces respiraba porque así la lista se hacía más corta, pasaban de ser dos mil a ser solo doscientos. Sí, el número es terrorífico, pero pensando como habitante de esta tierra llena de justificadores de la muerte, no son tantos; aquí lo que asusta es cuando son de mil para arriba, entonces un número tan pequeño no significaría nada para nadie, excepto para él y su familia, pues se darían cuenta de esa estela que había dejado su ser querido. El caso es que le trajo tranquilidad a su ser, le dijo que su hermano no era tan animal como creía. Pero igual se alarmó.

Luego buscó los que coincidieran toxicológicamente, los mismos venenos y varios más especializados, que reflejaran ese actuar; la lista se redujo a ciento veinte. Finalmente, terminó con un filtro de región, sólo dejó la zona antioqueña: Antioquia, Quindío, Caldas, Risaralda. La

lista terminó siendo de solo setenta muchachos.

Era un número grande, era un número doloroso. Cargar con setenta muertos es más pesado que llevar un bolso a un viaje sin regreso. Es más, posiblemente, de ese viaje Lázaro no regresaría, porque apenas pruebas sangre, solo pides más. Eso le habían enseñado en la Escuela de Policía, eso mismo le dijo su padre cuando le enseñó a matar cerdos, eso mismo quiso evitar él y por eso se metió a la SIJIN, que generalmente llega cuando ya todo pasó, cuando la sangre corre por el piso y no hay que hacerla brotar, no hay que enfrentarse a los malos, ni temer por el fin de la vida.

La intranquilidad empezó a agobiarlo. Empezó a memorizar los nombres de cada uno de los muchachos que aparecían en esa lista, acudiendo a su causa de muerte, a los síntomas de cada veneno, a imaginar los dolores y la agonía. Aunque muchos dijeran que causaban muerte inmediata, Andrés solo podía pensar en esos segundos o minutos finales, cuando dicen que la vida pasa entera frente a uno y le dice que todo está bien, que fue bonito, que menos mal se disfrutaron todos los momentos. Se preguntaba si habían tenido borracheras, si habían probado la marihuana, si habían bailado reguetón contra la pared con la niña que les gustaba, si habían probado el elixir del amor producido por noches enteras de sexo desenfrenado, si habían sido buenos hijos, si sus padres los extrañaban, si habían hecho el bien, si estudiaban.

Todas esas preguntas sin respuestas que se le ocurrían, que se imaginaba, lo llevaron a varias palabras que dijo Lázaro, dos de ellas muy dicientes: dañar y salvar.

Tal vez dañar era a lo que más le temía y se veía reflejado en cada uno de sus comentarios, es más, podría asegurar que, cuando lo mezclaba con salvar, se hacía a una idea de que había sustituido la palabra en su interior, para sentirse redentor, poderoso y así redimirse a sí mismo, entender que no estaba haciendo el mal, sino que estaba ayudando a todos esos muchachos a que no les pasara todo lo que les había pasado,

por eso hablaba tanto de ellas. Para Andrés, que llevaba ya cerca de seis años en este escuadrón y había conocido a un montón de psicólogos clínicos y criminales, esta era una primera muestra de psicopatía. El psicópata no entiende nunca que está cometiendo un crimen, que está violando una ley. Siempre cree que lo que está haciendo está bien.

Luego volvió a detenerse en eso de ser parte de la guerra. Si era informático, por qué hablaba tanto de ella. ¿Había tenido que librar batallas contra otros *hackers*? ¿Sabía algo sobre finanzas, ciberguerra y demás que nadie más supiera? Pensó que si trabajaba para el Ministerio de Defensa, tranquilamente podía encontrar un registro en alguna de las bases de datos que ofrecía para tener el control sobre cada uno de los ciudadanos que, de una u otra forma, le servían a la patria.

Abrió la web de Defensa, esa en la que revisaban los antecedentes de cada ciudadano del país, empezó a teclear el nombre de su hermano y dejó que los resultados lo sorprendieran.

Encontró que Lázaro no solo formaba parte del Escuadrón de Seguridad Informática del Ministerio de Defensa, sino que también servía como *hacker* blanco para diferentes bancos, con los cuales tenía una relación laboral estrecha y consolidada desde hacía cinco años. Además, descubrió que entre las cosas que tenía estaban: un apartamento a su nombre, dos carros, orden para poseer dos armas en casa, una de largo y otra de corto alcance, una finca en el oriente antioqueño y otra más en el occidente. A eso le agregó una larga carrera llena de condecoraciones y felicitaciones en el Ejército Nacional, de donde salió pensionado por traumas de guerra, en los que destacaban la psicología como causante de su retiro luego de diez años de servicio. Pero lo que más le sorprendió y, posiblemente, lo que más le dolió a Andrés Peláez encontrar, fue el prontuario judicial que arrastraba su hermano a sus espaldas. Una lista larga de nombres, más larga que la de los muchachos, en la que se destacaban el general Gabriel González, el sargento José David Hernández y el senador Guillermo Gómez. Todos muertos durante su estadía en el Ejército y en los cuales el principal sospechoso era él.

Al final encontraba que de todos esos nombres, de todos esos juicios había salido absuelto por falta de pruebas, por inocencia y porque la justicia militar no entendía cómo iba a poder matar a alguien estando en una ciudad diferente a la del muerto el día en que este caía.

Por eso limpiaba su nombre, pero, en este caso, se ensuciaba más, ya que para Andrés era muestra de que, desde muy joven, Lázaro había empezado a delinquir y experimentar con tóxicos que llevaran a sus víctimas a la muerte. No sabía ahí si sorprenderse, asquearse o cortar toda relación con él.

40.

Las mañanas de Lázaro durante esa semana fueron distintas. Casi todas estuvieron llenas de sueños blancos donde regresaba, se reencontraba con sus padres y volvía a la rutina de los domingos sacando los cerdos a pasear por la vereda para terminar vendiéndolos en el pueblo. Pero el viernes, día en el que iba a emprender el viaje con Camila, Andrés y su esposa, las pesadillas volvieron como vuelven los amores más tenebrosos.

Contar los sueños es fácil, para Lázaro recordarlos era un dolor de cabeza de nuevo. Esa pesadilla narró su regreso, pero de una manera distinta: se encontró con un camino largo y empedrado; hasta ahí, todo normal a lo que se debía encontrar en realidad. Pero este, en vez de tener agua limpia y pura, brotada del manantial, corriéndole a ambos lados de la vía, llevaba sangre y fuego.

La sangre corría a su mano derecha, el fuego a su costado izquierdo. Ambas se juntaban cuando estaban cerca de los pies de Lázaro. Él caminaba, caminaba con un solo rumbo: el reencuentro. Cuando iba caminando, encontraba que la tierra y el musgo del que brotaba la sangre, eran cabezas y cabello humanos; en este caso era más terrorífico, porque cada cabeza estaba de frente a él, mirándolo y representaba a cada uno de los muertos que, desde la venganza, había ultimado.

El fuego, el fuego era simplemente alimentado por palos y balas, se había prendido para demostrarle que, aunque ya no lo usara para cometer sus fechorías, aún estaba ahí, con el fin de enseñarle que estaba por limpiarse el alma por fin, o tal vez de decirle que estaba ardiendo en su interior con el fin de buscarlo y quemarlo para siempre.

El sueño seguía con su caminar y, mientras Lázaro se iba a acercando a su casa, se iba encontrando muertos a los vecinos de la vereda, a los muchachos que convirtió en guerrilleros para ganarse un día libre,

a los padres que ultimó para que hicieran silencio, a las casas que visitó en las noches con la intención de ser terror, sangre y muerte, pero, sobre todo, de poder ser héroe, el que más guerrilleros mataba, al que condecoraran.

Ahí, cuando estuvo en la casa más cercana a la de sus padres, se empezó a prender fuego el campo y con el campo, a su cabeza. Lázaro sudaba y sabía que no podía terminar nada bien eso que le estaba pasando. Le ardía la frente, sudaba, corría a toda velocidad. Menos mal estaba entrenado para eso porque, de no ser así, ese trayecto se le habría hecho eterno. Sorteó las llamas, sorteó la sangre, siempre fue precavido de no ir a resbalarse. Cuando estuvo a punto de caer, se miró los pies y se encontró vestido de militar de nuevo, con sus botas negras bien lustradas y su pantalón camuflado. Corrió a campo abierto por una finca que conocía como la palma de su mano, corrió hasta que las piernas dijeron no más, la casa se fue haciendo más pequeña, más pequeña, más pequeña.

Cuando llegó frente a ella, cuando el umbral dejaba escapar un olor a chocolate con arepas calientes, se topó con el coronel González y el sargento Hernández, sus tormentos del Ejército.

—¿Para dónde va, Peláez? —preguntó el sargento.

Lázaro intentó hablar pero no pudo, tenía la boca sellada con una cinta negra.

—¿Está buscando a los cuchos, Peláez? —preguntó el coronel.

Lázaro volvió a intentar musitar alguna palabra, pero no podía. Se quitó la cinta negra y bajo ella tenía una cinta plateada.

—Se los presento —dijo Galvis, que salía del interior de la casa, que en este caso ya solo le llegaba a los tobillos a Lázaro.

En las manos de Galvis, con la misma sonrisa con la que lo vio muchas veces hacerle daño en el ejército, traía la cabeza de su padre y

la de su madre, ambas cercenadas por el cuello, separadas del cuerpo, sangrando, siendo las principales causantes del río y las dictadoras del caudal que debía seguir cada gota que quisiera llegar abajo. Lázaro lo miró a los ojos, se quitó la cinta plateada y se encontró con la boca sellada, como pegada con pega loca, quería gritar y no podía. Entonces ahí, en ese momento, con el desespero de sentir que sus padres habían muerto, que habían sido víctimas de sus superiores, agarró el punzón y cuando fue a sacarles los ojos a los causantes de su tristeza, se los entregó mansamente.

—Gracias, Peláez. Usted siempre tan servicial —le respondió el coronel.

Lázaro soltó el punzón en las manos del coronel y vio cómo en la lista de guerrilleros, con ese mismo punzón anotaban el nombre de su papá y el de su mamá, ambos reconocidos como cabecillas de la guerrilla del ELN, aunque él sabía que allá no habían guerrilleros, porque incluso, cuando fue él quien perpetró el terror, no los había y, aún así, crearon el imaginario de que habían acabado con una columna móvil inexistente en esa zona de Urrao que siempre fue tan controlada por los paramilitares.

Ahí, solo ahí, cuando vio que sus padres estaban muertos en manos de sus compañeros, que habían sido puestos en la lista, que además Galvis iba a recibir premios por matarlos, entendió que, por más que gritara, el sello en la boca no lo iba a dejar hacerlo bien.

Se despertó gritando, alterado, sudando.

Camila se despertó a su lado, lo abrazó. Quiso consolarlo con el abrazo del somnoliento a ver si así podía tranquilizarlo y que conciliara de nuevo el sueño. Lázaro no fue capaz, se paró de la cama y se fue a la sala de la casa a sentarse, a mirar el vacío blanco frente al sofá. El dolor que los muertos le trajeron era parecido al que le causaron cuando estaban vivos. Por eso le dolió, porque volvieron con toda la carga de odio y terror que creía haberse quitado de encima.

Hizo café, trató de calmar sus alucinaciones. Fue al cuarto de trabajo, buscó su lista de muertos y allí los encontró: Galvis, González y Hernández. Se recordó que habían sido los primeros, que no podían volver y que, aunque su imaginación se encargara de rememorarlos, nadie más los iba a recordar.

41.

El Hotel Tequendama, en la veintiséis, ahí, donde por primera vez en años se escuchó la frase Suite Presidencial, donde sí se quedaban presidentes, fue la sede del encuentro.

—Usted entra a la recepción, pregunta por el senador Jorge Márquez y ahí lo llevan —le dijo el general a Lázaro.

—Está bien —respondió el soldado.

—Acuérdese pues mijito de lo que tiene que hacer, de la verdadera misión —dijo el general Mora, cerrando las puertas de la camioneta y emprendiendo la huida.

Lázaro sintió el frío en los brazos, la ciudad estaba entregándole toda su brisa y él disfrutaba cada momento. Miraba hacia arriba, los edificios altos lo deslumbraban. En el pueblo el más grande tenía cuatro pisos y, ahí donde estaba parado, el hotel nada más tenía treinta. Al frente se alcanzaba a divisar la punta de la Torre Colpatria, que se erige para vigilar a toda la capital y ofrecer una panorámica espectacular.

Con ese mismo frío entró en el hotel, un botones se le acercó.

—Bienvenido al Hotel Tequendama, ¿en qué puedo colaborarle? —le dijo.

—Buenas, sí. Vengo buscando al senador Jorge Márquez —respondió Lázaro.

—Acompáñeme —respondió el botones.

Lázaro siguió al botones, estaba deslumbrado con los acabados en madera de esa sala donde estaba parado. Siguió hasta el fondo y llegó a la recepción, un cubo empotrado en mármol era el sinónimo más grande de la opulencia que allí se respiraba.

—El señor viene buscando al senador Márquez —dijo el botones.

—Sí, claro —respondió una chica armada de un micrófono pegado a una diadema—. ¿Quién lo busca?

—Mi nombre es Lázaro Peláez, vengo de parte del general Arturo Mora —respondió el muchacho, que seguía sorprendido por la calidad del lugar. Nunca había estado en algo así. Pero no sería la última vez que lo hiciera.

La muchacha tecleó en el teléfono, dijo dos frases cuando le contestaron y, al finalizar, se despidió con un “sí, señor” tan sonoro, que Lázaro sintió que esa aceptación iba a ser también su sentencia a obedecer.

—Llévelo a la presidencial del senador —le dijo al Botones.

El botones hizo un ademán con su mano para que lo siguiera y Lázaro, lleno de curiosidad, lo acompañó hasta el ascensor. Allí entraron y subieron treinta pisos. El muchacho nunca había estado en un lugar tan alto, a excepción de las montañas del pueblo, aunque esas no ofrecían caídas libres como las que representaría el balcón de ese edificio.

Cuando llegaron, se encontraron con una escolta de dos hombres parados en la puerta.

—Viene para donde el senador —dijo el Botones.

Los escoltas le abrieron la puerta, lo dejaron pasar y cerraron a la espalda de Lázaro.

—Peláez, bienvenido —dijo el senador mientras iba y lo abrazaba—. ¿Quiere tomar algo?

—Agüita está bien, senador —respondió el muchacho, lleno de timidez.

—¿Cómo me lo ha tratado la capital? —preguntó el senador.

—Muy fría, muy bonita, con edificios muy grandes —respondió Lázaro.

—Tranquilo que ahoritica se le va a quitar el frío —dijo el senador,

intentando coquetear.

Lázaro sentía cómo se le revolvió el estómago. El senador lo invitó a tomar asiento, a que estuvieran más cómodos.

—Esta pieza es muy grande —dijo Lázaro.

—Es como un apartamento —respondió Márquez.

—¿Hace cuánto vive aquí? ¿No es muy maluco vivir en un hotel? —preguntó de nuevo el muchacho.

—No, yo no vivo aquí. Esto es un pequeño lujito que me doy. Así como tú —respondió el senador, al tiempo que se saboreaba—; pero, cuéntame: ¿Hace cuánto estás en el Ejército? ¿Qué tal es estar ahí? ¿Sí es tan difícil como dicen?

—Es difícil, es cruel, es doloroso, usted no se imagina lo que le hacen a uno allá. Yo llevo como cuatro meses y he sufrido de todo. Me han pegado, me han despertado con agua fría, me he enfermado, he estado más de mes y medio en enfermería, tengo cicatrices que no se van a borrar nunca, he vivido los sentimientos más profundos y dolorosos de la vida. Mis dolores no van a irse tan fácilmente y hasta venganzas por cumplir hay en mi corazón —dijo Lázaro.

—Pero tranquilo, ya estoy yo para cuidarlo —le dijo el senador, acercándose, besándole el cuello.

Lázaro sintió un cosquilleo que se convirtió en asco, no quería que otro hombre lo besara, extrañaba a Mariana, la única persona que lo había besado, que había dejado su sinceridad en sus manos, que había descargado sus pasiones y acabado sus prisiones. Hoy sentía el encierro de ser víctima de alguien más, una víctima más en un país donde contarlas se ha hecho imposible, donde todos somos víctimas, que hicimos del dolor nuestro opio, de la violencia algo más normal que caminar, de la injusticia la perfecta manera de escalar en el mundo, de lograr algo y ser exitoso. Se sentía víctima de sus superiores, del Estado, de todo. Pero accedió por la patria, por la información, porque el honor era lo único que no podía quebrantarse.

Empezó a acariciar al senador con las manos temblorosas, con el

miedo que produce el encuentro con un desconocido, el estómago le vibraba y le hacía sentir unas mariposas que no eran las mismas que había sentido cuando Mariana había acariciado su cuerpo.

—¿Es tu primera vez? —le preguntó el senador.

—Con un senador, sí —dijo Lázaro, sintiendo cómo su cuerpo se iba desprendiendo de la ropa en las manos de Márquez.

El senador se rió, pero siguió en lo suyo: quitándole la ropa al muchacho y encontrándose una a una las cicatrices que el Ejército le había dejado en el cuerpo: heridas de las palas, de los palos, del trajinar que demandaba la vigilia de la ciudad. Tenía ampollas en los pies, en las manos. Sentía el tembloroso cuerpo del muchacho, un tembloroso cuerpo que con cada beso, con cada abrazo y con cada suspiro iba adentrándose en el mundo de la excitación.

—A mí no me gusta penetrar a nadie —dijo el senador—. Mi esposa es muy celosa, así que te va a tocar hacerme los honores. Tengo de todo: lubricantes, consoladores, condones, todo lo que necesites para hacerme tuyo.

—Está bien —respondió Lázaro, que en ese punto sentía una erección, pero una erección tímida, blanda, flácida, como que el pene no quería responder y él tenía una misión que cumplir.

El senador se fue quitando la ropa, ya el muchacho estaba desnudo.

Tenía toda la facha de la corrupción encima: una sonrisa imborrable, una camisa blanca, una corbata roja, un pantalón de diseñador. Una a una fueron cayendo esas prendas, fueron cayendo y adornando el suelo de una suite presidencial que no era un lujo para él, era más una válvula de escape de su familia, de su día a día, de sus máscaras.

Notó que a Lázaro no le respondía nada, no lo besaba, no lo acariciaba, sabía el miedo que estaba en el interior del militar, empezó a acercar su boca al sexo del muchacho, sabiéndolo flácido y temeroso, tímido. Lo succionó hasta el cansancio, hasta que la sangre empezó a bombearse

más fuerte, hasta que sintió cómo la dureza apareció.

Lázaro lo hizo, con asco, con tristeza, con dolor. No quería ser él quien estuviera ahí, no quería representar la corrupción, no quería ser el primero de esa cadena, de ese experimento que sus superiores se habían inventado. No quería, no quería y no quería. En un punto, cuando acabó, cuando el senador gritaba, cuando el senador acabó, cuando el mismo Lázaro acabó, corrió al baño y vomitó.

Vomitó porque le dolía, porque su cuerpo no podía ser el primero en una lista que venía después, de muchachos abusados, de muchachos vendidos, de muchachos que fueron parte de un caso de injusticia mientras estaban parados en cualquier parque, un caso representado con un camión y unos militares con una tabla donde anotaban nombres con los que iban llenando planillas y contenedores con material de guerra, con humanos que terminarían metidos en una caja sellada, con una bandera encima, con la idea de tener que cumplir algo con el país para poder trabajar, trabajando como guerreros y muriendo con un montón de sueños que no pudieron cumplir porque eran muchachos de menos de veinte años, empezando a vivir y por los que decidieron algunos hombres que se ensañaron con que el mejor alimento para la hombría, para la juventud, eran las balas de un fusil.

Ese fin de semana cogió al senador unas seis veces. Desde el viernes hasta el domingo. Comió en los mejores restaurantes, fue transportado para todos lados por los escoltas de Márquez.

Cuando volvió a la base en Bogotá, se encontró con la sorpresa de que el general Mora lo acompañó a abrir una cuenta en el banco y, apenas la tuvo abierta, recibió sus primeros cuatro millones de pesos, su primer pago por algo que le asqueaba, pero que le cambiaría la vida. Entendió en ese momento que acompañar al senador y a muchos personajes más de la vida política del país le iba a representar un futuro lleno de plata. Lo entendió y suspiró. Se sacrificó. Se convirtió en la pareja de Márquez durante más de tres años y lo visitaba una vez al mes. Un fin de semana al mes. Pero también visitó senadoras,

ministros, ministras, concejales, altos militares del Ejército. Se convirtió en la base de una extensa red de prostitución de soldados jóvenes a los cuales les hacían un ritual de iniciación y después del cual los obligaban a cumplir un montón de falsas misiones; les vendían la idea de cumplirlas y al final, en realidad, la única misión que tenían era llenar los bolsillos de militares superiores que encontraron en esta red un sustento extra para sus sueldos, sobre todo porque temían que con la paz se les iba a acabar el trabajo, pues creían que con ella el Ejército iba a morir.

42.

Con toda la información que había recopilado en torno a su hermano, Andrés Peláez ya tenía material suficiente para esclarecer todas las sospechas que acumulaba en su interior, dictar una orden de captura y, finalmente, hacer justicia para su familia, para las familias de los muchachos desaparecidos y para el país.

Con la lista en la mano, la tristeza en el corazón y la alegría de hacer bien su trabajo, la ambigüedad de saberse el verdugo de la libertad de Lázaro lo conmovía, pero eso era pequeño al lado de lo que significaba decir la verdad, siempre sus padres le habían inculcado eso, por encima de todo, por encima de su familia incluso. Lo fundamental en la vida era la verdad, aunque era una práctica que en Colombia no se aplicaba, porque decir la verdad siempre ha traído consigo sangre, encierro, rechazo; en su caso le había traído traslados, silencios, amenazas y pérdidas de amigos. Esta vez representaría perder a un hermano que acababa de recuperar, perder lo que más quería, su héroe de infancia, el hombre con el que soñó la vida entera. Aunque ya lo había perdido una vez, perderlo una segunda podría ser menos traumático, sobre todo porque una cosa es saber un familiar muerto y otra muy distinta, saberlo perdido. Porque eso era lo que sentía: que su hermano estaba perdido en un mundo de fantasía en el que era héroe y, por eso, no asumía como malos todos los crímenes que había cometido; porque, después de todo, al parecer tenía una tendencia psicopática.

De todas formas, y pese a que estaba haciendo lo correcto, mientras redactaba el informe que daba aviso a la Fiscalía, a la Policía y a la misma SIJIN de los crímenes que había cometido su hermano, Andrés lloraba. Lloraba porque le dolían las familias que habían perdido a sus miembros en manos de Lázaro, lloraba porque no sabía cómo iba a hacer para hacer clic en el botón “enviar” cuando terminara de redactarlo. Lloraba, lloraba mucho. Pero no solamente lloraba por los demás, lloraba por él mismo, por no haber hecho algo antes, cuando

empezaron a aparecer jóvenes muertos en el área metropolitana del Valle de Aburrá y la tendencia a que murieran envenenados no le pareció extraña. Lloraba porque creía que podía haber evitado todo lo ocurrido a su hermano; es más, estaba convencido de que, si hubiera hecho bien su trabajo, habría podido encontrar a Lázaro previo a que se convirtiera en asesino y pudiera cometer fechorías. Lloraba porque sentía que si hubiera hecho bien su trabajo habría encontrado a su hermano, este se encontraría en casa de sus padres haciendo el bien y ayudándoles con las labores de la finca, como siempre, como querían desde pequeños.

Hizo clic, con eso sentenció a su hermano a la cárcel, a ser capturado, a pudrirse allí, aunque desconfiaba de la justicia en Colombia, aún más si su hermano formaba parte de las Fuerzas Militares, de la Defensa Nacional, de los escuadrones que defendían al país: porque eso le daba un blindaje especial, sobre todo porque nunca pasó en el Congreso el proyecto de ley que buscaba que a los militares los juzgaran con la justicia ordinaria, pues el senador Márquez, que era su principal ponente, de un momento a otro había retirado su apoyo y había dejado, incluso, su curul en el Senado.

Algunos alegaban que el Senador se había enamorado, otros que se había hartado de la política y los más arriesgados, que también fueron de los primeros en caer muertos por atreverse, simplemente dijeron que había sido el Ejército mismo el que había comprado el silencio de Márquez a cambio de dinero, protección y hasta favores sexuales. Pero era solo un chisme de pasillo, que hoy indignaba a Andrés, pero también lo alegraba, pues no iba a perder a su hermano del todo, ni iba a verlo mientras le llegaba la vejez encerrado en tres paredes y una reja.

Descansó, llamó a Lázaro. Lo presionó para que fueran a visitar a sus padres, sabía que, más temprano que tarde, iba a empezar a ser buscado y fácilmente podría ser capturado, así que quería que fueran lo más pronto posible a reencontrarse en familia, antes de que tuviera que volver a desaparecer.

43.

El viernes llegó con la mayor celeridad posible, como con ganas de que Lázaro lograra reencontrarse con su familia antes de ser sentenciado. Como si, además, el destino mismo quisiera que Andrés cumpliera la misión de encontrar a su hermano.

Lázaro sentía los mismos nervios que sintió cada que veía a Mariana cuando vivió en casa de Alberto, los mismos nervios que sintió cada que miraba a Camila a los ojos, los mismos nervios que sintió cuando fue a Bogotá por primera vez para encontrarse con el senador Márquez y cumplir su misión.

Camila lo acompañó todo el día, estuvo a su lado en casa sin moverse, iba a ser el viaje más importante de la vida de su novio, porque habían decidido ponerle nombre a esa relación que los tenía de un lado para otro desde hacía seis meses. Porque querían verse serios delante de los padres de Lázaro, porque para ella era muy importante conocer a la familia del hombre que se le había robado el corazón.

A las siete de la noche estuvieron parados en el paradero de Easy de la Cuatro Sur, llevaban unas maletas llenas de recuerdos, más que de ropa. Lázaro sentía cómo el corazón se le quería salir, cómo el estómago era una fiesta.

Andrés apareció diez minutos después, se excusó por llegar tarde y les ayudó a subir las maletas en el carro. Tenía una camioneta Chevrolet Captiva, apenas para la inhóspita carretera que se abría camino desde Urrao hasta la vereda donde vivían sus padres.

—Les presento a Carolina, mi esposa —dijo Andrés.

—Ella es Camila —dijo Lázaro.

Intercambiaron abrazos y manos estrechadas, se subieron entre

risas y emprendieron camino. Si tenían suerte, estarían llegando a casa de sus padres alrededor de la media noche. Comerían en la carretera, a la altura de Camilo C, donde los restaurantes abundan a lado y lado de la calle, con una oferta gastronómica variada y llena de tradición familiar que se hereda a las generaciones siguientes, con sazones que evidenciaban más amor que compromiso a la hora de cocinar.

En el carro sonaban vallenatos y risas estridentes. Andrés y Lázaro contaban historias de su infancia, de todo lo que habían vivido. De las veces que se escondieron en los matorrales para no comer sopa de guineo, de las gallinas que robaban, de los cerdos que vendían, de la caña brava que usaban para hacer cometas y elevarlas en agosto cuando los vientos bajaban por el cañón del río y se llevaban con ellos todo lo que se les atravesara. Es más, contaron entre risas la historia del vecino al que el viento se le llevó las tejas y salió corriendo por la vereda persiguiéndolas, procurando que el sombrero no se le escapara con ellas.

Camila y Carolina acompañaban esas anécdotas con sus risas y con muchas preguntas sobre los castigos, sobre el colegio, sobre cómo era vivir en la vereda. Ellas, que habían nacido en la ciudad, no comprendían la vida del campo de dos niños, pero la anhelaban. Posiblemente tendrían la tranquilidad y la inocencia que la urbe le arranca a los jóvenes que siempre son víctimas de ella misma, que les cierra las puertas a la cultura porque son menores de edad, que los persigue para robarlos, que la oportunidad que les brinda, a veces, está atornillada a una esquina donde pasa de todo y no pasa nada, donde el futuro a veces está tras un arma y subidos en una moto Yamaha DT.

—No, pero no todo es tan así —les dijo Lázaro—. En el pueblo también usted tiene dos opciones, o se dedica a lo que produce el pueblo: minería, agricultura, ganadería u otra actividad productiva; o se va para el Ejército y hace lo imposible por ser un héroe de la patria que pelee la guerra y que, si sobrevive, puede representar el orgullo de la familia y sacarla de las necesidades que el campo, cada vez más abandonado, tiene. Entonces sí, tuvimos una infancia muy bonita, pero

en ella, donde las travesuras no faltaron, los sueños siempre eran los mismos: salir de ahí, tener un trabajo decente, sacar a los padres del campo y llegar a la ciudad para tener la vida que, tal vez, hoy tenemos.

Esas respuestas de Lázaro, donde mezclaba el pesimismo con un discurso de héroes y tristeza, donde hablaba del Ejército y lo que causaba, donde la muerte siempre aparecía y se convertía en protagonista, le daba indicios a Andrés de un sentimiento profundo en el interior de su hermano hacia las fuerzas del Estado, un sentimiento que evidenciaba un dolor propio, como si algo le hubiera pasado allí.

—Ahora que mencionás lo de las dos opciones, ¿cómo fue que terminaste en el Ejército vos? —preguntó Camila dirigiéndose a Lázaro.

—¿Quieres hablar de eso aquí, en este momento? —preguntó Lázaro.

—Sí, contanos cómo terminaste en el Ejército —insistió Carolina.

—Bueno. Pero no se vayan a escandalizar, porque fue duro —respondió el implicado en la historia.

Andrés aprovecharía eso para encontrar información que le ofreciera esclarecer aún más sus indicios. Aunque ya había enviado la solicitud para que dictaran orden de captura contra su hermano, este paseo podría brindarle información.

—Resulta que cuando salí de la casa, me recogió un camión de un señor todo raro, el camión era brutal, como azul, con un barco morado pintado en el contenedor. Resulta que lo había pintado en honor a El Rencor Violeta —dijo Lázaro.

—¡Uy, como el del cuento! —dijo Andrés.

—Sí, como el del cuento. Y pues, el camionero era todo raro, el día que me recogió estaba toda buena gente, pero al otro día cambió todo, como que se enloqueció. Empezó a preguntarme que yo quién era, que qué hacía en el carro, que me bajara y me atacó, menos mal tenía la punta que me regaló papá para chuzar marranos y se la puse en el cuello varias veces hasta que cayó y lo tiré al Cauca.

—¿Mataste a alguien? —preguntó Andrés.

—Pero fue en defensa propia. No me vas a encanar, ni a juzgar, que

si no lo hubiera hecho, seguro no estaría aquí contando la historia — dijo Lázaro.

—Bueno, bueno, no peleen —se interpuso Carolina—, dejá que cuente la historia.

—Sí, dejalo que la cuente —intervino Camila.

—Bueno, siguiendo. Resulta que, apenas se fue al río, yo solo cogí un GPS que tenía él ahí para guiarse y llegar a donde fuera que tuviera que llegar, dizque con la intención de venderlo por un montón de plata para vivir. Y eché a caminar por toda esa carretera con la mochila al hombro y la adrenalina a toda. La pelea fue ahí en Bolombolo, entonces cogí esa vía para Camilo C como quien no tiene un mañana, a tratar de llegar a Medellín que era dizque la ciudad más cerquita de donde estaba. Caminé como cinco horas en la noche hasta que me quedé dormido. Al otro día, yo no sé, ese sol estaba pegando cada vez más duro. De repente me encontré un restaurante y como tenía más filo que la punta que le puse en el cuello al camionero, me metí a ver si podía comer algo, pero no tenía plata en el bolsillo, entonces me tocó esperar a ver quién se paraba y comer lo que dejaran. En esas me vio Alberto, el dueño del restaurante y me dijo que si quería trabajar con él, que me pagaba y así podía llegar algún día al mar. Yo le dije que sí y me quedé a trabajar ahí.

—¿Y así fue como entraste al ejército? —dijo Carolina.

—No, no. De ahí aprendí un montón de cosas, a cocinar, aprendí sobre el machismo, sobre lo malo que era, me enamoré. Y por culpa de enamorarme es que entré al ejército, pues resulta que la que me gustó era la hija del dueño, la del medio. Y pues, al principio no pasaba nada, nos mirábamos y nos reíamos, pero de un momento a otro le empecé a hablar de piratas, de estrellas, de mis sueños raros. ¿Te acordás de mis sueños raros? —preguntó Lázaro.

—Claro, esos en los que te amarraban o que te rajaban. Que eran más pesadillas que sueños. Que te hacían despertar gritando y que mi mamá corriera a atenderte, ieso sí que me daba celos! Ella corría y se acostaba a tu lado, mientras a mí me estaba cagando el frío, me congelaba —respondió Andrés.

—Bueno, sí, le contaba eso y no sé qué más, la cosa fue que nos enamoramos y me empezó a dar besitos y a cogermela mano. Pues, era la primera vez que yo sentía ese mariposerererío en la barriga, entonces

me despertaba súper feliz a trabajar, no me preocupaba madrugar, ni lavar los baños, ella y su sonrisa me reconfortaban y me impulsaban a hacer mejor mi trabajo.

—Sí, ¿y? —preguntó Camila.

—Pues que un día la pelada se me metió a la cama e hicimos el amor, fue mi primera vez, yo creo que yo fui la primera suya. Y el papá nos pilló. NOS PILLÓ. Y entonces, como única medida, encontró venderme al ejército. Dijo que yo era un violador, que lo había traicionado y le había violado la hija. Entonces me cogieron entre tres o cuatro y me montaron a un camión en el que me llevaron al Batallón Pedro Justo Berrío por el Aeroparque y ahí empezó mi suplicio con las Fuerzas Militares y con el Ministerio de Defensa.

—Esperate, ¿te vendieron? —preguntó Camila.

—Sí, como a un perro caliente, sin chistar, a la brava. Me montaron a un camión y llegué a un batallón donde, al igual que en la cárcel, me trataron muy mal por ser un violador —dijo Lázaro.

—¿Pero violaste a la niña? —preguntó Carolina.

—Ni era niña, ni la violé. Ella tenía dieciséis años, yo tenía diecisiete, fue demasiado consensuado. Nos gustábamos, nos queríamos. Es más, no hice sino soñarla y extrañarla durante todo mi tiempo en el batallón; es más, a veces, aún la extraño, sobre todo porque me imagino cómo pudo ser. Y porque, desde ella, la única mujer que he tenido es a Camila.

—¿Y cuánto es que llevan ustedes? —preguntó Andrés.

—Como seis meses —dijo Camila.

—Ah, hace poco —dijo Carolina.

—Sí, yo estuve quince años sin nadie, solo, tratando de vivir con mis dolores, mis demonios y mis tristezas. De repente apareció ella y me cambió la vida, y ahora aparecieron ustedes, entonces el cambio será mayor —respondió Lázaro.

—Eso esperamos —dijo Andrés—, porque aquí estamos para ser familia de nuevo, para encontrarnos y reencontrarnos.

El viaje se alargaba y las tripas sonaban, Carolina alzó la mano para decir que comieran y, llegando a Camilo C, se detuvieron en un estadero. A Lázaro le volvieron recuerdos a la cabeza y rezó para que Alberto no estuviera manejando aún el restaurante.

44.

Al regresar al batallón, Lázaro se encontró con la noticia de la parálisis de Galvis. Los compañeros del dormitorio lo miraban con respeto, con recelo y hasta con miedo; sus amigos, que ya eran sus amigos, lo recibieron con vítores y le confesaron lo increíble que había sido todo.

Se enteró de boca de ellos cómo había sido despertar con los gritos de inmovilidad del afectado, que aseguró haber sentido un punzón en el cuello, pero que no le prestó atención. Además, Galvis era de los primeros en despertarse siempre, por lo que sus gritos acabaron con la calma del sueño de toda la compañía.

Lázaro sonreía; la venganza, en este caso, le traía la dulzura de producir dolor y la tranquilidad de saber que no tendría que lidiar con más malas intenciones de sus compañeros, pues había sentado un precedente donde se hizo respetar, donde hizo valer su palabra y donde, quien quisiera meterse con él, iba a tener que sufrir el rigor de sus intenciones.

—¿Cómo le fue en la nevera, Peláez? —le preguntó el sargento Hernández.

—Muy bien, todo en orden, mi sargento —respondió Lázaro.

—¿Y con la platica? —insistió el sargento.

—Muy bien, muchas gracias —respondió de nuevo.

—Si se porta bien, es el principio de una carrera militar muy fructífera —le dijo con una sonrisa—. Ahora lo que va a tener que explicarnos es cómo hizo lo que le hizo a Galvis, porque, ¡eh, ave maría!, mera jugada. Irse y dejarlo privado sin que nadie se diera cuenta.

—Yo no le hice nada a Galvis —respondió Lázaro, haciéndose el desentendido.

—Vea, Peláez, si no nos dice qué hizo y cómo lo hizo, no vamos a poder taparlo, porque en el batallón se regó el rumor de que ustedes la tenían cazada; igual, nosotros mismos sabemos que no se querían ni

poquito, así que cuénteme tranquilamente, en confianza, para hablarlo arriba y que no le hagan el juicio que le pueden hacer por atacar a un compañero.

—Está bien, mi sargento —respondió Lázaro—. La cosa es muy simple, así como él me cogió dormido muchas veces, incluso cuando me violaron, yo le dije que no durmiera, porque si se dormía iba a chupar y pues, chupó. Me desperté tempranito el día que ustedes me mandaron para Bogotá, saqué un chuzo que no me desampara ni de noche ni de día, se lo clavé en la cervical tres y ahí quedó tullido para siempre. Ojalá y no sufra mucho de aquí en adelante.

—¿Ve que no era tan difícil? Yo le voy a llevar esta información a González para ver cómo podemos hacer, usted vuelva al entrenamiento y prepárese que en quince días el general lo va a necesitar para otra cosa.

Lázaro llegó a la zona de almuerzo, varios lo miraban con respeto. El respeto en la guerra se gana con sangre y él lo había hecho derramando la del más fuerte, por lo que, por ascendencia, podía reclamar su lugar y convertirse en el amo y señor del escuadrón. Así lo hizo.

Empezó por dar órdenes y tener a su disposición dos soldados que se encargaran de lavar su ropa y tender su cama. Es más, uno de ellos también tenía la misión de despertarlo siempre y así poder alcanzar agua para bañarse: a veces el agua no alcanzaba para todos y algunos tenían que estar todo el día oliendo a gorila.

45.

El restaurante le traía todos los recuerdos que había querido guardar en el baúl del olvido. Seguía conservando las mismas mesas, el mismo color en las paredes, las piedras en el parqueadero. Ese sonido de la grava le hizo recordar momentos en los que el cansancio lo agobió hasta hacerle doler los huesos.

Los empleados eran jóvenes, muchachos que no superaban los dieciocho años, que se encargaban de limpiar y atender las mesas de los comensales. Lázaro sentía el corazón a toda velocidad, un vacío en el estómago y la nostalgia de haber vivido ahí los meses más felices. Después de salir de ese lugar su vida había cambiado, la piratería había pasado a un segundo plano y convertirse en casi que un mercenario pagado por el Estado, por sus superiores, había sido su razón de ser.

Además, el odio le había corroído el corazón y por eso sentirse ahí, con todo lo que había vivido, con todos los dolores que tuvo que pasar, le tranquilizaba; esos recuerdos, esos momentos le daban un aire fresco, tal vez por eso el corazón le palpitaba más rápido, tal vez por eso sentía una especie de terror, no sabía si se iba a encontrar de frente con Alberto, si iba a tener alguna reacción por la traición que había cometido para con él, no se imaginaba nada.

Tomaron asiento en una mesa central, con el televisor al frente, pasaban el reality.

—¿Les puedo servir algo? —preguntó el mesero, con una sonrisa.

—¿Qué tenés para comer? —preguntó Andrés.

—Tenemos bandeja con res, cerdo o chicharrón. También vendemos chuzos de pollo y cerdo, ensaladas, jugos.

—Yo quiero una bandeja con cerdo —dijo Lázaro.

—A mí me traes una ensalada —dijo Camila.

—Yo quiero una bandeja con pollo —dijo Carolina

—A mí me traes un chuzo de cerdo con bastantes papitas —aseguró Andrés.

—¿Y para tomar? —preguntó el mesero.

—¿Tienes jarras de jugo? —preguntó Andrés—. ¿Pedimos una jarra para todos? —se dirigió al grupo.

—Está bien —respondieron al unísono.

—Sí, tenemos jarras de mango, maracuyá, mora, fresa, guanábana —dijo el muchacho.

—Por mí está bien mango —dijo Lázaro.

—Por mí está bien, también —dijo Camila.

—Traenos una jarra de mango, por favor —ordenó Andrés.

El mesero tomó la orden, tapó el lapicero y se lo echó al bolsillo, con la misma sonrisa con la que había llegado, se metió a la cocina y allí se puso manos a la obra a preparar todo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Camila a Lázaro.

—Que este es el restaurante donde me cambió la vida, donde perdí la virginidad, donde me enamoré por primera vez, aquí aprendí a cocinar, aquí me hice hombre y empecé a hacerme mujer. Me convertí en lo que soy, aquí volví a nacer.

—¡Qué! ¿Cómo así? —preguntó Carolina.

—¿O sea que aquí está el dueño? ¿Cómo se llama? ¿Querés saludarlo? —preguntó Andrés.

—La verdad, no quiero saber si aún son los dueños del restaurante, no quiero saber si siguen vendiendo muchachos, aunque el negocio sigue igual, por eso no creería que se hayan ido, que hayan vendido.

—¿Y si le preguntamos al muchacho cómo se llaman los dueños? Al menos así sabemos si siguen teniendo influencia en esta zona, en el restaurante. ¿Te parece? —preguntó Andrés.

—No sé, no sé, no sé —dijo Lázaro e intentó cambiar el tema.

Hablaron de la familia, de cómo estaba de cambiado el pueblo, de la comida, eso era lo que más extrañaba Lázaro de su casa: los fríjoles, la aguapanela, las arepas, la carne de cerdo frita, las tajadas de plátano.

Todo. Ese sabor de la mamá que le impregna a todas las comidas, el famoso amor del que hablan siempre cuando uno pregunta por ese toque mágico que le da sabor a todo. Ese mismo que le hizo falta a Lázaro desde que salió, ese mismo que sintió en los brazos de Mariana, en los ojos de Mariana, esa noche con Mariana. Siempre creyó que el amor era capaz de cambiarle el mundo, por eso había decidido que este le ayudara a reencontrarse con los suyos, a asumir sus culpas y consecuencias, para renacer, para que, por tercera vez, la vida le diera una oportunidad; eso sí, debía entender que la oportunidad que le brindaba podría ser primero en un juicio donde saldría culpable, donde pagaría una condena y, posiblemente, luego de eso, volvería para reiniciarlo todo, desde su vida, hasta su forma de actuar.

Las comidas llegaron, uno a uno fueron entregados los platos. La ensalada a Camila, la bandeja con cerdo a Lázaro, el chuzo de cerdo con papas a Andrés y la bandeja con pollo para Carolina.

—Oíste, muchacho. ¿Quiénes son los dueños de este lugar? —preguntó Andrés, tomando una iniciativa que nadie le pidió.

—Mi abuelo y mi mamá —dijo el mesero.

—¿Y cómo se llama tu mamá? —preguntó Lázaro.

—Mariana —respondió el muchacho.

El corazón se le paralizó a Lázaro, así como se paralizan todos los corazones cuando saben que el amor está cerca, cuando se sienten descubiertos, cuando la timidez pone una barrera, de esos momentos en que uno siente que hace clic, que duele, que suena, que sigue. Sintió el vacío en el interior, se hizo silencio, se hizo suspiro, exhaló. Ese pequeño bufido de resignación, de dolor, de tristeza, de saber que ahí estaba ella, sin sueños, condenada a los intereses de su padre, que posiblemente la condenó a vivir para siempre pegada a un sartén, con el pretexto de que era la del medio, de que tendría que velar por la familia y preservar el negocio. Tal vez sus hermanas sí habrían podido estudiar, pero ella no.

Todos en la mesa sintieron ese clic que hizo el corazón de Lázaro, le

vieron cómo cambió la cara, como pasó de tener una pizca de alegría a sentir el terror, sintieron los demonios rondando en su cabeza, la oscuridad que le nubló la vista.

—¿Se llama Mariana? —preguntó Camila.

Lázaro calló.

—¿Le dices a tu mamá que Lázaro está aquí? —dijo Andrés.

—¿Lázaro? —preguntó el mesero.

—Morgan, dile que Morgan está aquí —se apresuró Lázaro.

El muchacho sintió otro clic, sabía de la existencia de Morgan, sabía del cambio que había significado para la vida de su mamá, sabía de todo lo que ella hablaba de él. Por eso, saberlo cerca, presente, comiendo por primera vez en el restaurante desde que él era mesero, le erosionó el interior y lo hizo irse con rabia para la cocina.

—Ma, que allá está Morgan —dijo.

Mariana lo miró a los ojos, suspiró. Se limpió las manos y se sentó en una silla. La imprevista noticia la tomó por sorpresa, por ende, cayó en un letargo que inundó a toda la cocina, conmocionó la tranquilidad y nubló la mirada de la recién sorprendida.

46.

El plan de Lázaro de deshacerse, uno por uno, de los que le causaron todo el dolor que sentía, empezó a hacerse realidad con la mañana de Galvis, pero aún le faltaba encargarse de Ramírez, el escudero, quien, aunque ya no tenía a su primero al mando para seguirlo, solo verlo le producía un dolor intenso en el pecho cada que se cruzaban.

Por eso, planeó el exterminio para su siguiente salida. Así que pidió permiso para ir a visitar a su familia en la próxima licencia.

El plan era seguir a Ramírez hasta su casa y encontrarlo en algún punto medio, para vengarse, para calmar su dolor.

El viernes llegó, Lázaro se había ganado el respeto de superiores y soldados rasos porque, poco a poco, su fama para alcanzar objetivos iba creciendo. Además, se había regado la voz de que, gracias a él, el proyecto de ley que buscaba juzgar a los militares en la justicia ordinaria se estaba cayendo, porque sus trabajos de inteligencia estaban dando frutos y porque el senador Márquez estaba, en cambio, pensando un nuevo proyecto que los blindara y les diera inmunidad para, en nombre de la patria, poder realizar lo que quisieran. Algo que a muchos les gustaba, pues querían tener la libertad de juzgar, judicializar, conducir y hasta ultimar a quienes quisieran, así como habían hecho en el Palacio de Justicia en el ochenta y cinco, pero con la crudeza de las armas de ahora, de la guerra urbana y, sobre todo, de encontrar culpables siempre, algo que a todos en Colombia emociona constantemente.

Salió, se subió al mismo bus que Ramírez. El bus los sacaba del batallón y los llevaba hasta la Terminal de Transportes para que tomaran otro que los conducía hasta sus lugares de origen. La casualidad dictó que fueran del mismo pueblo, así que era más fácil encontrarle la caída: Lázaro conocía como la palma de su mano cada uno de los rincones de Urrao.

Ramírez entendía que este podía ser su final, por eso, al ver a Lázaro en su mismo bus, se vio prevenido, sintió ese temor que produce encontrar una mirada dolorosa en frente. Como cuando en el monte se había encontrado con paramilitares que llevaban en su corazón el odio de la venganza, ese mismo que los llevó a cometer infinidad de atrocidades que justificaron en su defensa de la patria; ahora, posiblemente, sabía que, en nombre de ese dolor que le causaba la patria a su compañero de batallón y del cual él era uno de los causantes, tenía que pagar.

Lo saludó con la mirada, con timidez.

—Míreme, no le va a pasar nada —dijo Lázaro.

Ramírez se sentó del lado de la ventanilla y suspiró, había pasado la primera prueba. La segunda fue llegar a la Terminal del Sur de Medellín, donde los dejaba el bus. Su tercera prueba era no darle la espalda a Lázaro en ninguna parte, para no terminar debajo de un bus o en medio del río. La cuarta fue llegar hasta Urrao en el mismo bus.

En la terminal del pueblo estaba esperándolo la familia. Allá saludó a sus padres, a su hermana, a su novia embarazada. Lázaro seguía desde la distancia la escena, apenas vio el embarazo, sintió que debía frenar su accionar. Se alejó silenciosamente, buscó un hotel donde dormir y pensó en ir a visitar a su familia, decirles la verdad y devolverles la tranquilidad que trae la vida. Pero luego temió porque lo regañaran, porque no lo dejaran volver. Así que mejor se quedó a medio camino. Intentó ir durante los tres días del fin de semana y en ninguno se atrevió a tocar la puerta. Observó desde la distancia cocinar a su mamá, trabajar a su papá, crecer a su hermano. Fue un testigo lejano de todo lo que pasaba en su casa en la vereda. Pero no se acercó para no ser descubierto.

Al domingo de regreso, cuando todo estaba tranquilo, cuando Ramírez estaba feliz de ver a su familia, la suerte los volvió a poner en el mismo bus de vuelta a la ciudad, en la misma ruta donde por primera vez había probado la sangre el vengativo y dolorido Lázaro. Pensó que

era un escenario propicio, una parada cerca al Cauca, convirtiendo a Ramírez en uno de los muchos números que representaba caer al río.

Pero no pasó nada, regresaron al batallón y el respeto empezó a primar entre ellos, para así no representar un problema y, más bien, tratar de sacar adelante una amistad que desde el principio empezó mal. Aunque, la verdad, el embarazo había hecho que los planes de Lázaro cambiaran, no que se apagaran.

47.

Mariana tomó agua, los comensales afuera estaban terminando la comida que les habían servido. Salió.

Lázaro la miró, traía los mismos ojos azules y turbulentos que lo habían atraído, la cara cansada, aunque no tenía arrugas, se le notaba el desgaste. El cuerpo estaba un poco más ancho de lo que recordaba, pero era algo normal, sabiendo que había parido, que el cuerpo, como ocurre siempre con el parto, había cambiado. La sonrisa se avivó en el rostro de Lázaro, pero en Mariana ni se apareció. La indiferencia era su principal cara desde que se había ido para siempre. No había estado con nadie más que no fuera él. Se había resignado a ser el dolor y el futuro de su familia.

—¿Cómo estás? —preguntó Lázaro.

—¡Hasta que por fin te dignaste a volver! —dijo Mariana—. Te esperé durante todas las noches después de que te fuiste, incluso cuando creí que habías terminado el servicio militar, te esperé años enteros. Te esperamos.

—No digás eso, tu papá no me quería acá. Tu papá me vendió, me arrojó al Ejército con la premisa de que te había violado y, por ello, me hicieron lo mismo que, se supone, te hice, en el baño de un batallón. Es más, terminé empalado, con una pala en el culo, con el dolor del desgarrar y la inconsciencia. Gracias a eso que hizo tu papá por mí, mi vida cambió para siempre. ¿Creés que quería volver? Si eso me había hecho por querer a su hija, imagínate lo que sería capaz si traía odio conmigo —respondió Lázaro.

Mariana dejó que una lágrima se abriera camino por su rostro. Dejó que el silencio inundara el momento, trataba de encontrar las palabras para explicar lo que seguía.

—Morgan, pero es que yo no te estaba esperando con mi papá —

insistió Mariana—, te esperaba con Henry, el niño. Porque él cambió mi vida y yo quería que cambiara la nuestra.

—¿Qué? ¿Cómo así? ¡Esperate! —dijo Lázaro.

—Sí, Morgan. Henry, el niño, que ya no es tan niño, es hijo tuyo, es hijo mío. Es nuestro —dijo Mariana.

—¿Pero cómo pasó? Si uno cuando lo hace por primera vez no es capaz de dejar en embarazo a nadie —dijo Lázaro.

—No seás tierno e inocente, Morgan. Mirá que a veces lo que se necesita para hacer un niño es un poquito de amor, eso fue lo que pasó. Teníamos tanto amor para nosotros que de ahí salió él, con tu sonrisa, con todos tus rasgos, incluso tiene tu misma inteligencia. Es un fanático de viajar y siempre me prometió que te encontraría. Hoy la casualidad dio para que fuera él quien te atendiera. Es como si hubiera cumplido —replicó, ilusa, Mariana—. Ahora la pregunta es: ¿por qué nunca volviste a visitarme?

—Porque tenía miedo, porque no sabés los horrores que sufrí en el lugar donde me dejó tu papá. Allá me convertí en otra persona, alguien lleno de rencor, de dolor, capaz de hacer lo que me proponía sin importar por encima de quien tuviera que pasar. No quería volver porque era capaz de matar a tu papá, era capaz de vengar todo lo malo que me hizo y, tal vez, por el amor que te tenía, no quería hacerte un daño mayor que el que podía producir mi ausencia o que el que Alberto pudiera causarte.

—Lázaro, pero yo te quería a vos. Con vos acá este niño hubiera tenido un padre, alguien que viera por él y le enseñara otro montón de cosas que tuvo que asumir mi papá. Además, por tu ausencia, yo tuve que resignar mis sueños a estar tras las ollas mientras mis hermanas se iban a estudiar y se convertían en profesionales.

—¿Quieres estudiar? ¿Qué quieres estudiar? —preguntó Lázaro—. ¿Terminaste el colegio al menos?

—Sí, ese sí. La discusión ahora no es si quiero estudiar o no. Es que quedé en embarazo a los dieciséis años, mi papá me escondió como a un fugitivo y, lo más importante, tenés un hijo, Morgan. Que se llama Henry en honor al pirata, para que llevara algo de vos.

—Pero es que no me cabe en la cabeza. ¿Tiene quince años? —preguntó Lázaro.

—Catorce, porque estuvo nueve meses guardado —dijo Mariana.

—No me cabe en la cabeza, Mariana. Perdoname que no lo crea, pero es que es difícil, apenas hace una semana me encontré con mi hermano, que está aquí, te lo presento. Hoy voy a visitar a mis padres en Urrao, que no los veo desde hace dieciséis años. Y ahora, que estaba tranquilo comiendo, me salen con que soy papá de un muchacho. Es difícil, muy difícil.

Camila, Carolina y Andrés miraban con sorpresa lo que estaba pasando. Mariana los tenía sorprendidos con la fortaleza que demostraba, no se quebró ni un solo momento y no dio indicios de rencor. Lázaro atendía a cada una de las demandas que ella le daba, la entendía y comprendía el dolor que sentía, esa ausencia que representó como padre llevó a que la carga cayera en sus hombros, la responsabilidad se hiciera más grande y resignara con ello sueños, ilusiones, alegrías. Sí, los hijos pueden ser la alegría más grande, pero no para una niña que recién había bailado al ritmo de Tiempo de vals de Chayanne, que terminó siendo parte de la triste estadística de adolescentes embarazadas por una noche de alegría, que, además, por culpa de la religión de sus padres, tuvo que asumir las consecuencias de ser escondida, no ir a controles y lidiar con los dolores que produce una gestación prematura en un cuerpo tan joven.

—Tranquilízate —empezó a decir Lázaro—, yo entiendo que te abandoné y todas esas cosas, de aquí en adelante me voy a hacer cargo de todo. Incluso, te puedo brindar todo lo que necesitas y lo que te faltó durante todo este tiempo. Te puedo dar una casa, puedo pagar la educación de Henry hasta que termine la universidad. Es más, si quieres, se puede ir a pasar fines de semana a mi apartamento en Medellín y, si vos querés, también puedes pegarte. Les abro las puertas de mi casa, para que vivamos como familia unos días.

Camila sintió los celos llenando su cabeza, empezó a maquinarse un montón de cosas. No sabía si era que a Lázaro le había picado otra vez el bicho del amor o qué, pero no quería estar más ahí, así que agarró sus cosas y empezó a caminar.

—Bueno, qué pena interrumpirlos —dijo—, pero tenemos que llegar a Urrao hoy y mire apenas dónde vamos. Lázaro, déjale tus números y que te llamen en la semana para que cuadren.

Lázaro sacó una tarjeta de su bolsillo, se la entregó a Mariana.

—No sé si fue lindo o triste verte, pero gracias por decirme la verdad, llamame y cuadramos. Te quise mucho —se despidió dejando tres billetes de cincuenta mil sobre la mesa.

Andrés y Carolina salieron tras ellos, se subieron al carro y manejaron rumbo al suroeste, mientras en la silla de atrás Camila y Lázaro trataban de solucionar sus diferencias.

48.

Cuando acabó el entrenamiento en el batallón de Medellín, a Lázaro y su escuadrón los subieron en un helicóptero para cruzar el país y refugiarse en el Caquetá. Allí empezaría su travesía en la guerra, combatiendo día y noche a la insurgencia, sufriendo los rigores de la selva, conociendo cada rincón del país y sintiendo el miedo en su corazón, en sus piernas y, sobre todo, en su cabeza.

Estar en la guerra a los dieciocho años significa aprender a endurecerse y entender que todo lo que se sufre durante el entrenamiento, es una caricia al lado de lo que representa el hambre, la tristeza, la soledad y el temor a la oscuridad. Allí, en la selva, no se conoce nada de lo que se combate, muchas veces son los mismos árboles los que disparan, otras son los animales y, en la mayoría de los casos, la penumbra traiciona y la muerte llega para mezclar los cuerpos con el barro.

Lázaro agarró su arma con la intención de salir vivo. El bolso pesaba más de veinte kilos, por eso moverse significaba un gran esfuerzo. El coronel González lideraba el escuadrón, el sargento Hernández acompañaba en comunicaciones, Ramírez iba atrás con los demás soldados. Esos eran los principales objetivos de lo que se venía para seguir cumpliendo con su promesa, con su venganza.

Llegaron a Florencia y allí se subieron en unos furgones que los llevarían con rumbo a San Vicente del Caguán, el lugar donde, según inteligencia, estaba el Secretariado Mayor de la guerrilla. El calor de la selva empezó a inundarles el cuerpo, haciendo que mojaran el uniforme. La humedad pesaba más que los mismos bolsos que cargaban. Las armas ya eran parte de sus brazos, se mimetizaban y fundían con el cuerpo y se aferraban a él.

Sonaron tres disparos.

La carretera estaba destapada, el piso era de tierra. Los huecos hicieron que el camión brincara.

—¡Me dieron! —gritó alguien.

—¡Pónganse pilas! —gritó el sargento.

La emboscada no fueron solo tres disparos, del monte empezaron a llover cilindros y granadas. Jiménez sacó un lanza morteros y soltó el primero de ellos en cualquier dirección, con el que hizo explotar en mil pedazos la tierra, el monte, los árboles.

A toda velocidad se bajó todo el escuadrón y empezó a disparar en dirección a donde veían las ráfagas. Treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta balas por minuto, las ametralladoras escupían rabia y dolor, escupían fuego para quemar almas que habían dejado de sentir dolor, buscaban acabar vidas que ya estaban acabadas desde antes de disparar. Lázaro sentía la inutilidad en sus manos, sabía que disparar al monte era acabar a personas como él, que habían salido de su casa con un sueño que había mutado y se había aferrado a un arma para ser alcanzado, aunque no fuera tan cierto, aunque significara con él perder la vida, aunque la sangre les corriera por los brazos.

Disparaba y buscaba a Ramírez. Lo siguió con el rabillo del ojo porque sabía que esa podía ser su oportunidad de salvarlo del dolor de la guerra, del dolor de estar lejos de su familia, del dolor de la ausencia.

Empezó el avance por entre la hierba, cortaron el alambre de púas y siguieron adelante. La humedad de su sudor se mezcló con la del agua del rocío y los pequeños charcos que se formaban en el suelo; había llovido la noche anterior, así que el agua se había acumulado en el suelo, las manchas verdes empezaron a formar parte del uniforme. Las balas iban y venían, otro herido más gritó y otro y otro. Cuatro heridos. Ninguno fue Ramírez, ni Hernández, ni González. Lázaro los seguía, los miraba.

El enfrentamiento se extendió durante más de una hora, el escuadrón

se fue metiendo más y más en la selva, las balas se sentían zumban en los oídos, los cilindros pararon de llover, las detonaciones dejaron de asustar. Pero el miedo estaba latente, siempre que la muerte está cerca, rondando, uno siente que el corazón quiere salirse, que las venas pasan sangre más rápido y que la respiración en cualquier momento puede parar.

A Ramírez le paró la respiración el primer martilleo de la bala que le entró en el pie, sintió la fuerza que le comprimía los músculos, la sangre corriéndole a borbotones. Se giró para mirar al cielo y pedirle a Dios que, por favor, no se lo llevara tan rápido, que quería ver crecer a su hijo que apenas tenía tres meses, que quería acompañarlo en su vida. El sol fue su respuesta, el sol en los ojos encandilándolo hasta que apareció una sombra, una sombra que conocía y que odiaba, una sombra que temía.

Lázaro tenía en sus manos un arma de corto alcance, nueve milímetros, doce balas, doce formas de decirle a Ramírez que lo odiaba, doce ráfagas que lo acercaran al infierno, que lo quemaran en vida y luego lo quemaran cuando estuviera en las manos del de abajo.

Una, dos, tres en el pecho. La sequedad del sonido, la quietud de la sorpresa, la tristeza en el rostro, el dolor en el verdugo, la venganza, el placer.

—Te estoy salvando, malparido, a vos y a tu familia. Ojalá y me lo agradezcás, porque pudo ser peor, porque pude hacerte lo mismo que me hiciste, pero aquí vas a quedar como un héroe que combatió a la guerrilla, que se sacrificó por la patria y por eso te van a indemnizar, te vas a morir, pero tu familia va a tener tu pensión, tu hijo no va a pasar hambre y tu mujer va a poder comprar una casa donde va a vivir con él. Lo bueno es que vas a poder volver a visitarlos, así que andate, andate a descansar y así me dejás descansar la conciencia a mí. Andate a la mierda. Gracias por convertirme en esto, por enseñarme que uno con un arma tiene el poder de decidir por otros. Esta vez voy a decidir por vos, pero vas a entender que este fue el peor error de tu vida.

Fueron las últimas palabras que escuchó Ramírez, no fue capaz de decir nada porque la sangre le fue llenando los pulmones y ahogándole la garganta. Murió de ahogo, murió viendo a su aniquilador, dejó que el silencio se hiciera entre el ruido del combate.

Sólo gritó perdón. Al final sabía que lo merecía.

49.

Los reencuentros siempre marcan un antes y un después en la vida de las personas, para la familia de Lázaro esto iba a ser el principio, luego de un fin que los marcó para siempre. Habían sentido la ausencia de un ser querido en lo más profundo del corazón, lloraron lágrimas que formaron ríos más grandes que el Cauca, gritaron improperios que hicieron retumbar el cielo y llover aguaceros que buscaban limpiarles el alma para no terminar cometiendo alguna locura en busca de justicia.

Y ahí estaban los cuatro abrazados, con Carolina y Camila mirándolos llorar, sonrientes, sorprendidas. Llevaban dieciséis años sin estar juntos. Doña Ofelia recorría con sus manos ese rostro que había dado por perdido, seguía cada línea de expresión con los dedos buscando encontrar en ella el camino a la felicidad, un hijo perdido significa el dolor más profundo del ser humano, es la violación de la ley natural y, por ello, es la violenta forma que a veces encuentra la vida para dar significado a cosas insignificantes. El regreso de ese ser es el anhelo más profundo de una madre, como si volviera a nacer de sus entrañas, como si le doliera de nuevo, como si no quisiera dejarlo salir nunca. Lázaro era eso, era un renacer para ella, lloraba, lloraba más que lo que lo lloró cuando salió en el noticiero, lloró más de lo que podía. Le preguntaba si estaba bien, si había estado bien, le decía que no le importaba, que lo único que importaba en realidad era tenerlo de nuevo en casa.

Camila observaba la foto de Lázaro de niño y la silla con la tela negra que funcionaban como altar en honor a Lázaro, se sorprendía de la religiosidad que profesaba una familia del campo que, a veces, la única esperanza que tiene es ver crecer a sus hijos y seguir con el legado de su padre. Miró las fotos, leyó algunas frases en honor a esa ausencia que descansaban junto con un rosario y una novena, sobre una pequeña mesa redonda con un mantel encima y una carpeta de croché tejida, tal vez, por la mamá. Lloró porque el cuadro le pareció doloroso. Había estado con un muerto durante más de seis meses y ni siquiera sabía.

Para don Roberto significaba algo más grande, era el regreso a casa de su mano derecha hoy que estaba viejo, era el retorno al hogar de su confidente, el que había entendido el campo como la forma para subsistir, el que soñaba con sacarlo de allí a punta de tecnificarle el cultivo, para que descansara, para que se dedicara a tocar la guitarra y cantar sus canciones campesinas, a mimar a su vieja Ofelia. Lloró, aunque los hombres del campo no lloran, lloró porque esa alegría solo la había sentido cuando nacieron los dos muchachos, que ahora eran dos adultos hechos y derechos.

Lázaro los besaba, sentía sus arrugas en los labios, sabía que el tiempo, por culpa del dolor, les había pasado por encima y había acabado con la suavidad de su piel tersa, lloraba porque sabía que era la primera vez en dieciséis años en que la sinceridad iba a formar parte de su vida; el amor sincero, de la familia, es el único que no se olvida, es el único que perdura, el que permanece adentro del cuerpo, así por fuera estén los más siniestros seres y las más siniestras acciones. Lázaro sabía que aquí empezaba su redención, en el reencuentro y en la alegría de saberse vivo.

—Mijo, pero preséntenos a la muchacha —dijo Ofelia.

—Mamá, ella es Camila —dijo Lázaro—, es mi pareja desde hace seis meses, es la primera vez en quince años que siento algo profundo por alguien, es la primera vez que siento que puedo cambiar, que puedo formar una familia.

Camila suspiró, sintió alegría y cómo se le llenaban los ojos de más lágrimas. Para ella el sueño era tener a alguien con quien compartir, alguien con quien imaginarse el futuro, por quien luchar y despertarse todas las mañanas. Imaginar descendencia y vivir los más profundos deseos. Alguien que caminara a su lado en sus ganas de salir adelante, de ser una gran comunicadora, de trabajar en una gran empresa y planear el resto de sus días.

—Mucho gusto, hija, bienvenida a la familia —respondió doña Ofelia.

La noche les pesaba en los hombros y hasta las tres de la mañana estuvieron hablando de Lázaro y su vida en la ciudad, de su trabajo como ingeniero de seguridad del Ministerio de Defensa Nacional. De cómo se encargaba de defender al país de ataques cibernéticos. Su mamá estaba orgullosa, su papá sonreía. Sabía que, mal que bien, su hijo había cumplido el sueño que siempre tuvo de combatir en el mar.

—¿O sea que sos un pirata, pero no uno del mar, sino de la información? —dijo don Roberto.

—Algo así, papá —dijo Lázaro—. Me tocó aprender mucho de piratería informática para poder defender el país, los bancos y demás. No te imaginas la cantidad de piratas de verdad que atacan constantemente los sistemas de la Nación para hacer daños, para causar conflictos y detonar guerras sin fin.

El sueño los abordó y durmieron, luego llegó el siguiente día.

Esa mañana llenó de sabor la boca de Lázaro. El chocolate, las arepas, la carne, el huevo; lo que tanto había anhelado por años estaba en su plato sobre la mesa. Sintió ese placer que produce volver a probar la sazón de mamá después de mucho tiempo fuera de casa. Contó su capacidad para cocinar, sus aprendizajes en el ejército, lo más raro y exótico que había comido, el hambre que había sentido cuando tuvo días de jornadas larguísimas de marcha en medio de la selva o en pueblos inhóspitos de la geografía nacional. Explicó lo difícil que era almorzar pan con gaseosa o lo complejo que era comer algo en un helicóptero artillado. Era un experto en la guerra, pero tenía la ternura e inocencia del hijo que se fue adolescente de casa sin saber cómo hacer muchas cosas que nunca aprendió.

—Mijo, ¿pero no ha tenido problemas por estar muerto? —preguntó Ofelia.

—¿Cómo así, mami? —curioseó Lázaro.

—Pues, es que cuando nos dijeron que usted era el muerto, cuando identificamos la ropa y demás cosas que quedaron cerca al camión, nos tocó hacer el papeleo como desaparecido y como difunto, con acta de

defunción y todo. Entonces eso lo da por muerto para muchas cosas, es más, creo que ni trabajo podía conseguir —dijo Roberto.

—Ah, no. Eso en el Ejército me ayudaron para que saliera bien, además para que no les informaran a ustedes, porque no quería que me castigarán por volarme de la casa —dijo Lázaro.

—Pero es que fuiste egoísta, no sabés lo doloroso que fue para nosotros estar sin vos, Lázaro —dijo Ofelia.

—Y no saben ustedes lo doloroso que fue para mí estar donde estuve, con quien estuve y como estuve —dijo Lázaro—. Nadie sabe lo de nadie. Si yo volvía, posiblemente hubiera sido un riesgo para ustedes, porque podrían hacerles daño, casi tanto como el que me hicieron a mí.

Las preguntas volvieron a aparecer y, con ellas, el dolor de Lázaro. Les contó de la violación en el batallón, de la venganza, de la muerte, de todo eso que tuvo que vivir para salir airoso de allí, ganarse el respeto de sus superiores y, al final, tener un puesto en el grupo de soldados que lo rodeaban. Ahí volvieron a llorar, Andrés, Carolina, Roberto, Ofelia y hasta Camila, todos conociendo las atrocidades de la guerra, del Ejército. Sintieron el frío cada que contaba sus despertares con agua fría, sintieron el dolor cuando lo empalaron, sintieron el asco cuando tuvo que acostarse con el senador, con el general, con el ministro, con todos los que habían sido su pareja por favores políticos y plata que, poco a poco, empezó a escasear y convirtió a Lázaro en una persona que se metía en la cama de altos mandos para saciar placeres sin recibir nada a cambio.

Contó cómo paralizó a Galvis, cómo mató a Ramírez, cómo se deshizo del sargento Hernández, cómo acabó con González y, finalmente, cómo hizo que el general Mora dejara su cargo y se fuera del país, con la amenaza de que confesaría. Cambió silencio por tranquilidad y la tuvo. Es más, le dieron la tranquilidad de un buen sueldo que le significó poder estudiar ingeniería, le dieron la posibilidad de trabajar directamente con el Ministerio de Defensa y, finalmente, con eso, conseguir con qué vivir.

El asco, la tristeza, el dolor, la muerte, fueron paliados por la alegría

de saberse con un nieto, un nieto que ni Lázaro conocía, que solo sabía que se llamaba Henry, que trabajaba en las noches en un restaurante en la mitad de la carretera y que estaba tan lleno de sueños como él. A Camila no le gustó eso, pero entendía que la familia siempre primaba y aunque le doliera saber que iban a acoger lo que traía de nuevo el recién llegado, también debían acogerla a ella, a su alegría y a todo lo que tenía para brindarles, sobre todo para entender lo que pasaba con Lázaro a nivel psicológico, cómo tratarlo, cómo no correr riesgos.

El domingo fueron al pueblo a vender los cerdos como antes, esta vez en una camioneta que Andrés le había regalado a Roberto para que no hiciera a pie ese trayecto ahora que estaba viejo. Se pararon en el parque y la gente volvió a reconocerlos, es más, muchos se acercaron a Lázaro como si fuera un bicho raro, algún personaje de circo o algo más. Incluso, ese día vendieron todos los cerdos, algo que, según su papá, no pasaba hacía meses, pues creía que la economía había bajado.

Lázaro entregaba los cerdos en las manos, sonreía, contaba historias de su regreso, explicaba que no estaba muerto, que había sido una confusión, un dolor grande y que ahí estaba para entregarle a su familia todo lo que les había faltado en ese tiempo que estuvo ausente.

En la noche, cuando todo el reencuentro calmó todo, volvieron a montar las maletas en el carro de Andrés, emprendieron el viaje a Medellín y dejaron atrás toda esa alegría familiar. Al llegar a Medellín pasarían un montón de cosas que cambiarían para siempre la historia de cada uno de ellos.

50.

La muerte de Ramírez conmocionó a todo el escuadrón, con honores recogieron su cuerpo, lo metieron en el cajón y lo enviaron a Medellín para hacerle las honras fúnebres, era querido, pero también odiado. Siempre fue el primero en la línea de fuego para realizar alguna fechoría en contra de los nuevos miembros del batallón y también el primero en poner el pecho a la hora de disparar. Era uno de esos que aparecía en la lista de los regalados, que vio la primera batida del Ejército en el parque de su pueblo y se montó en el camión, sin mediar palabra. Tal vez quería escapar de la realidad del campo colombiano, tal vez creía que en el monte iba a encontrar otra realidad, la salvación de su familia. Pero ahí lo encontró la muerte, en el monte, indefenso, en manos de cualquiera, porque sí, cuando empuñas un arma y sales a combatir contra alguien que no conoces, hasta tu compañero de escuadrón es tu enemigo y eso le pasó a él; Lázaro, que tranquilamente pudo ser su amigo, se había convertido en su contrincante, que, con el mismo odio, disparó contra su cuerpo y encontró la redención, la tranquilidad y la venganza que se había propuesto.

Caquetá, aparte de calor, le brindaba mucha muerte a quien pisara sus tierras, más si llegaba vestido de camuflado y con una insignia del Ejército Nacional. Pero eso no se lo dijeron a estos muchachos, que simplemente fueron subidos al helicóptero y luego al camión, con la idea de que iban a seguir haciendo lo mismo que en Medellín. Pero no, a veces el monte te traiciona, porque, si las paredes tienen oídos, la selva tiene ojos y con ellos ve todo lo que no le gusta y lo destruye.

El Batallón Treinta y Seis de Contraguerrilla, en el que se encontraba Lázaro, que era comandado por el coronel González, perdió en ese primer combate a un soldado y tuvo seis heridos más. Aún así, los superiores arengaron a sus lanzas para que siguieran adelante, para que siguieran sintiéndose héroes. Muchos ya habían cumplido su servicio militar, muchos habían decidido ser profesionales.

Sí, profesionales en las armas a los veintiún años, con lo que significa eso: muchachos dispuestos para la guerra, que no tuvieron más opción que esa, porque sí, eran hijos de campesinos que no querían volver a sufrir la inclemencia de la agricultura en Colombia, una agricultura sin futuro, sin apoyo, sin nada que sembrar. Porque les piden que compren las semillas de una gran multinacional, que acabó con el alma de las hortalizas y ahora vende androides, pero ese es otro cuento. Los muchachos se cuelgan el fusil al hombro porque creen que, con eso, van a salvar al país y a su familia de las inclemencias; pero, en realidad, son el reflejo de un país sin futuro, donde muchos niños sueñan con ser policías, militares, no porque pueden así salvar a la patria, sino porque así pueden empuñar un arma, matar gente y viajar por el país sin restricciones.

Luego de ese incidente, estuvieron dos meses en el Caquetá, con enfrentamientos, con heridos y balas zumbándoles en los oídos; desde Bogotá, algunos aseveran que esa es la tierra de la guerrilla y allá todos son guerrilleros, entonces por eso sabían siempre dónde estaban los soldados y los atacaban.

Después fueron trasladados al sur del país, al Putumayo, ahí cerca al Valle de Sibundoy, donde no pasó nada, no habían ni guerrilleros, ni paramilitares, solo indígenas saludando. El mosquitero era increíble, cada noche sentían que se los iban a comer esos caníbales, porque al otro día amanecían mordidos y llenos de pequeñas erosiones en la piel.

Allá aprovechó Lázaro para cumplir con su tercera misión de las que se había propuesto.

El sargento Hernández se había conseguido una mocita que visitaba todas las noches, de rasgos indígenas, con la inocencia que ofrece el saberse miembro de un país gigante que nunca conocería, por lo que el uniforme significaba la manera de conocerlo en una noche de placer. Pasaba que esta vez ya llevaba más de un mes lleno de placer y hasta temía quedar embarazada por culpa de este recorrido geográfico. Pero fue la forma más fácil que encontró Lázaro para seguir con su venganza.

Se ofreció para ser la escolta del sargento una noche, lo acompañó hasta la casita de madera incrustada en la mitad de la selva, esperó a que acabara su faena, con los gritos y gemidos retumbándole la cabeza, con el radiecito en AM puesto en un oído y con el otro escuchando a la pareja de Hernández decir improperios en una lengua que nunca iba a aprender y que al mismo donjuán no le importaba.

Apenas salió, Lázaro le dijo que había escuchado unos ruidos cerca al río, el sargento le dijo que fueran a ver. Ambos sacaron sus armas para entrar a revisar a la orilla, pero, en cuanto Hernández se adelantó, sintió el fulgor al lado de su oreja, dejando en el suelo una mancha de sangre, ahogándose en el río Putumayo y fundiéndose en el fondo con la vida que arrastraba a todo dar.

Al otro día, cuando ya todo estuvo calmado, preguntaron a Lázaro por el sargento y respondió que el mismo Hernández le había dado la orden de irse porque iba a pasar la noche con la mocita. Y cuando corrieron a buscarla, se encontraron su casa hecha una ruina en el interior. El asesino había corrido a encontrarla, le había pagado una plata para que abandonara todo por unos meses y volviera cuando el escuadrón no estuviera, así encubrirían lo cometido y ambos tendrían dinero y tranquilidad.

Nadie sospechó de Lázaro, simplemente creían que ese encoñe del sargento le había jugado una mala pasada y, por algún agua de calzón que le dio la indecita, había acabado en el fondo del río como muchos, ya que era una historia común y corriente escuchar en el Ejército. El río se tragaba a los militares que se ponían de pipicentados con los lugareños y terminaban enredados.

La tranquilidad que siente el corazón después de la venganza cometida es indescriptible, sobre todo porque quien la comete siente que el corazón respira y palpita mejor, pero, en el fondo, quiere más y más sangre, por eso los pinos de asesino de Lázaro se estaban haciendo y cada paso que daba lo acercaba a un lugar sin retorno, donde matar se convertiría en su forma de creer que todo estaba bien.

51.

Con el regreso a casa, Lázaro llamó a su abogado, buscando dejar su herencia en manos de Henry, porque lo merecía y porque quería garantizarle un futuro distinto al suyo y, mucho más, alejado del restaurante de su abuelo.

Ese mismo martes, cuando llevaba un día en casa, la llamada de Mariana lo sorprendió y le avisó que llegarían el miércoles a la Terminal del Sur; Lázaro no sabía si sentir felicidad o miedo, estaba haciendo todo el papeleo para darles la sorpresa, pero el sorprendido era él. Cuando le contó la situación a Camila volvió a detonar la dinamita de los celos en el interior de ella, con lo cual demostraba cuán posesiva y egoísta podía ser.

Esa noche Camila se fue a su casa a dormir, dejando solo con su imaginación a Lázaro, que madrugaría al otro día a recoger a su familia. Esa misma que debió tener hacía quince años, esa misma que había aparecido el fin de semana anterior.

Mariana había aprovechado el encuentro para reavivar fuegos dormidos y, por ello, llevaba consigo algunas estrategias para hacer de Lázaro el papá de esa familia sin cabeza, donde ella sentía el cansancio y necesitaba el apoyo de alguien más, alguien que no quería que fuera su padre, responsabilidad que Alberto había decidido asumir, pese al dolor que le producía saber que su hija había tenido un descendiente del hombre que la había afrentado en su propia casa.

A las seis de la mañana Lázaro se bañó, se perfumó y se fue para la Terminal del Sur con la intención de esperar a Henry y a su madre. Las mariposas en el estómago le decían que sentía algo, no sabía si era miedo o amor, pero cargaban con ellas el aleteo de la incertidumbre. No sabía cómo iba a saludarlos y, mucho menos, cómo iba a acomodarlos en su casa, pero los iba a recibir, tal vez con la intención de rehacer un

camino que se había roto por la maleza del tiempo y la distancia.

Ellos llegaron con la sonrisa en el rostro, lo vieron en la distancia y lo saludaron con las manos. Traían ropa para quedarse toda la semana, habían acordado con Alberto una licencia de varios días a cambio de las vacaciones que nunca habían tenido, pues en ese restaurante, si se cerraba una noche, la familia no tenía cómo subsistir esa semana, por lo que darse el lujo de descansar un día era una empresa imposible.

Se conocieron y se reconocieron. Lázaro abrazó dieciséis años después ese cuerpo que había deseado durante tanto tiempo, había vuelto a sentir la perfección con la que se amoldaba al suyo, se aferró a su hijo como cuando a un niño le dan un juguete nuevo, le debía tantos abrazos, tantas alegrías, que había comprado una gorra y unas flores. La gorra para el muchacho, las flores para Mariana. Se sentía en deuda, porque la ausencia hace que las personas pasen a deber, por eso tratan de tapar eso con cosas materiales, que son insignificantes, pero que pueden representar la construcción de algo en el interior de la persona que lo reciba, sentimientos, sobre todo sentimientos.

Caminaron hasta el carro y apenas vieron la camioneta que tenía Lázaro, se sorprendieron. No se imaginaron que, cuando les propuso estudiar, tendría la capacidad para darles todo. Apenas llegaron al apartamento entendieron quién era.

—¿Esta es tu casa? ¿Sí lograste ser pirata? —preguntó Mariana.

—Jajajaja —se rió Lázaro—, no fui pirata de verdad, pero, según mi papá, fui pirata de internet. La verdad es que en el Ejército aprendí varias cositas y, con esas cositas, conseguí todo lo que tengo. Esta es mi casa, esta es la cocina, a la izquierda en el pasillo está el baño. La habitación que está cerrada es mi oficina, por lo que les pido que no entren allí. Las habitaciones siguientes son para ustedes. Yo me quedo en la del fondo. Bienvenidos.

—Bien es poco —dijo Henry.

Esa tarde fueron a un centro comercial donde comieron en el mismo Crepes & Waffles donde Lázaro había acabado con la vida de Antony. Allí, además, compartieron un helado, se veían como una familia feliz, compraron cosas para Mariana y para Henry. Ropa, juguetes. Fueron a cine.

Lázaro, que tantas veces había temido ser visto en público acompañado de alguien más, esta vez no temía nada; es más, sintió algo en el corazón que le devolvió la infancia, el inocente amor por Mariana. Tal vez mirarla a los ojos, tal vez reencontrarla inocente como cuando se fue.

Al jueves salieron a conocer los parques de la ciudad. Visitaron el Parque Explora, el Parque Norte y el Jardín Botánico. Volvieron a ser familia y a Lázaro le gustó, Mariana sentía el corazón hinchado de amor, Henry estaba feliz, tal vez nunca lo había visto así, tal vez no se imaginaba que con Lázaro fuera a tener esa relación. Porque congeniaron muy bien, como si se hubieran conocido de antes.

El viernes, Lázaro invitó a Camila a la casa y esta nunca apareció. Así que dejó a Henry jugando videojuegos y salió en la noche a mostrarle la vida nocturna de la ciudad a Mariana, visitaron una discoteca, bailaron hasta el amanecer y volvieron envueltos en una borrachera de *shots* de tequila y vodka que los acostó en la misma cama, con la misma inocencia de las primeras noches que pasaron juntos. Con el deseo a flor de piel, pero con la sapiencia y la experiencia de veces anteriores, con otros cuerpos, con otros seres. Se sinceraron en medio de la borrachera, se dijeron las verdades que habían guardado durante todo el tiempo que estuvieron distantes. Se hablaron de cuánto se extrañaron y de cuánto se desearon. El mismo Lázaro fue a su oficina y trajo consigo una caja llena de sobres marcados, sellados, llenos de cartas que le había escrito a ella y que nunca se había atrevido a enviar. Mariana acogió en su seno cada una de ellas, las leyó y lloró. Lloró porque ahí se enteró de todo lo que había sufrido el muchacho que amaba, el que había partido en un camión militar y había vuelto hecho hombre en el carro de su hermano, hecho recuerdo y olvido.

Se durmieron y se despertaron con la sorpresa de Camila en la sala, Henry había preparado el desayuno.

—No respetan nada —dijo Camila.

—¿Cómo así? —preguntó Lázaro.

—Cómo que cómo así. Respetame, no la traigás y te la comás en tu casa, respetame —gritó.

—No pasó nada entre nosotros, muchachita —dijo Mariana.

—¿No? ¿Y entonces por qué estaban en la misma cama? —preguntó la dolida.

—Porque llegamos borrachos y nos quedamos hablando hasta entrada la noche. Es más, si nos hubiéramos comido estaríamos desnudos y así habríamos salido a saludarte, pero no pasó —dijo Lázaro.

—Tranquila, niña, que en serio no pasó nada y no va a pasar nada. Yo no soy una cualquiera —dijo Mariana.

—Pues pareciera que volviste para quitarme mi hombre, para ponerlo a dudar; es más, hasta creo que te inventaste lo del muchachito para recuperarlo. Yo de Lázaro ya le habría hecho una prueba de paternidad y así me curaba en salud —insistió Camila.

—Si quieres hacemos la prueba, yo no tengo problema —dijo Mariana.

Henry asintió.

—Debería —dijo Camila.

—Pues yo creo en la palabra de Mariana, pero si te tranquiliza a vos, la voy a hacer —dijo Lázaro, tratando de calmar los ánimos.

Se bañaron y salieron para el Centro Comercial Monterrey, donde estaba el laboratorio para hacerse las pruebas de paternidad. Subieron hasta el sexto piso y allí los atendieron rápidamente. Les sacaron sangre a los tres. Camila esperaba afuera.

Esa pequeña tranquilidad que le brindaba a Camila la prueba se desdibujó al ver la cercanía con la que se trataban Lázaro y Mariana. Además de la forma en que Henry se acercaba a su padre. Eso pasa cuando el ausente vuelve, todos quieren llenar con él ese vacío que dejó

durante todo el tiempo. Camila no lo entendía y le dolía. No era capaz de tolerar que no existiera la distancia entre ellos y que se acercaran. Maldecía el momento en el que pararon en ese restaurante, ese momento en el que el miedo llenó la vista de Lázaro. Le dolió saberlo con familia, con eso que ella creía especial y exclusivo para ella. Sintió que se le rompía el corazón y, con él, las ilusiones.

Esa tarde almorzaron juntos y compartieron con la hipocresía de dos mujeres que se enfrentaban por el amor de un hombre. Lázaro estaba desvivido por Henry porque se sentía padre, padre ausente, y no quería fijarse en ambas. Solo quería conocer esa vida que había dado, qué le gustaba, por qué le gustaba, cómo le gustaba; y, además, sentía que, mientras batallaba por calmar esos humos, perdía tiempo de calidad con su hijo.

Ese sábado Camila durmió en la casa y Lázaro jugó videojuegos con Henry hasta entrada la madrugada; al domingo, con todo lo que significaba, se despidieron de Mariana y del joven en la terminal, prometiéndose volver y reencontrarse, con el odio de la novia entre los ojos, con el amor del padre en el corazón, con la ilusión de la madre en la cabeza y el bienestar del muchacho entre los planes.

52.

Pasó una semana desde el momento en que Andrés se fue de viaje con Lázaro para que llegara la orden de captura que había solicitado. Ahora lo que seguía era notificarle a la Comandancia de Policía para que lo buscara; eso sí, no quería ser él quien traicionara la confianza de su hermano. Es más, le dolía saber que en este momento, cuando había regresado después de tanto tiempo, lo que menos quería era separarse de nuevo de él.

Carolina, apenas encontró la notificación de la orden de captura sobre la mesa, se sorprendió y le pidió que, por favor, le contara a su equipo donde se encontraba, así acababa con su búsqueda y podría concentrarse en otros casos que había aplazado desde que empezaron a aparecer indicios del asesino de las redes sociales.

Sí, ese nombre le habían puesto en familia y justo con ese mismo apelativo aparecía la orden de captura. El asesino de las redes sociales era el hermano de Andrés, era el mismo con el que habían compartido un viaje por carretera de más de cinco horas, al que habían conocido humanamente, del que habían sentido su dolor, su tristeza, su alegría. Tal vez por eso mismo, más allá de la cercanía familiar, no querían que fuera encontrado. Sobre todo porque no imaginaban la reacción de doña Ofelia cuando se enterara de su captura. Iba a perder a su hijo mayor dos veces en esta vida, posiblemente no encontraría algo más doloroso. Tal vez por eso Carolina declinó en su insistencia.

Pero lo que no pudieron parar fue la publicidad que, a partir de ese día, empezó a salir en todos los medios.

Al domingo fue parte del periódico más importante de la semana en Medellín, tanto *El Colombiano* como *El Mundo* buscaban al “Asesino de las Redes Sociales” y contaban tanto su prontuario como su actuar.

A Lázaro le llegó el periódico ese domingo, pero lo vino a abrir solo cuando Mariana y Henry se fueron, por ese motivo no le había prestado atención, pero encontrarse con su físico, su rostro y hasta su nombre completo en una página entera, lo aterrorizaba. Se decía que no era tan malo, que lo que él había hecho no estaba mal. Es más, justificó todo en torno a la salvación y a lo que representaba su accionar para cada uno de los muchachos que había ultimado.

Con el periódico en la mano, sin la compañía de Camila y la ambigüedad de saberse un delincuente, Lázaro entró a su oficina en casa, buscó cada uno de los archivos que había generado con sus víctimas.

La lluvia empezó a arreciar contra la ciudad, la luna, que brillaba altiva, empezó a verse cubierta de nubes, nubes que también tenía Lázaro en la cabeza.

Sacó la libreta donde anotaba los números y los nombres de sus víctimas, también buscó una carpeta que había realizado con cada uno de ellos, sus cuentas en redes sociales, nombres completos, números de identificación, cada uno con una foto para identificarlos más fácil y un compilado de fotografías de sus redes sociales.

—¿En serio ustedes creyeron que yo les hice daño? —preguntó Lázaro—. Yo, que lo único que hice fue salvarlos de las garras del Estado. De la condena a la que someten a todos los muchachos apenas alcanzan su mayoría de edad. ¿Ustedes creen que yo no quise evitarles eso? O sea, yo lo que he querido es prevenirlos, lo que he querido es que no sufran lo que yo sufrí. Por eso los encontré primero que el Ejército o la guerrilla, para salvarlos. Lo que quería era evitar que fuera la misma guerra la que les dijera de lo que somos capaces los seres humanos, de lo que somos capaces los colombianos con tal de seguir perpetuándola. Porque no nos importa la gente que la está librando, siempre y cuando no sean hijos de las personas influyentes de la ciudad y, mucho menos, de las altas esferas. Siempre, siempre nos mandan a nosotros, a los pobres, a los hijos de campesinos, a los que soñamos con salir del

pueblo, a los que emigramos e invadimos sus ciudades afeando sus montañas, su periferia, a donde iban a acampar, para allí cumplir nuestros sueños, a los que buscamos encontrar en el Ejército un sustento y que, de seguir la guerra, lo único que encontraremos es la muerte. Ya sea como verdugos o como víctimas, la muerte al final nos alcanza. Porque eso somos en el Ejército, somos muerte, somos seres humanos que trabajan para ella. Allá no nos hablan de enemigos, ni de amigos, nos hablan de disparar siempre al frente, de enfrentarnos, de no dar ni un paso a atrás, de ser héroes y creemos que porque la gente levanta el pulgar cuando nos ve en la carretera está validando nuestro heroísmo, pero no, simplemente nos dan la aprobación para que sigamos en el monte matando, para que sigamos parados ahí, al sol y al agua, garantizándoles una tranquilidad que no depende ni de ellos, ni de nosotros, sino de quienes toman decisiones en partes más altas, como hicieron conmigo. Por eso, solo por eso y para evitarles eso, es que yo los salvé. Para convertirme en héroe, en su héroe. Por eso es irrespetuoso que hoy la prensa me trate como un bandido, cuando en realidad soy un héroe, un héroe, ¡UN HÉROE!

Con lágrimas, con tristeza y a los gritos, terminó Lázaro esa noche, encerrado en su oficina, mirando uno a uno a los muchachos que estaban en su folio. Todos y cada uno de ellos significaba un momento de su vida, estaban desde Galvis hasta Joaquín, y cada significado equivalía a un momento de redención, sobre todo porque esperaba alcanzar su propia gloria, salir en hombros y terminar siendo considerado un héroe nacional por salvar a los muchachos de la crueldad de la guerra.

53.

En el Ejército, Lázaro se hizo hombre, se hizo fuerte, se hizo guerrero. Aprendió a sortear las inclemencias del clima y de los seres humanos que lo rodeaban, se convirtió en ejemplo de muchos procesos que se realizaban en los diferentes escuadrones. Así mismo fue escalando y alcanzando niveles de especialidad más altos.

Fue sargento, fue teniente y candidato a capitán. Sucede que su venganza y su dolor le jugaron una mala pasada.

Corría el sexto año desde que se hizo soldado profesional y terminó su servicio obligatorio. De su condena. El coronel González ahora era general, por eso se sentía con la autoridad para darle órdenes a Lázaro sobre lo que debía y no debía hacer.

Lázaro a esas alturas ya era un respetado teniente, pero, sin importar eso, seguía visitando altas esferas del ejecutivo del país. Se acostaba con ministros, ministras, senadores, senadoras; es más, tuvo la posibilidad de pasar varias noches con la primera dama. Con lo que recogió, compró una finca a las afueras de Medellín y una casa en uno de los barrios de más alto estrato en la ciudad. Allí donde aún vivía, allí donde estableció su cuartel general.

El general González lo mandó a llamar a Bogotá, allá donde se había establecido y desde donde comandaba varios batallones y escuadrones del país.

Lázaro, que todo el tiempo había obedecido a la autoridad que requerían sus superiores, corrió a atender el llamado que le hacían y se encontró frente a frente con González.

—Bienvenido, Peláez —le dijo el general.

—Gracias, mi general, ¿para qué soy bueno? —respondió Lázaro.

—Usted sabe que cada que lo llamamos a Bogotá es porque hay una misión por cumplir, Peláez —dijo González.

—Sí, mi general. ¿De qué se trata esta vez? —dijo Lázaro.

—Pues, no sé si recuerde hace ocho años, cuando usted llegó a nuestro escuadrón y fue recibido por todos los compañeros del equipo. En ese tiempo hubo un día que a mí me marcó para siempre y quiero que esta vez sea exclusivo para mí —insistió el general.

—¿Usted me está diciendo que quiere una noche conmigo? —preguntó Lázaro.

—No, una noche no. Un fin de semana, como cuando lo vendíamos. Ya tengo con qué pagarle lo que pida. ¿Está bien? —preguntó González.

—Pues está bien. No sé cómo sería, porque usted sabe que la primera vez que pasó lo que pasó, terminé inconsciente y usted fue el primero de todo el batallón que contribuyó a convertirme a mí en esto que soy ahora. Así que, posiblemente, no sepa cómo sentirme. Pero acepto. Usted conoce mi tarifa.

—Tranquilo. Yo le voy a decir al equipo que lo lleve a mi apartamento y allá nos divertimos todo el fin de semana.

Lázaro se preparó. Lo que había planeado durante tantos años ahora iba a ser posible: estar a solas con González y poder vengar todo lo que habían hecho con él esa trágica noche.

A las seis de la tarde, cuando el frío bogotano se mete en los huesos y hace que nada se pueda mover, con la misma lluvia que empieza a caer y las nubes grises dándole la bienvenida a la oscuridad, Lázaro se subió a una camioneta con el general González, en ella cruzaron toda la ciudad, con los trancones que eso representa. Comieron en el Wok de la Zona T y terminaron en un apartamento en Usaquén: un penthouse con una vista espectacular.

Desde la habitación del general se podía observar, por el ventanal, la espectacularidad de la ciudad. Las sábanas blancas representaban la pureza que quería evocar el alma de González, pero que todos en el Ejército sabían que no era así.

Allí se pusieron cómodos, el general se quedó en ropa interior y Lázaro, sin mediar palabra, estuvo desnudo en un dos por tres. González sintió la emoción del momento, se empalmó y empezó a recorrer con sus manos el cuerpo corroído por la guerra de su subalterno. Sintió las cicatrices de las balas, los cuchillos y las suturas que le habían hecho cuando vivió sus primeros días de servicio. Sintió el corazón palpitante, aún con miedo, como la primera vez que había accedido carnalmente a esa inocencia. Sintió el mismo miedo que le pesaba en el pecho, sintió inexperiencia. Sintió ahogarse.

Lázaro había preparado un par de cócteles con los que quería amenizar la velada. Al del general González le había puesto unas gotas de cianuro con arsénico y dinamita, lo suficiente como para producirle una muerte súbita. Con el primer sorbo, empezó a contemplar el cambio de su superior, poco a poco lo fue viendo morir.

Cayó en la cama, en la blanca cama, parecía dormido. Lázaro lo cargó, lo amarró a la mesa boca abajo, con las nalgas bien paradas, así como lo había penetrado por primera vez en el ano; en venganza puso un palo de escobayenél, con una camisa del general, dejó escrito, como una bandera, un mensaje que rezaba: “El final de los días siempre trae una alegría”.

Salió de la casa con la alegría que produce una deuda saldada. Aunque la venganza dicen que no es buena, a Lázaro le sirvió para quitarse un peso de encima, había acabado con quien lo había convertido en lo que se convirtió; tristemente, este fue el principio de su prontuario como asesino con venenos letales.

54.

La confirmación del abogado de que la herencia de Lázaro quedaba a disposición de Henry llegó al mismo tiempo que Camila al apartamento. Ella, aunque desconocedora de las intenciones de su novio, llevó el sobre que le entregó el vigilante apenas la vio subir.

Lázaro se alegró, sabía que ahora iba a cumplir con el mayor objetivo propuesto. Un objetivo que había nacido solo dos semanas antes, un objetivo que cambió por completo su forma de pensar, de actuar. Un objetivo que iba a significar su redención.

—Amor —habló Camila.

—¿Qué pasó, linda? —preguntó Lázaro.

—¿Será que hoy en la tarde puedo invitar unos amigos a que vengan aquí, tomemos algo y compartamos un rato juntos? —insinuó la mujer.

—Claro que sí, yo no tengo ningún problema —respondió Lázaro.

Con el propósito de recibir a los invitados, Lázaro se encargó de la casa, la organizó al máximo. Puso a punto lugares que, muchas veces, ni se había preocupado por organizar. Se llevó algunos libros que descansaban en la mesa de centro de la sala de estar. Camila lo seguía y se sonreía, sabía que lo hacía con la mejor intención del mundo; es más, desde el momento en que dijo, delante de sus padres, que había soñado con un futuro a su lado, se había llenado de mucha alegría.

Hicieron comida, prepararon pasabocas y, con el reguetón que sonaba en el Bose de cuenta de una *playlist* que había armado ella, bailaron hasta que le entró una llamada a Camila al celular.

—Llegaron, mi amor —le dijo a Lázaro.

—Pues dejémoslos que pasen —respondió el anfitrión.

Camila llamó a portería, dio la orden al vigilante que estaba encargado

de la puerta de que dejara entrar a las personas de los carros que estaban frente al edificio.

Cuatro minutos treinta y tres segundos, lo mismo que se demoraba Lázaro de la puerta del edificio a la puerta de su casa, se demoraron los invitados. Sonó el timbre.

Camila abrió la puerta con la sonrisa en el rostro.

—¿Cómo están? ¿Cómo les fue? ¿Sí dieron fácil con la dirección? —preguntó.

—Sí, señorita Camila —respondió uno de los hombres que habían llegado.

—Pues aquí está Lázaro, se los presento —dijo Camila, haciendo un ademán hacia Lázaro.

Lázaro extendió la mano para saludarlos, eran cuatro hombres, tres mujeres, ataviados con trajes de corbata y pantalones negros. Muy bien peinados para ser estudiantes universitarios, muy desarreglados para ser diplomáticos. El último en estrechar la mano del anfitrión, al soltarla exclamó unas palabras que cambiarían para siempre el rumbo de la relación.

—Juan Lázaro Peláez, somos representantes de la Fiscalía General de la Nación y de la Policía Nacional de Colombia, queda capturado por el homicidio de Antony Zapata, Joaquín Yepes, Pedro Pablo Pérez, David González y Jhonatan Restrepo.

Lázaro se dejó sorprender, no entendía nada, pero no opuso resistencia. Aceptó los cargos y dejó que las esposas frías abrazaran sus muñecas. No sentía odio, no sentía tristeza, no sentía nada por Camila. Sabía que la recompensa que le darían por entregarlo era muy grande y, para sus veintitrés años, significaría un ingreso suficiente como para pensar en independizarse de sus padres.

—¿Tiene algo que decir en su defensa? —preguntó el que lo había

esposado.

—En el cuarto que está cerrado, pueden encontrar más información de la que tienen —dijo Lázaro.

Los visitantes, que hasta ese momento no habían pasado de la sala, entraron al cuarto cerrado y se sorprendieron. Lázaro descansaba en el sofá de la sala y sonreía. Estaba alcanzando su redención gracias a la mujer que más amaba en el mundo, a la que lo había comprendido, entendido y traicionado. Ella, que ambiciosamente tomó la decisión de quedarse con solo unos cuantos pesos a cambio de su tranquilidad ética.

En una de las sillas de la barra, Camila lloraba. Estaba sintiéndose muy triste por lo que estaba realizando, pero estaba segura de que era lo mejor. Sabía que desde ese momento no podría volver a ver a Lázaro; incluso, yéndose al lado más fatalista de todos, estaba convencida de que si salía libre, tomaría represalias contra ella, así que lo mejor sería desaparecer de la ciudad.

Pero Lázaro, que hacía muchos años había saldado sus deudas y venganzas, no quería representar un miedo para Camila.

—Quédate tranquila, todo va a estar bien. Yo no estoy enojado, ni nada de eso. Es más, gracias por tomar la iniciativa de algo que yo no fui capaz de hacer —dijo el capturado.

Camila no supo qué responder y simplemente dejó escapar una lágrima.

En el cuarto, los miembros de la Fiscalía y la Policía se sorprendían con todo lo que había allí: venenos de todo tipo, armas, uniformes de uso privativo de las Fuerzas Militares y, lo que más les dolió, un folder con datos de personas de todo el país, donde se enumeraban nombres del uno al doscientos cuarenta y dos, ciento cuarenta y dos de ellos con sellos verdes para recordar sus épocas de militar. Así resaltó tanto a sus compañeros de batallón como a los guerrilleros y muchachos que

disfrazó cuando tuvo que cumplir con algunas cuotas.

—¿Qué es esto? —salió a preguntar uno de los miembros de la Fiscalía.

—Es mi lista de salvados —respondió Lázaro.

—¿Salvados? Pero si aquí están hasta los cinco muchachos por los que lo estamos capturando —dijo el mismo oficial, sorprendido.

—Sí, salvados. Son personas a las que yo salvé de las inclemencias de la guerra, gente que creí que podría estar mejor alejada de las armas, de los uniformes, a las que les evité todo lo que me han hecho a mí, para que siguieran siendo buenas, nobles, tranquilas, para que no tuvieran preocupaciones ni ellos ni sus familias, para que la ausencia no les significara dolor, para que sentirse héroes no fuera el falso ideal de sus vidas, con el que creyeran que podían salvar el mundo y a su familia de la pobreza, o de todo lo que la injusticia de este país ya les había condenado.

—Creo que tenemos material suficiente para encarcelarlo el resto de su vida —dijo una de las mujeres que acompañaban al equipo encargado de la captura, mientras traía en sus manos unos venenos.

—No tengo miedo de nada. Todo lo que hice fue para hacer el bien —dijo Lázaro.

Lo pararon del sofá, salieron con el folder, algunos venenos y las llaves de la casa en las manos. Adelante iba Camila y, tras ella, Lázaro, con la cabeza en alto, con la tranquilidad de sentirse haciendo el bien.

El portero se sintió sorprendido de ver cómo llevaban a Lázaro.

—No vuelva a dejar entrar a esta muchacha a mi apartamento —esa fue la última orden que recibió de Lázaro, luego lo vio desaparecer en una camioneta donde lo subieron.

55.

La noticia de la captura de Lázaro se regó por todos lados, a Andrés le llegó por sorpresa, pues no esperaba que fuera tan rápido, se llenó de tristeza. No quería perder a su hermano tan rápido, mucho menos ahora que volvía a representar una alegría para su familia. Pero sabía que, en parte, se haría justicia para familias que estaban convencidas de que la mala fortuna había caído sobre ellas, y el azar, ese que tantas veces ha servido para justificar la muerte en Colombia, había jugado en su contra.

Lloró, volvió a llorar, sabía que era su culpa, que si él no hubiera dictado la orden de captura contra su hermano, posiblemente estaría libre aún, estaría gozando de la libertad y la alegría de volver a tener familia. Ahora, siendo un recluso, tendría una familia de esas que la cárcel va disminuyendo.

Sonrió, también sonrió, porque había hecho su trabajo. Aunque sabía que, con el prontuario militar que traía a cuestas Lázaro, podría salir libre, impune y demás, algo doloroso para quienes esperaban que la justicia fallara a su favor, pero que, en este caso, era tan común que lo hiciera para el lado del victimario, que ya era paisaje que pasara.

La noticia inundó las primeras planas de los periódicos amarillistas, los titulares de los noticieros de televisión que, tratando de desviar la mirada de cosas menos importantes, como la estafa al erario público, el robo sistemático de la plata del Estado y los casos de corrupción que hacían eco, encontraría en esta, una manera de hacer que todos se centraran en el recién capturado, en sus antecedentes. Hasta un perfil psicológico estaban preparando, porque alguien tan meticulado para realizar lo que realizaba, lo merecía.

Doña Ofelia y Don Roberto vieron la noticia y, aunque no les dolió tanto como la muerte de su hijo, les sorprendió y les quebró por dentro.

Para los padres, saber que su hijo es un delincuente es un dolor casi tan grande como el de verlos morir antes que ellos; es más, algunos se atreven a decir que en el momento en que sus hijos se meten a malos, mueren para siempre. Lloraron. Lloraron y se abrazaron. Llamaron a Andrés.

—Mijo, viste...—dijo Ofelia.

—Sí, ma —respondió Andrés.

—¿Has hablado con él? —preguntó.

—No, no he podido, pero espero hacerlo lo más pronto posible —dijo Andrés.

—Vaya mijo y dígame que desde aquí tenemos las oraciones encaminadas para que salga bien, para que no le pase nada —dijo, con voz noble, Ofelia.

—Mami, le voy a ser sincero —inquirió Andrés—, encamine sus oraciones para que se haga justicia por las familias a las que Lázaro les hizo daño, porque son muchas y, con esto, esperan justicia.

Con el lamento de la madre al otro lado de la línea, Andrés colgó el teléfono, llamó al equipo de investigación y consiguió una audiencia en los calabozos con su hermano. Tenía que hablar con él, debía hablar con él.

Eran las ocho de la noche, la noche brillaba estrellada, como si el cielo supiera lo que estaba pasando en Medellín; manejó desde su casa en Buenos Aires hasta los calabozos de la Fiscalía en Punto Cero, allá lo esperaba su hermano. Lo encontró sonriente, tranquilo.

—¿Qué más, hermanito? —preguntó Lázaro.

—Bien, ¿vos cómo estás? —dijo Andrés.

—Bien, también. Aquí esperando a ver qué pasa —respondió Lázaro.

—Decime la verdad, Morgan, ¿vos tenés algo que ver ahí? —preguntó Andrés.

—Sí, claro. Yo salvé a toda esa gente. Yo me encargué de librarlos del mal que representa el Estado colombiano para todos —dijo Lázaro tranquilo.

—¿Cómo así que el mal? —preguntó Andrés.

—Claro. Es un Estado que no quiere lograr la paz porque en el conflicto encuentra la mayor ganancia, le conviene perpetuarlo, seguir adelante con él, porque así no tiene que fijarse en cosas más importantes, como la igualdad que representan y requieren los campesinos para trabajar y no encontrar en las armas la alternativa para salir adelante. En Colombia la guerra siempre será un negocio y, sin importar el presidente que esté, él no le va a dar fin a este conflicto tan largo, porque le conviene tener malos, le conviene tener enemigos públicos para seguir llenándose el bolsillo por debajo de la mesa. Eso significa que, si sigue con lo suyo, se puede hacer rico, mientras en lugares que esperan su accionar se hacen más pobres. Es así como los campesinos, como vos y yo, terminamos metidos en las Fuerzas Armadas, para tratar de salvar a nuestras familias del olvido y del hambre que produce ser ignorados por el gobierno. Por eso para muchos es más fácil empuñar un fusil que un azadón, sobre todo porque tienen garantizado un sueldo fijo, que no variará y no dependerá de si la cosecha pelechó o no. Yo, yo simplemente me di cuenta de que podía salvar a mucha gente de seguir siendo parte de ese círculo vicioso de olvido, de ese círculo vicioso de muerte, de ese círculo vicioso nacional. Donde todos tienen la culpa, donde la culpa está lejos de la ciudad, donde los malos son los del monte y son los mismos del monte los que se mandan a tratar de hacer el bien matando a esos malos. Al final, el resultado siempre es el mismo, familias humildes llorando hijos muertos. Llorando jóvenes que terminan cometiendo crímenes en nombre del Estado, de la patria, de ese heroísmo que vende la televisión. Yo que ya viví y sufrí todas las inclemencias del Ejército, del Estado, no quiero lidiar más con eso y no quería condenar a otros chicos a lo mismo que yo, por eso me encargué de darles una mejor vida, de enviarlos al cielo, inocentes, sin mucho sufrimiento, a excepción de uno u otro, que se me salió de las manos y me tocó ir a buscarlo al hospital para enderezarle el camino.

—Lázaro, las cosas no son así, hermano —replicó Andrés—, vos no podés ser quien se encargue de decir quién vive o quién muere.

—Es que yo no quiero decir quién vive o quién muere, simplemente quería que se salvaran de prestar servicio militar. Muchos de esos muchachos que cayeron en mis manos, son jóvenes con hermanos,

entonces, por ese lado, ya eran aptos para irse al monte. Porque aquí están tan seguros de que muy pocos vuelven, que por eso a los hijos únicos no se los llevan, porque creen que los hijos somos reemplazables, que si se muere uno, el otro queda como consolación. No, la vida es tan sagrada que por eso yo no la tomaba, yo simplemente me encargaba de darles mejor vida, esa en la que creen muchos.

—Lázaro, pero no, eso no es vida, les diste muerte —insistió Andrés.

—No, no es muerte. Muerte es que vayás al ejército a que te peguen, a que te violen, a que tus superiores te vendan por unos pesos, a que te obliguen a matar gente para llenar estadísticas, que te corrompan la ética para darte beneficios: que debas matar gente de tu comunidad, de tu pueblo, para pasarlos por guerrilleros y así tener un día libre, o un ascenso, o una condecoración. Cualquier cosa que se le ocurra a un superior que es más enfermo que todo un hospital mental junto. La guerra, la guerra ha dejado más muertos vivos que muertos muertos. Mira a nuestros superiores, son personas que no les importa el ser. A mí me violó todo un batallón, me volvieron mierda el ano, me empalaron, me dejaron amarrado a una mesa, todo porque le gusté a un coronel. Ese mismo coronel después vio en mí un negocio y, como fui tan bueno, logró llegar a general. Lástima. Al final siempre se saben las cosas y aquí se van a saber muchas.

—¿Vos mataste al general González? —preguntó Andrés.

—No, yo no lo maté, simplemente le di una dosis de su propia medicina —siguió Lázaro—, la verdad esa fue la mejor manera que encontré para decirle al general Mora, que ya estaba retirado y que tenía tanta influencia, que no quería seguir siendo juguete de nadie, que quería estudiar, retirarme, dedicarme a trabajar en inteligencia. Y lo logré.

—Lázaro, listo, entiendo que mataste a González por justa causa, casi que en defensa propia, pero ¿me estás diciendo que tenían una red de prostitución? —preguntó Andrés.

—¿Tenían? Tienen. Si yo revelara toda la información que tengo, que he *hackeado*, que he encontrado de generales que negocian con senadores, ministros, presidentes. Creo que se armaría la de Troya. Eso es casi una ley y un establecimiento ahí adentro. A mí me tocó ser el primero, pero imaginá en estos dieciséis años todos los que han pasado

por ahí. Es más, te cuento que una de las principales características que tenía yo para salvar a esos muchachos, era que tuvieran un físico marcado, una pinta metrosexual, con rostros de rasgos definidos y demás, porque esos son los que sufren. Y no estoy hablando del monte, estoy hablando de los batallones. Donde los altos mandos se confabulan con los soldados rasos para cometer las fechorías, hacer esos rituales de iniciación, como el que me hicieron a mí, en los que han muerto un montón de muchachos más. Pero que son la forma perfecta de iniciar en la red. Al final, te pagan a vos con buena plata, con puestos, con jornadas largas de descanso, pero el ser, el ser queda destruido. Y yo, yo no quiero eso para mi hijo. No quiero que Henry lo tenga que sufrir.

—¿Por eso te entregaste? ¿Por Henry? —preguntó Andrés.

—No, yo no me entregué. Me traicionó esa perra de Camila. Pero sí fue por Henry que entendí que era muy difícil perder a un muchacho. Yo lo quiero y, esta semanita que estuvo aquí, sacó lo mejor de mí, la ternura, la alegría, quería darle todo sin importar nada. Por él estoy tranquilo, porque todo lo que tengo está a su nombre, porque, al final, posiblemente a mí desde arriba me manden matar y esas propiedades y esa plata pasarían a ser de nadie; entonces ya con mi abogado está todo listo para que empiece a recibir la pensión mensual, además de algo extra para la familia por todo mi tiempo de ausencia. Entonces estoy tranquilo, que pase lo que tenga que pasar.

—¿Y los muchachos, Lázaro, por qué matabas a los muchachos buscándolos en redes sociales? —seguía escudriñando Andrés.

—Porque son muy inocentes, Andrés. Mucho. Todos, con ese afán de ser famosos, permiten que los siga cualquier persona en sus redes sociales y, no contentos con eso, también usan herramientas con las que fácilmente los puedes localizar en cualquier rincón de la ciudad. Entonces, para salvarlos de que les frustren sus sueños, yo me encargaba de darles su momento más alto poniéndolos en los medios de comunicación: radio, televisión, prensa, incluso en páginas web amarillistas, que se deleitaban con los manjares que dejaba en cada uno de ellos. Todos siempre quedaban perfectos, muertos súbitamente, como si se los encontrara de frente la muerte y no supieran qué hacer. Eso mismo evitaba. Por eso mismo lo hacía. Para que no se quedaran estupefactos cuando la muerte les llegara en el monte, cuando la

crueldad les hiciera tomar la decisión de qué hacer, si acabar con la vida de otro, o dejar que la suya propia se esfumara en las manos de un enemigo desconocido. Los muchachos hoy en día geolocalizan todo, los celulares, los aparatos les permiten que cada paso que den sea medido, controlado. Es información pública, al alcance de un clic. Información que otros usarían para hacer el mal, pero yo, yo la usé para salvarlos, para darles lo que querían, para que todo el mundo hablara de ellos. Es más, multipliqué su fama y los saqué de las redes, para ponerlos en la calle en cada esquina, en cada televisor, en cada radio.

—¿Y por qué los envenenabas? —insistió el hermano sorprendido.

—Es fácil, hermanito. Yo no soy un sádico. Los sádicos se deleitan viendo al otro sufrir, yo no. Yo sabía que muchos de esos chicos le rendían culto al cuerpo, a su cuerpo, y desfigurárselos con una bala o con un cuchillo no era mi intención. Además, dejaría muchas pistas y lo que menos quería era que supieran que tenía alguna intención. Entonces, para que parecieran tranquilos, como si el infarto llegara súbitamente a la vida de un joven de menos de dieciocho años, cien por ciento saludable, aprendí mucha toxicología en el Ejército y la apliqué a ellos. Así ellos alcanzaban la salvación y yo mi redención. Así evitaba que sufrieran lo que yo sufrí y, finalmente, me vengaba de todos esos depravados que hay en las Fuerzas Militares, que no tendrían más muchachos para explotar, para violar, para matar. Porque recuerda, uno va allá y se muere, algo se le muere: la humanidad, el cuerpo, el alma, el ser. Algo se muere.

—¿Tu abogado sabe todo esto? —preguntó Andrés.

—Sí, lo sabe todo. Sabe todo lo que he hecho, conoce la historia de cada folio en esa carpeta que destapó todo. Yo espero que, con ella, se esclarezcan un montón de cosas en este país, que la gente entienda que enviar a sus hijos al Ejército no es justo, que verlos morir menos. Debemos ser un lugar que crea en sus instituciones, no que les tema. Y creo yo que hoy son muy pocos los que pueden decir “¡Viva el Ejército Nacional!” sin preguntarse si sí es tan bueno. Porque han participado en operaciones tristes para ciudades y pueblos, han conspirado para hacerse los de la vista gorda ante masacres de grupos insurgentes. Y sí, han librado grandes batallas y hemos salvado a muchos de vivir las inclemencias de la guerra, pero te juro, yo que he estado allí, que la

guerra no debería existir, y menos para matarnos entre miembros de un mismo país, que lo único que queremos es tener un futuro garantizado, con mejor salud, con mayor educación para que, al final, nuestros hijos no nazcan con la incertidumbre de si sobrevivirán y solamente tengan que pensar en ser mejores, en que pueden contribuir a que el país sea mejor con sus ideas y no por la cantidad de balas que disparen.

El tiempo juntos se les acabó. Andrés se fue con la tristeza de saber a su hermano loco, con la consciencia un poco intranquila porque, ante toda esa locura, Lázaro había dicho unas cuantas verdades que conocía él de primera mano por ser investigador. No sabría qué decirle a su madre, posiblemente había recuperado a su hermano de la tumba para verlo pudrirse en la cárcel. Salió, cerró la puerta de la Fiscalía, había cumplido sus dos misiones más importantes de la vida: encontrar a su hermano y encontrar al asesino de los muchachos que aparecían envenenados en lugares públicos de la ciudad. Para su tristeza, ambos eran la misma persona.

Epílogo

El cheque llegó a nombre de Henry Restrepo, la suma era de cincuenta millones de pesos. Con él iba una carta.

Querido Henry:

Con esta carta quiero decirte que te quiero, que posiblemente mi ausencia haya sido una de las cosas más dolorosas de tu vida. Sí, yo también perdí a mi padre, por elección propia, cuando estaba muy joven. Lo triste es que no lo perdí a él, sino que me perdí a mí. Espero que, con este dinero, pienses en dos cosas: en ti y en tu mamá. Ella, ella merece lo mejor, ambos lo sabemos. Por eso te dejo una plata para que pagues tu libreta militar cuando tengas que presentarte al servicio, aunque, como eres hijo único, posiblemente no tengas que lidiar con eso. Pero en caso de que sí, guarda algo.

En Medellín te dejo un apartamento donde puedes vivir con tu mami, si quieres irte a vivir allá. Te llegarán dos millones ciento sesenta mil pesos mensuales para manutención tuya, para que vayas al colegio, para que merques, para que compres cosas para ti y tu mamá. Yo me encargaré de pagar las cuentas de servicios, de administración. Vivirás tranquilo. El portero del edificio ya tiene orden para dejarlos entrar y, cuando recibas esta carta, te llegarán las llaves. Así que guárdalas, cuando quieras ir, ya sabes dónde es.

Dile a tu mamá que la amé, que no sabe todas las noches que me calmó el frío, la tristeza y las pesadillas cuando temía por mi vida. Dile que esa casa también es suya, que ojalá la disfrute.

Cuando salga, espero encontrarlos de nuevo. Ahí veremos qué hacemos.

Te quiero.

Morgan.

SINOPSIS

Con el sueño de cambiar la realidad de su familia, Morgan sale de su casa en el municipio de Urrao para alcanzar el mar, comprarse un barco y ganarse la vida como el pirata que siempre soñó.

Por otro lado Lázaro es un experto informático que se vale de los sistemas de geolocalización para salvarle la vida a muchos jóvenes de Colombia y así evitarles que sufran los estragos de la guerra.

Ambos personajes son capaces de arrancarle las lágrimas más gruesas y difíciles al coronel Peláez, quien se encarga de investigar una serie de hechos en los que jóvenes menores de veinticinco años se han visto envueltos, los cuales le tienen la cabeza dando vueltas y el corazón entre la duda de la imaginación y la realidad.

Geolocalizados es el encuentro de tres personajes, donde el amor, los sueños, la familia, la corrupción, el engaño y la muerte juegan un papel muy importante, para mostrar qué tan confiable o qué tan peligroso puede ser un mapa.



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



PIENSA EN GRANDE